

**“Aquí estoy y aquí me quedo”: configuraciones sociales-espaciales entre la urbanización
Santa Rosa y la escuela Moralba Suroriental (San Cristóbal).**

Por:

Sandra Santana Ortiz

Directora:

Marta Cabrera

Maestría en Estudios Culturales

Facultad de Ciencias Sociales

Pontificia Universidad Javeriana

2018

Yo, SANDRA SANTANA ORTIZ, con cédula de ciudadanía n. 39744329, declaro que este trabajo de grado, elaborado como requisito parcial para obtener el título de Maestría en estudios culturales en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Javeriana es de mi entera autoría excepto en donde se indique lo contrario. Este documento no ha sido sometido para su calificación en ninguna otra institución académica.

Sandra Santana Ortiz.

Fecha 17 de septiembre 2018

TABLA DE CONTENIDO

Introducción: Creo estuve perdida interpretando el mundo a mi manera, hoy puedo decir que ese mundo no fue como me lo pintaron.	5
Primero	
La ciudad un espacio de libertad, un espacio cautivo.	
I El barrio: de lo urbano a lo rural.....	22
II Santa Rosa, un espacio físico un espacio social	27
III La ciudadela Santa Rosa, un espacio polisémico, cargado de significación.....	30
IV La escuela entre lo idílico y lo real.....	45
Segundo	
A propósito de la metodología, consideraciones y herramientas	
I Lo desconocido nos somete, lo que conoces te transforma, sensibilidad y perspectiva de una maestra.....	47
II Cuestiones cuantitativas y geográficas de la investigación.....	50
III De nuevos diálogos y formas de problematización	55
Tercero	
Espacios de participación caminos de transformación	
I Cartografiando el territorio: un espacio construido, un espacio configurado.....	70
II El territorio como una construcción colectiva	80
Consideraciones finales.....	92
Bibliografía.....	101

La vida no vale nada

*La vida no vale nada
Si no es para perecer
Porque otros puedan tener
Lo que uno disfruta y ama*

*La vida no vale nada
Si yo me quedo sentado
Después que he visto y soñado
Que en todas partes me llaman*

*La vida no vale nada
Cuando otros se están matando
Y yo sigo aquí cantando
Cual si no pasara nada*

*La vida no vale nada
Si escucho un grito mortal
Y no es capaz de tocar
Mi corazón que se apaga*

*La vida no vale nada
Si ignoro que el asesino
Cogió por otro camino
Y prepara otra celada*

*La vida no vale nada
Si se sorprende a otro hermano
Cuando supe de antemano
Lo que se le preparaba*

*La vida no vale nada
Si cuatro caen por minuto
Y...*

Pablo Milanés

Creo estuve perdida interpretando el mundo a mi manera, hoy puedo decir que ese mundo no fue como me lo pintaron

(Introducción)

I

“No me pregunten quién soy, ni me pidan que siga siendo el mismo”.

Michel Foucault

Hoy quisiera empezar a narrar la historia de una mujer, representada en la vida de una maestra de primaria, quien ha querido romper los esquemas que le impuso no solo su contexto, sino diversos sistemas y cánones a lo largo de su vida. Desde esta perspectiva, quiero involucrar a mis lectores y lectoras en un universo personal y político donde ciertos actores tenemos voz y anhelamos la transformación.

Sí, fue el 12 de julio de 2010 cuando arribé por diversas circunstancias y procesos legales al sector público, al Colegio Moralba Suroriental, una tarde fría en una sala rodeada de libros, con un grupo de veinte nuevos maestros para las tres sedes cuyas caras reflejaban la alegría por no depender más del sector privado. La coordinadora, una señora bastante serena y amable, nos advirtió que no podría mostrarnos el colegio porque todavía había maestros bajo contrato de provisionalidad¹ y que era posible se sentirían indispuestos con nuestra presencia. El olor del lugar me recordaba mi época de niñez, cuando corría a través de la espesa naturaleza, y es que Moralba es un lugar que aún me confunde, si cierro mis ojos, escucho el canto de los pájaros, el silbido del viento contra los árboles, el golpe del agua de la quebrada de Chorro Colorado, la frescura del lugar me invitaba a enfriar mis miedos y asumir nuevas cosas en mi vida. Pronto la coordinadora anunció los cursos disponibles para los nuevos maestros, y según la experiencia de cada uno, sugirió a quien le correspondería cada grado, así fue como tuve a mi cargo el grado primero.

¹Forma de contrato de algunos maestros con estabilidad intermedia, pues no tienen la misma estabilidad que ostenta el servidor inscrito en carrera.

La semana anterior había hecho una primera visita en compañía de mi madre, mi hermana y mi hija aún pequeña, siguiendo las indicaciones, subimos en una mustang², preguntamos dónde bajarnos y terminamos en la esquina de una ciudadela que se veía descuidada y aparentemente abandonada. Subimos una ladera en cuya cima la neblina opacaba nuestra visibilidad, y al preguntar de nuevo, resultó que estábamos a dos cuadras del colegio. Mi mamá guardaba silencio y miraba a la gente mientras caminábamos, era evidente que éramos observadas como desconocidas, una vez en el colegio, el celador nos confirmó que era el lugar que buscábamos, pero que no podíamos entrar por no estar autorizados, por lo que le preguntamos si había un lugar más cercano para coger el transporte de vuelta, cuando nos preguntó por dónde veníamos y le describimos la ruta, dijo: “Antes no las robaron, se vinieron por Santa Rosa, ahora váyanse por esta cuadra derecho es menos peligrosa”. El miedo invadía nuestros cuerpos, parecía una irresponsabilidad acercarme a ese lugar con mi madre y mi hija, -era un lugar hostil, - pensaba, mientras miraba con desconfianza a todos los que me encontraba en el camino a la avenida. Una vez allí suspiramos profundo ya que parecíamos salir de un oscuro lugar donde estuviéramos expuestos a múltiples peligros.

Ya en casa hablamos sobre ese lugar frío, hostil y lejano con mi hermana, donde había abundantes vacantes para maestros, lo que podría indicar que los docentes no se sentían cómodos allí, y que parecía peligroso, según los comentarios del celador. Yo esperaba que mi madre expresara lo desagradable del lugar también, que manifestara cierto temor porque su hija menor iba a estar en peligro, pero, por el contrario, afirmó: “¡Qué bien, aún no ensillamos y ya cabalgamos! Dejen de hablar de un lugar sin conocerlo”. Guardamos silencio inmediatamente sobre aquel lugar que parecía coincidir con nuestros prejuicios sobre la ubicación geográfica y las condiciones socioeconómicas de las personas.

Y así, llegó el primer día - era un día soleado y desde muy temprano tenía la ansiedad de quien se enfrenta a un lugar por primera vez. Tenía preparada mi clase en un cuaderno, había programado una lista de objetivos, actividades y evaluación que parecía que nadie podía echar abajo, todo estaba listo, incluso mi mejor ropa, porque la primera impresión siempre es la que cuenta, un profundo suspiro, la bendición de mi madre y la convicción de una nueva vida. Ese día preferí pagar un taxi que me acercara al lugar y no correr riesgos mientras conocía las rutas de acceso al colegio, camino allí, solo pensaba que ojalá me fuera muy bien y que

²Se le llama así a una pequeña buseta de transporte público, cuya ruta es Altamira, Juan Rey, Ubaque entre otros lugares.

podiera sobrevivir en un lugar como ese. A la llegada al colegio tuvimos una reunión donde nos presentaron a los compañeros más antiguos y nosotros también hicimos una corta presentación, el lugar: una sala de maestros con un ventanal con vista a las afueras del barrio, donde un señor pastoreaba sus vacas, se escuchaba el ruido de la quebrada, en el fondo de este gran pintoresco cuadro, una casa pintada de color verde oscuro con un megáfono que invitaba a la comunidad a una reunión con la Junta de Acción Comunal. Al finalizar la reunión, una profesora que llevaba veintiséis años en la institución gritó: ¡Bienvenidos al paraíso, compañeros! Terminada la reunión se entregaron los salones y firmamos un inventario que contabilizaba sillas y mesas antiguas y deterioradas, así como un televisor inservible y un armario con la puerta un poco rota, dentro de él unos escasos materiales con los que trabajaría durante esos meses que le restaban al año. De pronto, sonó el timbre, los niños corrían para llegar primero, en la escalera, una maestra los dirigía al patio, una vez organizados en filas y uniformados se les presentaron las nuevas maestras de los grados primero, segundo, tercero y cuarto. Parecían muy obedientes, cuando llegamos al salón debía seguir el protocolo que tenía preparado, llamar a lista, hacer una breve presentación y empezar a dictar la clase, pero la jornada fue corta solo tuvimos dos horas de clase, además que no habían venido todos los niños, el ambiente parecía muy suave ese día, pero luego cambió y llegué a pensar que me había equivocado de profesión.

23 de agosto de 2012.

Hoy fue un día terrible, no sé qué hacer, estoy al borde de la locura, algunos niños de mi salón actúan como delincuentes, traen armas, hay uno que me intenta extorsionar diciendo que él los calla y a cambio yo le doy dinero, se tratan muy mal, dicen muchas groserías, se van solos a casa, no escuchan, no escriben, no portan el uniforme correctamente, no traen los materiales necesarios para trabajar. No sé qué hacer, le pido un consejo a otra profe y dice que hay que trabajar con lo que se tiene. Mi cuerpo siente rechazo, mis músculos se tensionan y caigo en una profunda desesperanza y fobia hacia el curso que dirigía, todo me desagradaba: que los papás no los recogieran, que vinieran sucios, que no hicieran tareas, que vivieran peleando a toda hora y que yo no pudiera dictar clase por estar separándolos en las riñas que tuvieran. El ambiente es pesado, no debo dejar ni mi bolso sin candado porque me roban... Ya no sé qué hacer, busco estrategias, pero esto ya se tornó incontrolable, no quiero estar aquí.³

³ Sandra Santana. Diario de campo. 23 de agosto del 2012

Fueron cuatro meses en los cuales sentía que debía armarme de valor, para ir a trabajar, sentía que no existían sentimientos de afecto entre los niños y yo, los estudiantes no querían seguir conmigo el siguiente año y yo tampoco, el choque de adaptación producto de mis prejuicios hicieron que construyera algo jamás imaginable en la conducta de una maestra: fobias hacia los niños y niñas y hacia la población en general y sus condiciones de vida.

Para el año siguiente debí replantear mi forma de concebir el mundo. Me sentía la profesional más fracasada en mi labor, así que decidí ensillar aquel caballo que mencionó mi madre y empezar a cabalgar y entender por qué los niños se comportaban como lo hacían. Dialogaba mucho con las niñas, niños y sus familias, empecé a entablar buenas relaciones, hasta el punto de ser invitada a sus casas, comunicarnos por teléfono, hablar de conflictos personales. Es cuando empiezo a ir a una ciudadela llamada Santa Rosa, una urbanización localizada a dos cuadras del colegio y marcada por unas particularidades que jamás hubiese imaginado y que carecían de sentido dado mi lejanía de este espacio y su conflicto.

Un día decidí ir en busca de una niña que poco asistía a la escuela. Al llegar allí, observé que algunas casas no tenían puerta y tenían letreros marcados con pintura que decían “ocupada”. Le pregunté a una madre de familia sobre esta señalización y me respondió que se trataba de una forma de marcamiento, ya que las casas habían sido selladas por el banco al cual le pertenecían y que los invasores las rompían para poder habitarlas.

“Nosotros venimos de Tumaco, Nariño. Cuando llegamos nos dio muy duro el frío, la gente que aquí es muy desconfiada. Como no teníamos para el portón ni las ventanas, hicimos lo que muchos vecinos hicieron: abrir un pequeño hueco y por allí entrar a la casa. Además de tener un niño en casa para que no nos desalojen. Por esta cuestión los niños se turnan para ir a la escuela”⁴

⁴ Sandra Santana. Diario de campo. 14 de abril del 2015.



Figura 1 El Espectador,, <https://www.elespectador.com/noticias/bogota/santa-rosa-urbanizacion-problema-articulo-415265> Consultado el 1 de diciembre del 2017.

Con el tiempo compartí algo más que procesos de enseñanza y poco a poco fui atándome al barrio y la escuela, no sólo movida por los afectos, sino por el afán de conocer lo desconocido. Empecé a comprender no solo por qué no asistían los niños/as a la escuela, cuáles eran sus mecanismos de invasión, cómo se mantenían dentro de las casas, cómo defendían el territorio, sino también cómo había y ha impactado la violencia en cada una de las familias, las cuales tienen historias singulares marcadas por la segregación y las tensiones sociales.

Reflexionando sobre la necesidad de conocer las dinámicas de interacción de la ciudadela comienzo a interactuar más con los habitantes del barrio Moralba; de ahí que hago un primer trabajo investigativo denominado “La historia oral como estrategia metodológica en la reconstrucción de identidad de los niños y niñas del Colegio Distrital Moralba Suroriental”. Ahí recojo memorias de conformación del barrio hasta encontrarme con la Ciudadela Santa Rosa, que parecía ser un lugar donde se convive con los extremos de la ilegalidad, el silenciamiento, el duelo, la invasión, la segregación, la violencia armada y al mismo tiempo con las resistencias y las luchas.⁵

⁵ Entiendo aquí segregación como algo que va más allá de actitudes de rechazo y se constituye en una construcción político- selectivo que lleva a una organización social de los sujetos (Soldano 2014: 267).

De entrada, sabía que debía huir de la concepción de escuela y barrio como territorios pre-construidos. De aquí mi intención de evidenciar las diferentes prácticas sociales espaciales entre la ciudadela y la escuela, observando cómo se configuran y reproducen, por lo tanto formulo una investigación titulada: “Aquí estoy y aquí me quedo”: configuraciones sociales-espaciales entre la urbanización Santa Rosa y la escuela Moralba Suroriental (San Cristóbal).

La frase “Aquí estoy y aquí me quedo” no hace referencia al caso Samper ni es una canción de amor donde alguien se niega a perder un amor: es el lema de una comunidad que resiste la inclemencia de la marginalización y la violencia. La lucha por la permanencia se constituye en la defensa de territorio, la aceptación de normas y el silenciamiento. Quedarse es la única opción de vida para muchas familias que, tras la violencia, encuentran en la ciudadela Santa Rosa un lugar donde vivir y resguardarse de la hostilidad de la ciudad.

Esta frase, sumada al “ocupado”, no solamente anuncia la llegada de una familia nueva, sino que advierte que nadie más debe entrar, pese a la falta de seguridad y límites (falta de portón) de las viviendas. El título de la tesis habla desde las subjetividades de una comunidad, desde una asociación racializada y localizada (Ciudadela Santa Rosa y la Escuela Moralba Suroriental) y aborda cómo se configuran las relaciones entre estas dos partes del territorio.

Mi pregunta surge de ese profundo desconocimiento del entorno por parte de la escuela, que genera no solo prejuicios sobre el territorio, sino el apartamiento de las instituciones. Por eso, aunque mi pregunta: ¿Cuáles son y cómo se configuran las relaciones socio-espaciales entre la escuela Moralba y la Ciudadela Santa Rosa? parezca un poco amplia para la multiplicidad de relaciones que se construyen en un barrio, mi ventaja era mi capacidad para moverme en ambos escenarios, lo que permitía no solamente un acercamiento con la comunidad, sino también la posibilidad de entablar relaciones de afecto y confianza.

Mis objetivos eran evidenciar las prácticas socio espaciales que surgen de la relación entre la ciudadela y la escuela, para lo que utilicé diversas herramientas que le mostraran al lector ese espacio y la relación entre los cuerpos, su localización y su ocupación. Quería mostrar cómo el espacio comunitario es permeado por diferentes actos sociales que llevan a la construcción de horizontes de sentido evidentes en los hábitos y cotidianidades. Las imágenes fueron sustanciales para evidenciar los modos de representación del lugar, no tanto como un retrato de una realidad.

Entender la cotidianidad del territorio me exigía conocer buena parte de las subjetividades y esto solo lo lograba si convertía estos espacios ajenos en propios, por lo que inicio un dialogo estrecho con mis estudiantes, quienes conocían la vida de la ciudadela y me ayudaron a entender las lógicas sociales del lugar. Todas estas experiencias se consignaron en diarios de campo, que más allá de registrar mi mundo como maestra, muestran mi evolución en el tiempo como alguien que ha sido intervenido por los estudios culturales.

La escuela y la ciudadela son concebidos inicialmente como esferas independientes, o lugares inmóviles e inmutables, con características propias y comunidades fijas, por lo que otro de mis objetivos era reflexionar *desde la escuela* sobre Santa Rosa, así como ver cómo ésta era construida dentro de la institución, ejercicio realizado en diversos escenarios: el aula de clase, con los compañeros de la sede y a nivel local con la participación en un foro zonal de la localidad. De allí emerge que el territorio tiene una historia que no se puede desconocer, y que contiene rastros no solo de violencia, sino memorias colectivas que permiten la construcción de nuevos espacios.

Esta construcción de nuevos espacios me impulsó a buscar formas de acercamiento y conocimiento del territorio, para lo cual vinculé a la investigación a diversas personas (estudiantes, padres de familia, habitantes del barrio) mediante instrumentos como la cartografía, los intentos etnográficos, las entrevistas, la observación participante y los talleres, que me permitieron explorar las relaciones escuela-barrio, así como reconocer el ordenamiento funcional de los grupos de la comunidad.

Gradualmente logré incorporar en este nuevo espacio a mis compañeras de trabajo, quienes escuchaban a diario mi experiencia no solo desde el rigor de los instrumentos utilizados, sino desde la cotidianidad de las personas del barrio y la ciudadela. Para conocer esta cotidianidad se hizo indispensable romper diversas estructuras formales, salir con la comunidad a paseos ecológicos, compartir un chocolate luego de clase, visitar un niño enfermo, tomarnos una gaseosa un domingo con Sergio en las escaleras de las casas rojas, alternativas investigativas que me permitieron visualizar elementos que se escapan a primera vista, así como crear y mejorar los mecanismos de comunicación.

Aquí valdría la pena preguntarse ¿Por qué configuraciones sociales-espaciales? Siempre me había preguntado por esos entrelazamientos y relaciones que se tejen en las comunidades, sin embargo, en mi profesión no había encontrado un lugar desde donde comprender y explicar esas situaciones, pero luego de colisionar con los estudios culturales, mi vida tomó un rumbo

menos cómodo y empiezo a leer sobre cotidianidad, hábitos, espacios, lugares y configuraciones. Hubo momentos de extrema confusión, pero fue cuando llegué al trabajo de campo donde me encontré con la importancia de entender gran parte de las relaciones tejidas no solo en la escuela sino en el barrio, esto, a su vez, me llevó a descubrir y entender cuestiones ocultas (formas de control, asesinatos, extorción, amenazas) para quienes no pertenecemos a la ciudadela Santa Rosa.

El espacio social pareciese entonces una configuración de múltiples formas, como lo diría Henry Lefebvre “No hay relaciones sociales sin espacio, de igual modo que no hay espacio sin relaciones sociales”(2013 :14) El espacio social de la urbanización Santa Rosa y la escuela es un espacio creado, adaptado, caracterizado por actividades sociales que se han transformado a través del tiempo, con expresiones y significación, muchas de estas abordadas en esta investigación, seguramente otras también invisibles y que se han naturalizado en un lenguaje común y que se articulan a unas dinámicas de ciudad. La teoría del espacio mantiene estrecha relación con la disposición que tienen entre sí los sujetos con el espacio, es decir el devenir entre lo cotidiano y las diversas relaciones producidas.

Por eso fue importante hacer un rastreo de trabajos previos no solo sobre el barrio y la ciudadela, sino a nivel institucional, así como también trabajos con metodologías similares. Cabe mencionar que las investigaciones institucionales constituyen un enorme esfuerzo en mejorar los niveles de convivencia y aprendizaje, sin embargo, construyen metáforas de salvación desligadas del comportamiento social, razón por la cual se desterritorializa al sujeto y se limita a espacios de interacción diferentes, sometiéndolo a binarismos de comportamiento, es decir, estudiante- escuela, barrio-habitante, etc.

La investigación de Iulia Mancila, docente de la Universidad de Málaga, “Escuela y barrio, espacios compartidos de convivencia y aprendizaje para todas y todos” analiza las dinámicas de un colegio ubicado en un sitio marginal de Málaga, España, caracterizado por población diversa (gitanos, inmigrantes, víctimas de conflictos intrafamiliares, con bajo nivel académico y poco acompañamiento familiar) y su metodología resultó útil para la presente investigación:

“A lo largo de las conclusiones, se han incluido las voces de los participantes como los verdaderos "expertos vivenciales" de su realidad y se proponen sugerencias acerca de los enfoques y estrategias que podrían adoptarse para abordar las necesidades educativas y los desafíos que presenta la convivencia escolar en un centro marginal en cuanto construcción colectiva y corresponsabilidad de toda la comunidad educativa y de los agentes del territorio, en el logro de mayor calidad de la educación y más inclusión social.” (Mancilla, 2011: 1).

En el ámbito local, la investigadora educativa Bárbara Yadira García Sánchez cuenta en su artículo “Familia, escuela y barrio: un contexto para la comprensión de la violencia escolar” (2008) cómo la familia y la escuela son espacios distantes, razón por la cual los procesos de socialización son nulos o inexistentes, lo que fortalece la violencia escolar. Otra investigación pertinente es “La relación escuela y contexto barrial en la formación de sujetos políticos” (2014), del licenciado en ciencias sociales Andrés Felipe Forero Betancourt, quien propone una educación que tenga en cuenta las necesidades del contexto, así como también los procesos sociales en los cuales se ve atravesado. El impacto de dicha investigación quiso trascender a la formación de sujetos políticos y procesos de enseñanza y aprendizaje.

También hay algunos estudios sobre Santa Rosa específicamente: la investigación “Del grupo armado a una comunidad urbana: integración, acción y participación en la ciudadela Santa Rosa” (2011) de las estudiantes de sociología Ivón Liliana Forero Gómez y Rafael Francisco De la Ossa Archila de Universidad Colegio Mayor Nuestra Señora del Rosario explica el proceso de reintegración de reinsertados a la sociedad urbana, y aborda las dinámicas de socialización y realidad adquirida de estos nuevos grupos a la gran urbe bogotana:

“Este es el caso de la ciudadela Santa Rosa de la localidad de San Cristóbal en el sur de Bogotá, capital de Colombia, el cual se ha identificado como uno de los casos de reintegración “exitosos” en la ciudad (CNRR, 2008; Ángel, 2009) y donde se asentaron en un principio, en el año 2005, aproximadamente 100 familias de excombatientes. La particularidad de este lugar es que ha logrado reunir allí población vulnerable, desplazada y desmovilizada, y se han generado lazos de convivencia y aceptación, superando así, en gran medida, fenómenos recurrentes dentro de la ciudad como la marginalización y estigma hacia los excombatientes. Éstos a su vez han generado formas de asociación y algunos de ellos se han convertido en líderes comunitarios, desafiando la situación común de “invisibilización” y desarraigo, generando relaciones sociales particulares que les permiten construir y aprehender su nueva realidad” (Forero y de la Ossa, 2011: 5).

Forero y De la Ossa hacen un acercamiento a la violencia en Colombia desde la segunda mitad del siglo XX, a los procesos de socialización de los grupos armados, su transición a la vida civil, las prácticas de integración, las acciones colectivas e individuales, así como las transformaciones sociales en la Ciudadela y los procesos participativos en la comunidad.

Por su parte, la investigación de Iván Camilo Rodríguez Torres (2013), antropólogo de la Universidad Nacional de Colombia analiza el proceso de construcción de relaciones entre los habitantes del barrio, mostrando su transformación a partir de la llegada de población desmovilizada. Rodríguez hace una revisión crítica a los procesos de desmovilización y reintegración dirigidas por políticas públicas del país finalizando con un cuestionamiento a los

discursos ciudadanistas de civilidad que solapan la idea de excombatientes. Su artículo en la revista *Maguaré* “Una mirada etnográfica a la Ciudadela Santa Rosa: reflexiones sobre un caso de re-integración social de excombatientes en Bogotá” (2017) presenta una etnografía que describe los procesos de reintegración social en la ciudadela Santa Rosa.

Es oportuno retomar también la propuesta de historia narrativa de Fabio Enrique Ramírez Espitia “Crónica de una comunidad que se resiste a la estigmatización” que propone tres momentos: “[...] si usted quiere estudiar la historia de Santa Rosa debe hacerlo como si fuera un libro de tres partes: primero, la construcción de las casas y los primeros vecinos; segundo, la llegada de los excombatientes y tercero, la llegada de los desplazados.” (Ramírez, 2015: 3). El camino trazado por Espitia me permite reconstruir otra parte de la historia y la forma como llamados “desplazados”, víctimas, dueños, invasores, disidentes, bandas organizadas, construyen formas de socialización que les permiten de alguna manera nuevas formas de convivir.

Pero como la intención no es hacer un recorte del territorio, se hace indispensable retomar la escuela como un elemento cismático del barrio. Allí también se llevan a cabo proyectos e investigaciones que buscan identificar problemáticas a través de las interacciones, relaciones y configuraciones de la sociedad, tal es el caso de las docentes Claudia Isabel Rodríguez, Stella Forero y Claudia Cuca Melo, quienes participan en el proyecto “Escuela, conflicto armado y postconflicto” suscrito al programa UAQUE, en su pilar “Dignidad, justicia y paz”. Allí se pretende formar los docentes, recoger sus experiencias y mostrar sus intervenciones vistas desde la convivencia y la cotidianidad de los estudiantes:

“Así, este programa parte de la consideración que la configuración de un proyecto ético común en las escuelas y el país pasa necesariamente por el reconocimiento y potenciación de los saberes y prácticas plurales de convivencia de los sujetos: en primera instancia, los de los maestros/as y estudiantes y los de los grupos y culturas subordinadas y no occidentales que la escuela ha excluido”.⁶

Esta revisión trae otras experiencias, como el proyecto denominado: “Fortalecimiento de propuestas pedagógicas en educación indígena y en educación intercultural en Bogotá” (2015), que buscaba también mostrar parte de los procesos de caracterización de los grupos étnicos, sus configuraciones en la escuela, el fortalecimiento de la educación intercultural para la atención, retención e inclusión de población indígena y afro. El proyecto pretendía, a su vez, mostrar la realidad de los estudiantes en el contexto escolar y reflexionar en torno al

⁶ Consultado 20 septiembre 2016, TOMADO DE:
http://die.udistrital.edu.co/convocatoria_proyecto_escuela_conflicto_armado_y_posconflicto Año 2015

lugar que ocupan los grupos étnicos en las escuelas bogotanas. Allí, las docentes de primaria sistematizaron su experiencia en torno a la llegada de diferentes grupos étnicos y la visión de construcción de la interculturalidad en un contexto específico con actores, problemas e intereses particulares.

Paralelamente, la investigación de la docente Sandra Viviana Rozo “Fortalecimiento de competencias ciudadanas a través de proyectos educativos mediados por las tecnologías de la información y la comunicación” (2015) busca ir de la mano de las políticas públicas que ven en las competencias ciudadanas un apoyo a las actividades que promueven condiciones para la comunicación y construcción colectiva de conocimiento, convivencia escolar, la paz y la violencia escolar. Rozo aborda las interacciones sociales de un grupo de estudiantes de primaria con el fin de desarrollar en ellos sentido democrático, que los ubique como seres solidarios y capaces de vivir con el otro:

“Unos ciudadanos que desde sus casas, escuelas, colegios y universidades extiendan lazos de solidaridad, abran espacios de participación y generen normas de sana convivencia. Unos ciudadanos seguros de sí mismos y confiados en los otros. Unos ciudadanos capaces de analizar y aportar en procesos colectivos. Unos ciudadanos que prefieran el acuerdo y el pacto, antes que las armas, para resolver conflictos. Unos ciudadanos capaces de vivir felices en la Colombia y el mundo de este siglo.”⁷

Las investigaciones realizadas dentro de la ciudadela apuntan a procesos de reintegración de grupos armados a la vida civil, a procesos de desmovilización, a como se tejen las relaciones entre los diferentes grupos encontrados en un mismo espacio. En esta parte también se retomaron trabajos como el de Pilar Riaño que además de tener algunas similitudes con el espacio de investigación propone diversas estrategias para resistir al silencio, el olvido, la violencia, las heridas sociales, y las pérdidas. Riaño utiliza el arte como elemento activador de la participación, la reconciliación y la resignificación social.

Finalmente, se encuentra el trabajo abordado por la doctora en Ciencias Sociales y Humanas, Cristina Herrera quien a través de su libro: La producción del espacio comunitario. El habitar el suroriente bogotano, no solamente estudia el espacio como algo concreto, sino que permite analizarlo desde sus diversas coyunturas y producciones: desde lo morfológico y lo social. Dicho de otra forma, este libro muestra una problemática contextualizada en el suroriente bogotano, razón que llamo mi atención frente a la relación con la ciudadela y la escuela.

⁷ Ministerio de Educación Nacional, Estándares básico de convivencia y ciudadanía, Formar para la ciudadanía si es posible, página 3, 2004.

Estos textos fueron muy valiosos ya que me posibilitaron pensar en los niños y las niñas como hacedores de memoria, como constructores de significación. Siempre se ha dicho que los niños y niñas muchas veces no comprenden la complejidad de las problemáticas sociales, pero creo que, por el contrario, son capaces de analizar diferentes expresiones de su sociedad - violencia, miedo, dolor, señalamiento, prohibición, y reflexionar sobre diversas relaciones, sobre el uso del poder, sobre el rol que deben desempeñar en cada espacio del territorio.

Con esto en mente, abordar las configuraciones sociales-espaciales del barrio fue para mí una cuestión novedosa. La ciudad era para mí un espacio nuevo, así como también para cientos de niños y niñas que llegan con sus familias huyendo de la violencia o simplemente buscando mejores condiciones de vida.

Queriendo ahondar sobre esa formación urbanística no solo emprendo la búsqueda de información sobre cómo y en qué condiciones fue construido el barrio, incluyendo la ciudadela y la escuela, sino también los procesos de integración a la ciudad y el tránsito de la zona de lo rural a lo urbano. Por eso la primera parte de la tesis presenta un análisis locacional: ubicación geográfica, actividades laborales, servicios públicos, clases de transporte y condiciones habitacionales, para entender los factores de producción de la comunidad. Se hace también una incorporación histórica que permite no solo conocer las huellas dejadas, sino reconocer procesos de construcción de espacios determinados como las viviendas de interés social. . Esto para entender la organización social del espacio y configuración de las ciudades y sus transformaciones.

El capítulo dos se denomina *Lo desconocido nos somete, lo que conoces te transforma, sensibilidad y perspectiva de una maestra* reseña la manera cómo esta investigación puso en evidencia muchos elementos desconocidos que ofrecen pautas para la reflexión en la práctica educativa y permiten acercar el barrio a la escuela y viceversa, logrando así no sólo la visibilización, sino la posibilidad de transformación, además de hacer un acercamiento a los actores de la investigación a través de diversas herramientas metodológicas. Finalmente, el tercer capítulo, denominado *Cartografiando territorio, un espacio construido un espacio configurado*, da a conocer los mecanismos de participación empleados en el ejercicio etnográfico, analizando las diversas narrativas y memorias que configuran el territorio.

La metodología utilizada apunta a la investigación acción participación, ya que con las diversas herramientas utilizadas y/o trabajo de campo, se logró no solamente la consecución de información sino sensibilizar a la comunidad sobre sus propios problemas, partiendo de

una reflexión desde la experiencia de todos los participantes (estudiantes, padres, maestros y algunos vecinos). El trabajo comunitario permitió establecer puentes de comunicación y participación entre los lugares del territorio, visualizando sus diversas problemáticas, estableciendo acuerdos y proyectando nuevas formas de convivir. Las diversas herramientas de carácter cualitativo describen la diversidad de variables desde la interacción con la comunidad, se buscó un dialogo permanente a fin de establecer relaciones bidireccionales y horizontales, que permitieron el acercamiento y fortalecimiento de tejido social.

La investigación hizo un uso ecléctico de la metodología al valerme de diferentes herramientas que no solo me permitieron acumular datos sobre a la población con la cual trabajaría, sino que me permitió un acercamiento cualitativo y, por lo tanto, más analítico de las diversas situaciones. El trabajo de campo fue desarrollado durante el primer semestre del 2017 y consta de cuatro partes organizadas y complementarias. En la primera parte recurrí a una encuesta socioeconómica aplicada a todos los y las estudiantes de la sede A jornada tarde, que me permitió saber el número de estudiantes que eran habitantes de Santa Rosa, sus condiciones sociales y sus lugares de origen. Fue aplicada directamente a los niños de los grados de primaria de dos formas diferentes: la encuesta socioeconómica tipo I fue aplicada a 50 estudiantes de los grados primero y segundo, cuyas edades oscilan entre los 6 y 8 años de edad, provenientes de diferentes partes del país, y pertenecientes a diferentes etnias; ya que los niños y niñas de estos grados suelen ser muy expresivos y sensibles frente a diversas problemáticas, no sienten temor frente a narrar ciertos eventos y elementos imperceptibles para los adultos pero de gran significación para ellos, tampoco temen a expresar sus rabias, dolores e historias que han escuchado de sus familiares. En esta parte trabajamos a partir de la representación pictórica y los niños y niñas responderían a cuatro preguntas: ¿Dónde vives?, ¿Con quién vives?, ¿Dónde vivías antes? y ¿Qué servicios públicos tiene tu casa? La encuesta tipo II, por su parte, fue aplicada a 89 estudiantes de los grados tercero, cuarto y quinto, cuyas edades oscilan entre los 9 y 12 años de edad. La metodología empleada aquí fue pregunta cerrada, realizada por cada maestra directora de grupo en un pequeño espacio cedido para tal fin, a diferencia de los grados primero y segundo donde el contacto fue más amplio al tener dos horas para su desarrollo e interacción.

La segunda parte de la investigación buscaba escuchar la voz de tres actores importantes: padres, estudiantes y maestros. Sabía que mi posición de maestra me facilitaba no solo el contacto con los estudiantes, sino con sus familias, quienes sentían una especie de compromiso y de colaboración, así que convoqué a través de una circular a varios padres de

familia con la esperanza de conseguir alguna respuesta, ya que el ejercicio no era de carácter obligatorio. Llegaron tres padres de familia, a quienes se les explicó la intención de la entrevista. Sin dudarlo, dos de ellos se negaron a participar argumentando que no contaban con mucho tiempo. Fue la mamá de un niño de tercero quien accedió a participar, pidiéndome primero que por favor no la fuera a grabar o escribir su nombre. Se trataba de la señora Carmen⁸, desempleada, desplazada afrodescendiente proveniente de Buenaventura y madre de cinco hijos, dos de los cuales estudiaban en Moralba, quien decidió colaborar porque, según ella, no le tiene miedo a nada.

Así, entonces nos dirigimos a mi salón para realizar la entrevista, la señora Carmen respondió sin mayores detalles a los tres grandes temas: reconstrucción del pasado, sentimientos del presente y visualización del futuro. Esta entrevista buscaba no solo recordar, sino elaborar una recreación del pasado en el presente, ese presente podía ser representado de forma individual o colectiva y hablar de subjetividades respecto al territorio, relaciones, conflicto, presencia del estado, características que permite definirlos como seres únicos y miembros de una comunidad. En la última parte de la entrevista, hablamos sobre aquellas visiones e ilusiones de sujeto, las alternativas, acuerdos posibles en el territorio y el planteamiento de transformación. En este punto parecía que la información suministrada por la señora Carmen no contribuía a mi investigación ya que ella no salía de un esquema convencional, razón por la cual hablé con las madres que se negaron a participar, quienes me comentaron que la señora Carmen era una de las expendedoras de droga de la ciudadela, que su esposo había cometido algunos delitos en el barrio, y por eso su poca disposición para hablar; en ese momento, un escalofrío tocó mi cuerpo, sentí miedo y decidí pensar mecanismos menos directos para conseguir la información.

Luego de tan osada e ingenua búsqueda de información, decidí escuchar la voz de seis maestras, una de ellas con más de veintiséis años de labores en la institución, mientras que las demás no superan los diez años allí; personas dedicadas a su trabajo, divertidas, colaboradoras y muy dispuestas a expresar lo que piensan sin el mayor temor. Con las maestras traté de identificar y caracterizar la forma como se auto-conceptualizaban y determinaban su entorno mediante un ejercicio reflexivo que denotaba las dinámicas de interacción de los estudiantes dentro y fuera del aula. Se buscaron espacios grupales no tan formales, donde más que contestar una pregunta se debatiera alrededor de ésta, un espacio coloquial en la compañía de

⁸ Seudónimo utilizado para la investigación.

un café para el frío de la tarde, un espacio apropiado durante el descanso de los niños para contestar sin el antifaz que obliga el sistema. Debo hacer aquí una aclaración - el grupo de maestras es muy unido y esto facilita estos espacios de diálogo y participación.

Para finalizar la segunda parte, se realizó la entrevista a los estudiantes organizados en dos tipos: el tipo I para estudiantes de grado primero y segundo, con dos fases en su desarrollo, la primera un ejercicio de autorretrato donde se podía ver la concepción del niño de sí mismo y de algunas instituciones (familia, escuela, barrio, ciudadela). Así mismo, permitió utilizar el dibujo como método de investigación y reconocer al niño frente a los lugares donde convive, su percepción de los espacios públicos, el juego y la violencia, aspectos que constituyen sus diferencias en el territorio y las prácticas vividas allí. La segunda fase constó de un ejercicio de objeto- recuerdo cuyo objetivo era reconstruir la memoria a partir de un elemento con un gran peso significativo y cuya relación con el propietario permitía entablar una historia frente a su posesión, un lazo con el pasado que se remonta a los afectos y a la conservación como activador de los recuerdos e impedimento del olvido. En este caso, un juguete hablaba de historias de abuelos, de lugares, de sentimientos inimaginables, un elemento cualquiera para unos, un elemento único y valioso para cada niño.

La entrevista tipo II para los estudiantes de tercero, cuarto y quinto fue diseñada de tal forma que se convirtiera en un conversatorio con los niños y niñas de Santa Rosa. Me involucré a lo largo de los días, en sus juegos y en los espacios libres e invité a algunos niños y niñas para que de forma individual y voluntaria discutiéramos las dinámicas de interacción de los estudiantes. Allí se abordaron dos macro temas: conciencia espacio temporal y la escuela como espacio compartido, que apuntaron a formas no solo físicas sino simbólicas del territorio. Este ejercicio permitió reconocer aspectos propios de un territorio como su apropiación, la espacialidad social y física, la cultura colectiva, relaciones, vivencias, experiencias, poder, control, fronteras simbólicas, identidad, construcción de territorialidades, conflicto y formas de resolución. Este era un ejercicio que al principio parecía un escape de la clase de matemáticas para los niños de grado cuarto, quienes huían de la “anaconda” (como llaman a la profesora que les dicta esa materia) y que terminó en la construcción de historias individuales en un espacio compartido, una muestra subjetiva con una gran carga significativa, un ambiente de miedo, de reacciones frente a la violencia. Se removieron memorias de aquello que los niños no quieren volver hablar y ver, aquello que hace daño y se quiere sencillamente olvidar y modificar.

La tercera parte fue un ejercicio de cartografía social, donde convoqué a través de una invitación a todos los padres de los niños y niñas de Santa Rosa. Decidí que todos iban a recibir la invitación sin discriminación alguna, sea cual fuese su posición en la ciudadela. Mi alegría fue inmensa cuando ocho padres asistieron a mi llamado, entre ellos, la señora Carmen, la madre de un niño de primero proveniente de Cali, el señor Isaza, proveniente de Toribio, Cauca, una mamá y su bebé de Cantagallo, sur de Bolívar, un abuelito que vive en el barrio hace más de veinte años, una madre de dos niñas de preescolar y quinto proveniente del Huila y finalmente, la madre de un niño de tercero que venía de la costa⁹. Todos con algo en común: se representaban como víctimas de la guerra y querían dar a conocer su historia sobre el trazado del territorio; esta herramienta permitió que no hubiese la presión de una pregunta individual, sino que hubo una construcción colectiva, donde todos caracterizaron la ciudadela y a la vez se plantearon transformaciones.

Este ejercicio cartográfico se aplicó también a los niños y niñas de Santa Rosa, estudiantes de Moralba, doce niños y niñas participantes de los diferentes grados de primaria, invitados durante los recreos a dialogar sobre el sitio donde vivían. La actividad comenzó con una introducción a la actividad, su metodología y sus objetivos - hasta ahí todo parecía sencillo, pero la parte práctica nos llevó varios días, el ejercicio no era fácil, los niños discutían como pintar, dibujar y organizarse. Tras varios días, se pusieron de acuerdo para distribuirse por cuadradas, se propusieron que esa tarde contarían cuantas casas harían y quién dibujaría y pintaría. Al siguiente día, llegaron al salón discutiendo cómo empezarían, así que les dije que yo estaba haciendo la avenida, que quien continuaría, de pronto, el salón se llenó de pinceles, pinturas, marcadores y aunque el timbre sonó, esto no impidió que fueran corriendo a sus salones a pedir permiso a su maestra para estar un poco más en la actividad. Ese día Santa Rosa, tomó forma y color. La tarde siguiente todos querían ver su trabajo terminado. Unimos las cuadradas, el parque, la avenida, parecía una gran obra de arte, todos sentíamos satisfacción pues veíamos a Santa Rosa totalmente terminada. Finalizamos la actividad haciendo algunos mancamientos dentro del territorio, discutiendo y pensando cómo transformarlo.

Otra herramienta indispensable en el proceso fue la observación participante, que fue consignada en diarios de campo que no solamente guardaba mis más sencillos y sensibleros sentimientos, sino que abordó la transformación de una maestra atravesada por el contextualismo radical de los estudios culturales. Estos diarios de campo no solamente

⁹ Se utilizaron seudónimos y cambio de ciudades en la investigación.

recogieron sucesos actuales, sino que son una recopilación de mis siete años con la comunidad. Muchos de estos contienen discursos de carácter moralista y de consideración, o en ocasiones, una mirada distante sobre problemas coyunturales centrada en el señalamiento y la subalternización de los sujetos. Mi intención, por lo tanto, es darles sentido a unas relaciones socio espaciales que configuran a los sujetos en diversos espacios de interacción a partir de estas herramientas, con el fin de dar a conocer lo percibido por diferentes actores, los conceptos preestablecidos, las experiencias vividas, los factores externos e internos y las amalgamas construidas en esta comunidad.

Esta construcción etnográfica recoge las experiencias a partir de diversas formas de contacto de los sujetos con el territorio, los lugares y el espacio:

“Esto quiere decir que a un estudio etnográfico le interesa tanto las prácticas (lo que la gente hace) como los significados que estas prácticas adquieren para quienes las realizan (la perspectiva de la gente sobre estas prácticas). Describir las relaciones entre prácticas y significados para unas personas concretas sobre algo en particular (como puede ser un lugar, un ritual, una actividad económica, una institución o un programa), es lo que busca un estudio etnográfico” (Restrepo, 2016: 2).

Desde este punto de vista, se hace una descripción analítica no solo del territorio (cargado de signos y significados), sino también de esos lugares del territorio (escuela, barrio, localidad, ciudadela) así como también de espacios históricos y representativos.

La etnografía me permitió acercarme a mí misma, a mi comunidad, me posibilitó organizar un trabajo de campo que no solamente me diera información, sino que me ayudara a comprender la cotidianidad de los lugares, a observar con una mirada crítica la simbología, a ver más allá de lo visible. Me enseñó a cuestionar mi papel como investigadora y me posicionó en un lugar que también me pertenece. Por lo anterior, pretendía que dicha etnografía tuviera componentes que respondieran a una serie de factores que no solamente describieran el espacio, sino que se constituyera una descripción analítica del *lugar* y las prácticas sociales que elaboran los tejidos, con ejercicios de memoria marcados por los afectos y las subjetividades, la creación de límites y fronteras, el uso y forma del lenguaje, los símbolos, los signos y los conflictos como formas de socialización.

Para terminar me pregunto ¿mi trabajo investigativo responde a estudios culturales? Respondo sí, porque primero, se trata de una intervención que descansa sobre un deseo de transformación de un espacio concreto que se problematiza (el espacio entre la ciudadela y la

escuela), con el fin de invitar a nuevas formas de configuración y que además tiene en cuenta las relaciones de poder y toda su red de significados.

Primero

La ciudad un espacio de libertad, un espacio cautivo.

I

El barrio: de lo urbano a lo rural

Es un día de clase en el colegio Moralba Suroriental, se escucha el timbre que indica la salida de los/as estudiantes y decido acompañarles al barrio con el pretexto de caminar hacia mi transporte. Todos me quieren indicar la ruta acostumbrada y yo los escucho mientras me cuentan historias: “Mi mamá dice que en el monte hay mucha maldad, que han encontrado gente muerta, que se llevan niños y los violan, que hay tigrillos y animales peligrosos”, dicen los niños mientras caminamos. Llegando a una esquina me encuentro con el abuelito de Juan Antonio Vásquez, quien asombrado me pregunta: “¿y eso profe, porqué tenemos el placer de su visita?”. Yo le respondo que quería conocer más el barrio y debía aprovechar tan buena compañía. Él me comenta que lo conoce muy bien, pues llegó de Cáqueza, Cundinamarca, en 1970.

“En ese entonces habían muchos lotes baldíos y la zona se determinaba como rural, pero el tiempo pasó y la violencia obligó a las personas a desplazarse a la ciudad y las fincas empezaron a dividirse en lotes y a construirse casitas, todo era destapado, aquí no había acueducto, se tomaba el agua de la quebrada, la mayoría de personas teníamos que caminar para coger transporte a la ciudad”¹⁰

Con esta pequeña narración de uno de los abuelos del barrio quiero emprender este recorrido que inicia con una descripción de la representación del espacio en diversas representaciones físicas, como mapas, memorias y reportes urbanísticos.

Moralba es un barrio que data de 1960, el barrio Moralva¹¹, como era conocido en ese entonces por los cultivos de mora y algunas haciendas, se fue posicionando como uno de los barrios de la localidad cuarta de San Cristóbal en Bogotá, que se sitúa entre las localidades de Usme, Santa Fe, Rafael Uribe y Antonio Nariño, colindando con municipios como Choachí y Ubaque.

“La población registrada en San Cristóbal es de 404.350 personas, esta localidad se ha venido consolidando como un territorio intercultural pues ha acogido población proveniente de distintas partes del país con sus costumbres y tradiciones, así se ha constituido una importante riqueza cultural sumada a un patrimonio material y

¹⁰ Sandra Santana. Palabras de un abuelo. Diario de campo, Bogotá, abril 3 del 2017.

¹¹ Nombre originario del barrio que reposa en los planos que se conservan en Planeación del Distrito.

ambiental.” (Secretaría de Cultura, Recreación y Deportes, Bogotá y sus localidades, 2015)

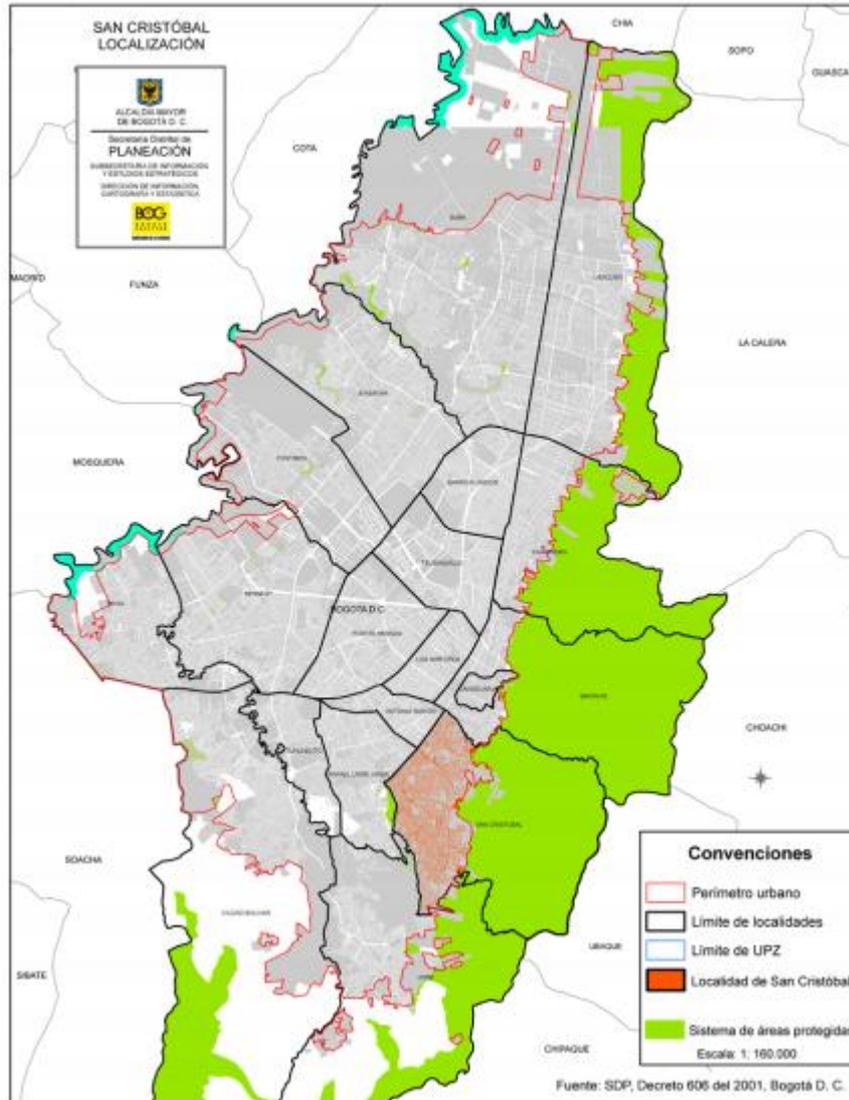


Figura 2. San Cristóbal, Recuperado de:

<http://www.sdp.gov.co/portal/page/portal/PortalSDP/InformacionEnLinea/InformacionDescargableUPZs/San%20Cristobal/Monograf%EDa/04%20Localidad%20de%20San.%20Crist%F3bal.pdf> Consultada el 17 de diciembre del 2017.

El señor Vásquez comenta que toda su familia es de Cáqueza y que hace muchos años traían productos para la venta en Bogotá. Recuerda que cuando era muy pequeño, la gente se transportaba en mulas para comercializar sus productos. En esa misma época acompañó muchas veces a su padre en los trabajos de arriería desde Cáqueza a Bogotá y recuerda cómo

cuando asomaba a la cima de la montaña y veía a Bogotá, le daban unas ganas enormes de comer un pan resobado que vendían en el centro. Con la felicidad que recuerda de su niñez, el señor Vásquez comenta cómo su padre le contaba historias mientras cabalgaban, sobre cómo se trabajaba en los cultivos de trigo y cebada en los cerros surorientales, cómo era ser obreros de los dueños de las haciendas y como su padre también trabajó en la construcción de carreteras y en un horno de loza para los pisos de las casas.

El señor Vásquez, nacido en 1930, también evoca cómo empezó la gente a trasladarse a la ciudad por efecto de la violencia y la falta de oportunidades en el campo, al punto que él y su padre hacían romería a la iglesia del Veinte de Julio para vender productos mientras le pedían al divino niño un milagrito para salir de la “pobreza.”



Figura 3 Plaza del 20 de Julio 1940. Álbum Parroquial. El Espectador, 14 de enero de 2014.

La llamada “pobreza” no solo indica la carencia de, sino que representa una situación más compleja: “El pobre como categoría sociológica, no es el que sufre determinadas deficiencias y privaciones, sino el que recibe socorros o debiera recibirlos, según las normas sociales. Por consiguiente, en este sentido, la pobreza no puede definirse en sí misma como un estado cuantitativo, sino sólo según la reacción social que se produce ante determinada situación” (Simmel, 1977 : 517). Esta categoría no solo es una carga frente a mecanismos verticales de caridad, sino que produce posicionamientos de los sujetos.

“Recuerdo como hacia los años cuarenta y ocho, cincuenta, a uno le brotaba la sangre roja hasta los poros, éramos liberales. Cáqueza, al igual que todos los pueblos de

Cundinamarca y Boyacá se declararon en guerra. Yo era un muchacho y como el ejército no me llevó porque sufría de la cadera, entonces busqué mujer y nos vinimos a vivir aquí en Bogotá. Yo trabajaba en la ladrillera y vivía en la Victoria, en una casita humilde arrendada por un señor que trabajaba sembrando cebada, el mismo que me vendió el lotecito en Moralba en el cual tengo hoy mi casa, esto era campo y los dueños loteaban y no estaba la escuela”¹²

La historia de San Cristóbal es la historia de la lucha de una clase trabajadora por abrirse un espacio en esta gran ciudad, una localidad que crece en la ladera de una montaña explotada desde más de cinco décadas, cuyas riquezas naturales no solo determinan las condiciones del suelo, y el clima, sino su ubicación dentro del sistema montañoso y periférico de la ciudad. Esta situación de “marginalidad” posiciona a San Cristóbal como un lugar asequible para muchas familias de clase trabajadora que ven en el territorio un lugar donde asentarse luego del desplazamiento, la violencia o simplemente la búsqueda de mejores condiciones de vida. Sí, la periferia brinda mejor economía por estar jerarquizada dentro de estratos bajos: servicios públicos asequibles, mercados a bajo costo por su cercanía a zonas rurales, arriendos baratos, pero en contraste, existen dificultades como escasos sistemas de transportes que obligan a sus pobladores a tomar rutas alimentadoras o el sistema SITP con rutas demoradas y concurridas: “Así fue creciendo los barrios del suroriente. En menos de cuarenta años eso ya habían muchas casas humildes prefabricadas, que cada año se la hacía una piecita. Aquí tuvimos nuestros hijos y muchos hasta nuestros nietos, y como le dije antes, se vivía de la agricultura por aquí, luego del pastoreo de ganado, ahora la gente se rebusca como sea para vivir”¹³

San Cristóbal cuenta con cinco unidades de planteamiento zonal, entre ellas la UPZ de Libertadores, en la cual se encuentra el barrio Moralba, que está catalogado como perteneciente al casco urbano desde 1991. Para mayor claridad, San Cristóbal cuenta con 211 barrios de los cuales muchos han sido ilegales, pero que se han ido formalizando con el tiempo:

“Se ha definido esta UPZ, como prioritaria de intervención del subprograma de mejoramiento integral, por estar conformada por asentamientos humanos de origen ilegal, con uso residencial por autoconstrucción predominante de estratos 1 y 2, con deficiencias de infraestructura, accesibilidad, equipamientos y espacio público. Se

¹² Sandra Santana. Palabras de un abuelo. Diario de campo. 19 de febrero del 2017.

¹³ Sandra Santana. Palabras de un abuelo. Diario de campo 19 de febrero del 2017.

observa paralelamente en los mapas, cinturones que demarcan zonas de suelo protegido y rondas de quebradas y parques.”¹⁴

Esta reconstrucción no solo me ayuda a conocer el territorio, sino a abastecerme de herramientas que me permiten rastrear su historia, así como la huella de la propia vida de las personas del barrio. Este reconocimiento físico me llevó a comprender diferentes aspectos geográficos que posicionan y además justifican ciertas actitudes frente a la falta de inversión, el abandono distrital, el posicionamiento periférico, la estratificación social, las víctimas y porque no, el resultado de movimientos políticos que no benefician a todos por igual. El reconocimiento del espacio físico lleva no solamente a entender el espacio social no como una esfera independiente, sino como unidades de construcción y significación. De allí parte mi interés en el reconocimiento del espacio como forma de producción y configuración de los sujetos, yuxtaposición que no solo produce, sino que transforma constantemente las identidades. Dejar de hablar del espacio físico es mutilar una serie de capas que se relacionan y construyen entre sí, y que determinan no solamente lo visible de la comunidad, sino que ayuda a su comprensión.

Con esto en mente, abordar las configuraciones sociales-espaciales del barrio fue para mí una cuestión novedosa. La ciudad era para mí un espacio nuevo, así como también para cientos de niños y niñas que llegan con sus familias huyendo de la violencia o simplemente buscando mejores condiciones de vida.

Esta expansión urbanística responde a procesos de violencia, desplazamiento y falta de oportunidades, por lo que lo urbano se concibe como una forma de vida con variables tales como magnitud, multiplicidad (razas, costumbres, hábitos, cotidianidades, desigualdad) y condensación (medios de transporte, caos, inseguridad, ruido) y se toman en consideración otros factores como la “pobreza”, la creación de bandas organizadas, las drogas, el desempleo y distribución del poder, elementos visibles en la comunidad. Podría entenderse entonces la ciudad como “un mosaico de fenómenos económicos y sociales” (Méndez, 2006 :14).

Otros problemas que emergieron al abordar el espacio urbano eran la forma como los cuerpos establecían relación con la ciudad y sus dinámicas, al comprender como los sujetos se adaptan a nuevas formas de vida y como se involucran en una amalgama de formas de socialización.

¹⁴ Unidad administrativa especial de catastro distrital
<https://www.catastro bogota.gov.co/sites/default/files/14.pdf> . Consultado el 23 de diciembre de 2017.

II

Santa Rosa, un espacio físico un espacio social

La ciudad contiene múltiples espacios topográficos, cada uno con diversos significados, el centro, el norte, el sur, zonas comerciales, zonas residenciales, espacios dedicados a la educación, la industria y lugares estigmatizados y situados en lo más bajo de los sistemas jerárquicos que componen la ciudad. Estos últimos están frecuentemente marcados por un estigma que los hace impenetrables. Por esta razón quisiera detenerme en un *lugar* del barrio Moralba: la ciudadela Santa Rosa.



Figura 4 Geo referencia de la Ciudadela Santa Rosa.

<https://www.google.com.co/maps/place/Santa+Rosa,+Bogot%C3%A1/@4.5449677,-74.0840402,853m/data=!3m1!1e3!4m5!3m4!1s0x8e3fa27f291d4e21:0xd564b4c881412cb018m2!3d4.5450772!4d-74.0825167?dcr=0> Consultado 18 de febrero 2018.

Santa Rosa es una ciudadela de 900 viviendas, entre casas y apartamentos, situada al suroriente de Bogotá, en el barrio Moralba, construida a principios de la década de los noventa por el Proyecto Urbanístico Alpes de la Constructora Santa Rosa, cuyos predios fueron adquiridos por gente de clase trabajadora. La planificación del proyecto prometía convertirlo en un espacio único e independiente, dotado de zonas comerciales y parques recreativos, lo que lo transformaría en una oportunidad para los menos favorecidos, sería un conjunto a la vanguardia de las exigencias situacionales del país. Organización, acervo habitacional, ubicación socioeconómica y adquisición de propiedad raíz era lo esperado por muchas familias que veían en Santa Rosa un lugar óptimo donde vivir veinte años atrás.

Hoy el frío golpea y se deleita allí, viendo la magnitud de una gran ciudad. De las 900 casas y apartamentos de Santa Rosa, 320 son habitados por personas en diferentes condiciones sociales, 461 apartamentos son habitados por sus antiguos propietarios y 119 viviendas fueron vendidas a desmovilizados en el marco del programa Reincorporación a la Vida Civil de Personas y Grupos Alzados en Armas, en el gobierno de Álvaro Uribe. Las paredes y cimientos revelan licencias de construcción expedidas sin estudios y un desinterés generalizado por la naturaleza hídrica que la rodea. Sus largas escaleras, destruidas por el pasar de los años y el accionar de la naturaleza, que parecen acercar los cerros surorientales con el cielo, son cruzadas por calles prohibidas, peligrosas, donde el ladrido de los perros anuncia la llegada de extraños a la cuadra, muros *grafitiados* con mensajes de amor, anuncios de demarcación de territorios y amenazas de muerte, un monte espeso de retamos espinosos, plantas invasoras que se tomaron buena parte de una montaña, y que hoy quieren ser controlados por Aguas de Bogotá y una organización que busca preservar el medio ambiente.

Luego, entonces, Santa Rosa no es solo un espacio físico es un espacio social, con ciertas particularidades que debía conocer, admito las ventajas de mi posición como maestra y lo que represento en el territorio. A diferencia de muchos investigadores que han hecho sus trabajos con esta población, para mí fue un poco menos difícil porque sencillamente hago parte del territorio. Con esto no quiero decir que no haya buscado diferentes estrategias para preservar mi seguridad y generar confianza con los habitantes del barrio. Al contrario, quisiera contar mi experiencia desde un intento etnográfico motivado no solo por ciertas lecturas, sino al descubrir que esta herramienta me permitía plasmar mi experiencia y a la vez construir conocimiento a través de ella.



Figura 5 “Ciudadela Santa Rosa Bogotá, 2017. Foto: Sandra Santana

Para internarme en la ciudadela Santa Rosa decidí buscar a alguien que no solamente me guiara, sino que evitara exponer mi investigación. Y sí, allí estaba Sergio¹⁵ un muchacho de catorce años, antiguo estudiante en primaria, con una habilidad enorme para moverse en muchos lugares en el barrio, podía sentarse con sus amigos en el parque de los zapatos que cuelgan (que significa de venta de drogas), era reconocido en el colegio por sus faltas de comportamiento (riñas, falta de respeto a sus profesores), por su talento en la conquista de sus compañeras, su liderazgo en las actividades artísticas, por los amigos de afuera, por sus cambios extremos de look (trenzas, decoloración del cabello, trinche en su cabello afro) o simplemente por su imponencia y reconocimiento de sus pares en el barrio. Sergio y Johana no solo fueron mis informantes, sino co-constructores de este proyecto, me enseñaron la ciudadela, el sistema organizacional, las formas de subsistencia, formas de operación, siempre entendiendo que lo mío no era una labor policiaca. Los niños se convirtieron en voz frente al silencio de los adultos y se valieron de su posición para hablar no con una extraña, sino con quien cada día contaba también como era su vida y generaba espacios bidireccionales de confianza. Los niños sabían que mi trabajo era parte de un proceso académico y eso también generaba sentimientos de apoyo y colaboración.

La relación con Sergio fue complicada porque me incumplió muchas veces con la excusa que había olvidado nuestra cita, pero la verdad era que él no quería que le hicieran preguntas o que lo vieran merodeando en la ciudadela con una persona extraña. Fui durante tres domingos y le pedí a Sergio me acompañara a tomar fotos de los grafitis, de la construcción, de las casas, de las escaleras, del parque. A veces nos sentábamos en las escaleras mientras me contaba cómo era la vida en la ciudadela o cómo habían llegado con sus hermanos y su madre allí, otras veces decidíamos pasear juntos hablando sobre quien vivía en cada casa. En este recorrido nos encontrábamos muchas veces con padres de familia y estudiantes quienes muy curiosos preguntaban qué estaba haciendo allí. Yo les respondía que estaba realizando un trabajo de la universidad donde estudiaba y que deseaba saber cómo se vivía en la ciudadela. Así, lentamente, niños, padres y vecinos se fueron acostumbrando a mi presencia, y entraron en confianza como para contarme las cosas que diariamente ocurrían.

Sergio me presentó a gente del barrio, amigos que, según él, debía conocer para poder seguir recorriéndolo. A veces me advertía que no levantara la mirada en el parque o que disimulara

¹⁵ Seudónimo utilizado en la investigación.

al tomar las fotos. Sin embargo, me negaba a dejar de descubrir a qué clase de peligro me exponía o a qué se le debía temer en la ciudadela.

Viendo la incomodidad que le causaba a Sergio mi visita, decidí buscar otras excusas para entrar a la ciudadela: visitar un niño enfermo, averiguar por qué no iba alguien al colegio, llevar un niño que dejaron en el colegio, hacer una salida ecológica con un grupo de ambientalistas - cualquier motivo era una razón para visitar el lugar. En cada visita registraba lo que la gente hacía, decía o practicaba, muchas veces quería tomar fotos o grabar las diversas narraciones, pero cuando lo iba a hacer, sentía que los cohibía y muchos no querían hablar.

Para evitar comentarios sobre las salidas con Sergio a la ciudadela, decidí hablarles a las directivas del colegio sobre mi trabajo de investigación, que con todo y mis argumentos me decían: “No se exponga profesora, su aseguradora de riesgos profesionales no cataloga eso como de su incumbencia, cuídese de esa gente, es peligrosa” o “Eso no hay que involucrarse demasiado con ellos, es gente difícil”. Sin embargo, sabía que debía hacerlo y que el peso de los estigmas no iba a ser más fuerte que mis deseos de conocer

III

La ciudadela Santa Rosa, un espacio polisémico, cargado de significación

Decido entonces adentrarme en la ciudadela, un lugar complejo y polisémico, sobrecargado de representaciones donde cada rincón habla y susurra al mismo tiempo para no ser escuchado, un lugar hostil y satanizado por quienes no lo conocen, un lugar de luchas, de disputas (por el territorio, por el respeto), un lugar de niños, de negros, de blancos, de buenos, de malos, un lugar de los que fueron y de los que son, así es Santa Rosa - no cabe duda que pintar con palabras es un arte, sin embargo, quisiera que no se me escapara ningún detalle para que mis lectores imaginaran este lugar.

En la vida cotidiana de los habitantes de Santa Rosa muchas historias conjugan múltiples formas de relación: algunos eventos hablan de violencia, miedos, muerte, prohibiciones y reglas internas que permiten el sometimiento y castigo de unos y premian a otros. A la vez, Santa Rosa es un lugar enigmático y generoso, donde llegan a vivir quienes ven allí un lugar donde resguardarse de la inexorable violencia y la falta de oportunidades en varias zonas del país. Familias completas de Toribío, Caloto, Buenaventura, El Charco, Tumaco, Pitalito y Cali, (y más recientemente de Venezuela) han llegado a la ciudadela, donde son organizadas

por un “líder” que determina quién vive en cada casa, por cuanto tiempo y, a veces, también decide quién muere allí.

Las fronteras invisibles atraviesan el territorio e impiden el tránsito libre tanto de la comunidad, como de los comerciantes: “Profe, a los santarrosanos se les tiene miedo, aquí ninguno puede pisar si no es amigo, la gente piensa que si vienen de la alcaldía es para quitarnos los servicios o las casas, que si vienen del Quindío¹⁶ es para hacer la guerra y dañar el negocio [venta de drogas y armas].”¹⁷ Este marcamiento territorial hace parte no sólo de acuerdos entre grupos, sino que convierte a los lugares públicos en privados, como muestra la figura 6, que es de una esquina de Santa Rosa cuyo mensaje no solo amenaza a posibles intrusos, sino que prohíbe el paso, constituyendo una decisión suicida en caso de desacato. Las normas preestablecidas se convierten entonces en formas de fidelidad y lealtad, que, si se alteran o transgreden, producen “sapos o infiltrados” cuyo destino es la muerte.



Figura 6 “Muerte a los sapos”, grafiti en la Ciudadela Santa Rosa Bogotá, 2017. Foto: Sandra Santana

Sergio narraba diferentes historias que parecían increíbles, él me transportaba a un lugar que estaba muy cerca de mí, pero muy lejos del conocimiento propio del territorio. La excitación y emoción de cada relato no solo me remitía a un escenario de resistencias y conflictos, sino que me embarca en una reflexión sobre la violencia y desigualdad. Es por él que conozco a quienes tienen el control de la ciudadela, un grupo de jóvenes que viven de la venta de alucinógenos, que alquilan temporalmente las casas señaladas como de invasión y demuestran

¹⁶ El Quindío es un barrio aledaño a Santa Rosa.

¹⁷ Sandra Santana, Diario de Campo. 16 de mayo 2017.

su dominación utilizando la violencia física como forma de coerción. Pero Santa Rosa es más que violencia y microtráfico, es más que noticias amarillistas que camuflan problemas coyunturales, es más que titulares que alertan:

“El conjunto residencial que soporta robos, violaciones y asesinatos”, “También robaban los servicios públicos como la luz, el agua y el gas de otras casas”, “La comunidad negra tiene líderes que a través de un megáfono movilizan gente cuando las autoridades quieren intervenir. Le perdieron respeto al Gobierno. Se los pasan por la galleta” “Queremos que se restablezca nuestros derechos de vivienda digna, seguridad, infancia, hasta la vida” [...] (El Tiempo, 2015) ¹⁸

Al caminar con Sergio por las estrechas escaleras de la ciudadela llegamos a donde fue proyectada la zona comercial, allí hoy solo hay ruinas, paredes y cuartos llenos de desechos, con grafitis alegóricos a la muerte, representados por un toro de casta que corre con furia y embiste con fuerza, y en cuya parte superior dice: “No le temo a la muerte”. Esta no es solo una representación artística de un habitante de Santa Rosa, sino que representa la experiencia humana frente a la pérdida del miedo a la muerte, su cercanía y la forma como es embestida por aquel toro que, aunque herido aún enfrenta a su adversario con la misma furia y coraje. Así son los habitantes de Santa Rosa, personas que, pese a los ataques, la mutilación y el abandono siguen en la lucha incansable por sobrevivir en este ruedo donde el espectáculo es ignorado y apartado como forma de control y de imposibilidad de construir relaciones frente a los actos de violencia que nos tocan a todos, pero con diferentes imágenes y panoramas.

La violencia en el territorio no se configura entonces como un mero problema de poder, sino que se establece como la forma como funciona la sociedad. Mi investigación evidenció diferentes formas de violencia urbana, entre ellas, la económica que comprende el sicariato, la venta de drogas, la comercialización y uso de armas, bandas organizadas, extorción, elementos perceptibles en la ciudadela Santa Rosa, la violencia para mantener el poder (reconocimiento, control y respeto) así como también violencia ejercida frente a la ausencia del estado en la atención a personas en riesgo geológico y víctimas del conflicto. Encasillar el mismo término parecería arbitrario ya que como dice Carrión: “La violencia debe ser concebida como una relación particular del conflicto social” (2008:94), es decir, es una construcción social que se personifica en cada comunidad y que se mueven entre el determinismo de problema y relación social.

¹⁸ Anexo estas noticias con el fin de dar a conocer la carga discriminatoria a la que se ven expuestos los habitantes de Santa Rosa.

La articulación de las diversas variables encontradas no solo desencadena una red de relaciones, sino que ayuda a comprender que los cuerpos, lugares y subjetividades están amarradas a procesos tales como la resistencia y la lucha, elementos cotidianos en la comunidad. La resistencia al poder que busca no solo controlar la vida de la ciudadela, sino sus modos de existencia, así como también las tensiones alrededor de la imposición y las formas de supervivencia.



Figura 7 Joven en la ciudadela, 2017. Foto: Sandra Santana.

Ya cansados de subir escaleras, le digo a Sergio que compremos algo de tomar en una pequeña tienda, un incómodo negocio con rejas atendido por una señora que no nos quita la mirada. En la pared de esta casa un grafiti que cuenta parte de la historia de Santa Rosa y la reintegración social de grupos desmovilizados, un proceso que justamente ha sido el foco de investigación de algunos antropólogos y sociólogos en la época de su auge político, pero que hoy solo se convierte en memorias de quienes fueron cobijados con subsidios de desmovilizados, víctimas y “desplazados”.

“En esa casa vive don José, un desmovilizado que hace mucho tiempo llegó a Santa Rosa, él les da trabajo a algunas mujeres del barrio, haciendo maletas de marca, ya tiene varias casas y la gente lo quiere mucho, los hijos estudian también en la escuela están en primaria”- dice Sergio mientras señala con su dedo una casa en la cuadra.



Figura 8. Grafiti en la ciudadela Santa Rosa. Foto: Sandra Santana

Camino a casa de Sergio, le empiezo a preguntar hace cuánto llegó a Bogotá, él dice que hace diez años pero que antes vivían en Cazucá (Soacha), con mucha cautela le pregunto cómo hicieron para tener la casa y entre risas me contesta: “Profe, venga el otro domingo y le cuento, pero eso sí, me gasta hamburguesa en la avenida o vamos a la Vicky (Barrio la Victoria) que allá me gustan mucho”.

Le digo entonces que por favor me acompañe a coger el bus, a lo que accede amablemente. Sergio tiene una facilidad enorme de hacer amigos, por eso mientras caminábamos rumbo a la avenida, observo que todos lo saludan “¡hola, Andrés!” Pero...me preguntaba por qué lo saludaban así, si hasta donde sabía ese no era su nombre. Él me explicó que allí todos tenían sobrenombres y que eran utilizados para preservar su identidad y seguridad dentro del barrio, y que así lo llamaban solo sus amigos, quienes le habían permitido vivir allí, donde estaba muy feliz con su madre y sus hermanos porque no pagaban ni arriendo ni servicios. Para muchas familias que habitan la ciudadela tener una propiedad significa la adquisición de un lugar, así sea momentáneo, un resguardo de los problemas traídos desde sus lugares de origen.

Al siguiente domingo fui a la ciudadela y desde la esquina de la cuadra grité “¡Andrés!” , pero mi miedo a los perros de la calle me llenó de cobardía y me impidió acercarme a la casa de mi acompañante, mientras los vecinos salían a sus ventanas y los perros amarrados con largas

sogas ladraban fuerte. De pronto, una señora me dice “vaya y golpee, esos no hacen nada”, así que me llene de valor y decidí acercarme, pero un perro enfurecido olió mi miedo y le parecí desconocida, por lo cual preferí no volver allí por ese día. Creí haber perdido el tiempo, pero sin embargo me aventuré a subir por la calle del barrio hasta las últimas casas de Santa Rosa, eran como las diez de la mañana cuando me encontré con la madre de una de mis estudiantes que había tenido años atrás, era la mamá de Marcela, una niña emberá proveniente de Chocó, y que se habían ido en el año 2016 por cuestiones económicas, pero que se habían devuelto porque el papá de sus niñas tenía más posibilidades de trabajo aquí. Aprovechando el encuentro, entablamos una conversación a pesar de las dificultades derivadas de su manejo de la lengua, ya que pese a los años de vivir en Bogotá, no maneja aún bien el español.¹⁹

“Profesora: ¿Marcela no ha vuelto a la escuela?

Madre de la niña: profesora, ella ya tiene marido y se fue a vivir con él.

Profesora: pero si es una niña, solo tiene 12 años.

Madre de la niña: ya cumplió los trece. Un señor se la llevó para Barranquilla, es un señor mayor, nos compró un mercado y se la llevó.”²⁰

Podría pensar esto de dos formas: por un lado, que se trata de cuestiones culturales y por otro, desde el punto de vista legal, que se trataría de abuso sexual contra menor de 14 años. Luego, no me queda más que escuchar atentamente la explicación de la madre de la niña: “Profesora, en nuestra comunidad las mujeres deben buscar marido a los 13 años, igual que los hombres, no se pueden quedar solos, a Marcela un hombre ofreció por ella y el padre la entregó, no nos dan plata, solo ayudan con comida, él debe educarla y ella darle hijos y atenderlo”²¹

Entender esta forma de vida me posiciona en un dilema sobre los procesos de transculturación entendida desde la perspectiva de Fernando Ortiz así:

“Transculturación expresa mejor las diferentes fases del proceso transitorio de una cultura a otra, porque éste no consiste solamente en adquirir una distinta cultura, que es lo que en rigor indica la voz angloamericana *acculturation*, sino que el proceso implica también necesariamente la pérdida o desarraigo de una cultura precedente, lo que pudiera decirse una parcial desculturación, y, además, significa la consiguiente creación de nuevos fenómenos culturales que pudieran denominarse de neoculturación.” (Ortiz, 1983: 5)

¹⁹ Por costumbres dentro de la comunidad emberá las mujeres deben conservar su lengua nativa, el hombre si puede practicar y aprender correctamente el español.

²⁰ Sandra Santana, Diario de campo, , 15 de febrero del 2017

²¹ Sandra Santana Diario de campo,15 de febrero del 2017

Es claro que algunas costumbres son tan fuertes que parecieran no transformarse, sino que configuran nuevas formas de socialización. Explicación borrosa cuando se trata de una niña que ya no está en un resguardo indígena como resultado de su contacto directo con la violencia. Los indígenas, afrodescendientes, campesinos y ciudadanos se hallan en procesos permanentes de adaptación a nuevas formas de vida, que conocen a veces de forma paulatina y a veces impuesta. El proceso no es fácil cuando el arraigo es tan fuerte, el entorno es cambiante y se suma la indiferencia estatal.

Ser indígena en esta gran ciudad se convierte entonces en un desafío, se busca ayuda en el marco de programas para “desplazados” y/o víctimas del conflicto, asistencialismo insuficiente para suplir necesidades básicas, por lo que muchos recurren a la conformación de cabildos urbanos para hacer respetar sus derechos; otros, por su parte, optan por la mendicidad y las prácticas esotéricas como forma de vida, como sucede en la ciudadela.

Mientras dialogaba con la mamá, decido invitarla a una cafetería cercana para que me acompañe porque estoy sola esperando a un niño, la señora muy amable accede a mi petición. Para no parecer que hago muchas preguntas, decido expresarle mi colaboración en la escuela, ella manifiesta que muchas veces las profesoras le mandan notas pero que ella no las entendía, que, si yo le podría enviar audios por WhatsApp con información de reuniones o cancelaciones de clases, así que intercambiamos teléfonos. En ese momento llegó su esposo, un hombre joven muy sonriente, muy conversador y con forma de vestir muy juvenil:

“Nosotros somos indígenas provenientes de las selvas del Chocó, llegamos a las casas verdes de Santa Rosa, la situación es muy difícil porque llegamos sin nada, allá sembrábamos cacao, después se puso muy grave la cosa, querían nuestras tierras, nos amenazaron y nos sacaron, llegamos aquí a Bogotá, y puse una tienda, yo aprendí del Jaibaná de la tribu y aquí soy médico”²²

En este encuentro que se teje alrededor de Santa Rosa también se configuran otras formas de interacción, dinámicas que no solo son vistas desde las formas de adaptación sino desde las costumbres y formas de vida: “Profe, la semana pasada las niñas no fueron a clase, estaban jugando afuera de la casa bajo la lluvia y un policía pasó y llamó a policía de menores, se las llevaron para bienestar familiar, dicen que no las cuidamos, pero es que a ellas les hace falta la naturaleza y el sitio donde vivíamos antes, ellas eran libres, aquí disque toca tenerlas encerradas.”²³ Estas familias no solamente enfrentan choques culturales, sino nuevas formas

²² Sandra Santana Diario de campo. Febrero 15 del 2017.

²³ Sandra Santana, Diario de campo 15 de febrero 2017.

socialización, proceso que deben hacer solos, porque la ausencia de las instituciones hace que no haya un proceso de incorporación a las familias que vienen de otros territorios.

Así, Santa Rosa no es solo un espacio geográfico, sino una serie de configuraciones sociales, de particularidades, es un pedacito de ciudad que habla no solamente de violencia, segregación y discriminación, sino de problemas estructurales como la falta de atención e inversión social en el campo, la falta de políticas públicas que atiendan a las necesidades educativas de la población, la falta de garantías para acceder a los derechos fundamentales en salud y vivienda, la falta de oportunidades laborales para los más jóvenes y el conflicto interno que golpea a muchas familias.

Así, Santa Rosa se convierte en un lugar móvil, habitado por personas que se mueven en búsqueda de oportunidades y seguridad, por familias numerosas que son nómadas como forma de subsistencia. Familias que enfrentan solas no solo el despojo, sino también el asentamiento en territorios muchas veces desconocidos.

Luego de esta corta conversación, la pareja se levanta y agradecen mi colaboración. En ese momento me siento observada por un policía que está a mi derecha y me dice: “¿usted no vive por aquí, cierto? Cuidese, esto por aquí es peligroso”. Le expliqué que estaba haciendo un trabajo de la universidad sobre Santa Rosa, que era maestra de la Escuela Moralba, a lo que me responde: “había podido hacerla en otra cosa, profe”.

Sugestionada por la advertencia decido bajar rápidamente a la avenida por una de las calles al costado de la ciudadela, sintiéndome satisfecha por haberme encontrado con la familia de Marcela y haber dialogado con ellos. Al siguiente día me encuentro en el colegio con Sergio y le pregunté que, si era que ya no me volvería acompañar, que me dijera con sinceridad que yo sabría entender: “No profe, es que estábamos en una fiesta y llegamos a la madrugada y no la escuche, cuando desperté fui a la tienda y la vecina dijo que me estaban buscando, entre ocho días nos vemos ¿sí?, yo me consigo un celular y me llama”.²⁴

Al fin de semana siguiente, Sergio responde a mi llamada y me dice que estaba esperándome, que nos veíamos en la portería principal de la ciudadela, así fue, llegué muy puntual a la cita establecida y esta vez lo invité a la hamburguesa que quería en la avenida. Mientras comíamos, quería saber cómo era la toma del territorio, cosa que sabía porque los niños de la escuela me habían contado que en Santa Rosa aún había casas habitadas por los dueños

²⁴ Sandra Santana, Diario de Campo, 15 de febrero 2017.

originales, quienes las compraron a la constructora años atrás, otros las adquirieron a muy bajo costo con escrituras de propiedad falsas²⁵, mientras otros recurrían al líder del barrio, quien les asigna una casa, muchas veces arrebatada a otra familia que no cumplió con los requerimientos exigidos por la organización.

Mientras le contaba a Sergio lo que me decían los niños, él también me contó cómo se había apoderado de la casa su familia:

“Mi mamá es desplazada, tengo tres hermanos mayores ellos tenían amigos aquí, venían a la ciudadela a visitarlos y a decirle que apenas desocuparan una casa iba a ser para nosotros, así fue como a nosotros no nos tocó esperar nada, solo tener plata para un portón y ya. Aquí todo es más fácil no pagamos nada, ni siquiera servicios, a veces nos los quitan pero los volvemos a conectar, y listo [...]”²⁶

La lucha por obtener y conservar una vivienda en Santa Rosa es permanente y oscila entre la normatividad impuesta por las organizaciones que operan en el barrio y la resistencia al desalojo oficial. Los demás habitantes del barrio, por su parte, estigmatizan frecuentemente a la gente de Santa Rosa como: “negros, peligrosos y violentos que dañaron el barrio desde que llegaron, convertido ahora en un nido de ratas”, [...]”²⁷, produciendo así un “ellos” y un “nosotros”. Estos prejuicios y estereotipos racistas no sólo son evidentes en los sujetos externos a la ciudadela sino dentro de ella, razón por la cual es común escuchar allí frases discriminatorias y de exclusión frente a las comunidades afrodescendientes.

Y es que las diversas formas de discriminación, no solo atentan contra los colores de piel sino que abarcan lugares de procedencia, costumbres, gentilicios, formas de vestir, elementos que muchas veces generan rechazo por diversas ideologías y prejuicios adquiridos socialmente. La discriminación es evidente también en la forma como habitan sus casas y como se accede a ellas. Años atrás, tras mis visitas a la ciudadela, cuando la gente carecía de recursos económicos para la compra del portón, se veía obligada a crear un pasadizo a través de la puerta sellada con ladrillos y cemento además de siempre dejar alguien en casa para custodiar y proteger la casa de otros posibles invasores.

²⁵ Muchas familias dicen tener un documento semejante a una escritura, pero no aparece, como registro de propiedad.

²⁶ Sandra Santana Diario de campo. 18 de marzo 2017.

²⁷ Sandra Santana. Entrevista del 9 de marzo del 2017.



Figura 9. Familia intentando ingresar para habitar una casa de la Ciudadela Santa Rosa. Recuperado en de <http://www.elespectador.com/noticias/bogota/militarizarian-barrios-criticos-articulo-471758> Consultado 28 de marzo del 2017.

Luego de salir del lugar donde estábamos compartiendo con Sergio, le digo que si me acompaña a tomar una foto desde arriba a la ciudadela: “Ay, profe, allá no nos podemos meter, allá ni la policía cruza - son las casas verdes”, dice Sergio mientras mueve su cabeza en señal de desaprobación (más adelante sabría cuál era el caso de estas casas).

Relacionaba cada relato de Sergio con la de los niños en la escuela, y es que quien llega a Santa Rosa sigue siendo violentado y penetra en una estructura particular de poder y control que no es ejercido por la policía. Es un espacio estigmatizado no solamente social sino topográficamente por las condiciones de habitabilidad que posee, donde la intervención social es prácticamente inexistente: “En la ciudadela nadie llega a mirar que necesitamos, graban programas de televisión diciendo que nos ayudan pero eso es mentira, solo van graban y hacen hablar a algunos para que salgan en televisión.”²⁸

Este modo de visibilización no evidencia problemas profundos de la comunidad, sino que muestra el barrio como territorio hostil y “salvaje”, a la vez que considera a los habitantes dentro de categorías de desigualdades humanas y empobrecimiento.

²⁸ Sandra Santana Diario de campo, septiembre 18 del 2017.

“Cuando los desmovilizados llegaron, la junta de acción comunal estaba a punto de desaparecer. Vencieron sus diferencias y empezaron a reunirse con ayuda de la parroquia y la fundación. Los mismos que tiempo atrás se mataban a tiros, se descuartizaban y se echaban en hornos crematorios para borrar de la faz de la tierra al enemigo empezaron a caminar por la misma ruta en proyectos de huertas urbanas, costura y confección.” (EL TIEMPO, 2017)

Al problematizar estos discursos mediáticos y conocer el territorio se puede repensar cómo todo esto que aparece frente a nuestros ojos de forma poco compleja responde a procesos históricos de construcción del territorio. Con historias palpables de violencia y de regímenes de poder, la ciudadela es un lugar movable y jerárquico no sólo por su ubicación, sino por la trascendencia que han tenido sus polifacéticos habitantes, inicialmente familias llenas de ilusiones de tener un lugar propio, más tarde excombatientes con el propósito de iniciar otra forma de lucha, hoy, gente cargada de recuerdos y memorias de una guerra absurda donde unos pocos salieron victoriosos.

Sabía que muchas veces incomodaba a Sergio con mi presencia, pero coincidentalmente fuimos invitados esa semana, junto con los niños, a una charla sobre el cuidado de la Quebrada Chorro Colorado, aledaña a la institución, donde el grupo de amigos del bosque nos invitó a una salida ecológica el sábado, salida que quería aprovechar para interactuar con la comunidad así que ese día me preparé para asistir con el grupo. Nos encontramos muy temprano con otra profesora que también quería conocer el cerro, llegamos al barrio y nos reunimos en el parque principal, ese día no veía a ninguno de mis conocidos de Santa Rosa, por cual decidimos irnos con una mamá que vivía frente del colegio, la señora Rosa²⁹. El día estaba soleado, pero el piso era húmedo y resbaladizo. Entablé conversación con la mamá acerca de su vida en el barrio, la seguridad y los vecinos: “profe, yo vivía en el barrio Altamira antes, luego me pasé a vivir una cuadra arriba de la iglesia de aquí del barrio, pero eso allá es muy peligroso, allá hasta acabaron con el Cai móvil, la semana pasada hubo una balacera y les tocó quitar el Cai, ahora ya no hay policía, esa gente allá no tiene ni ley ni orden, en las tardes me vengo para acá, porque aquí vive mi padre y me toca cuidarlo”³⁰ Recordé inmediatamente que había tomado una foto del Cai con Sergio, un tráiler en mal estado con ventanas cubiertas de plástico y huecos producidos por las balas.

²⁹ La señora Olga es una vecina del colegio que tenía una pequeña miscelánea a la entrada del colegio y quien me protegía a la salida del colegio cuando iba a la universidad y salía sola. Ella me acompañaba o simplemente no me dejaba salir del colegio porque en el parque aledaño y el cual debía pasar estaban robando.

³⁰ Sandra Santana, Diario de campo, 8 de abril 2017.



Figura 10 Cai móvil, parte alta Santa Rosa. Foto Sandra Santana

Santa Rosa no es solo un territorio de invasión, sino un territorio que refleja la lucha de sus habitantes por un espacio en esta desahucada ciudad, donde la periferia es un lugar asignado para algunos y olvidado por otros. Santa Rosa está marcada por la revolución, por las historias de quienes lo habitan, por pasados teñidos de rebeliones armadas, de anhelos de toma del poder. Hoy, muchas personas conviven y luchan contra la arremetida estatal que quiere despojarlos de este territorio con leyes propias, haciendo que autoridades locales soliciten repetidamente su desalojo, revelando que en este territorio la violencia es una estrategia de inconformidad popular.

Los habitantes de Santa Rosa no solo resisten al desalojo, sino que manifiestan poseer armas que les brindan cierto respaldo a la hora de una intervención policíaca o de quien irrumpa en su territorio, por lo que los vecinos y autoridades los etiquetan como subversivos. Esto ha hecho que, con el pasar del tiempo, la búsqueda de acuerdos con la comunidad para entregar los predios ha sido sustituido a las modalidades de desalojo, petición que los habitantes aceptarían si les dieran garantías de una vivienda en la ciudad: “Nosotros no vamos a desalojar, ni nos vamos a comer en cuento de que nos pagan un arriendo en otro lugar, eso lo

dicen mientras lo sacan a uno, si no es así que nos saquen muertos o quemados como hicieron en Suba en abril de este año”³¹

Cabe mencionar que la rotulación de la población ha servido también de escudo frente a los procesos de negociación y diálogo, así como también a las formas de actuación de la administración, se sabe que allí viven familias con niños y que no permitirán arremeter fácilmente con la única posibilidad de vivienda que han tenido desde que llegaron de sus poblaciones. Aclaro que no pretendo satanizar la población, sino posicionarlos como sujetos de lucha para quienes los protocolos, acompañamientos e intervención deben venir acompañados de mejores alternativas. Los niños de la escuela narran cómo son atravesados por el despojo a través de estamentos como la Policía Nacional y el Instituto de Bienestar Familiar.

Mientras caminábamos con la mamá por un camino angosto, rodeado de naturaleza, humedad y el ruido de la quebrada, llegaba a mi mente la forma como Sarita³² me contaba cómo ella y su familia se habían apoderaron del territorio.

28 de abril 2017

Hoy estuve hablando con Sarita, una niña afrodescendiente proveniente de Cali que llegó con su familia hace más de siete años. Hoy recuerda con melancolía cómo llegó a la ciudadela: “Mi primo nos tenía una casa, pero esto estaba militarizado para que nadie entrara, así que lentamente fuimos metiendo nuestro trasteo cuando llegó la policía.

Mi abuelita armó un escándalo, le pegaron, la empujaron mientras nosotras, con mis primas, nos fuimos metiendo a la casa y es que como a los niños no nos pueden sacar, pues ni modo, ellos amenazaron con llevarnos al ICBF, dijeron que nuestros padres eran unos irresponsables, que cómo nos iban a traer a vivir allí, que esto no nos pertenecía. Mi mamá gritaba que, si era que no tenían corazón, yo solamente lloraba y gritaba groserías por la ventana de esta casa, mientras unos vecinos decían ¡sáquenlos! Mi mamá está acostumbrada a defenderse, por eso nos vinimos de Cali, allí recibió un tiro no sé por qué. En esa casa vivimos con mi abuelita, mi mamá, mis tías, tíos y primas, pero como éramos muchos, abrimos un hueco que daba a la casa vecina y ahora es de nosotros. En varias ocasiones

³¹ Sandra Santana. Diario de campo mayo 17 del 2017. El 24 de abril se llevó a cabo el desalojo de 398 familias, en Suba Bilbao, allí a la fuerza y con maquinaria se sacaron a 1.500 personas en condición de invasión, en el operativo hubo un incendio que dejó heridas a doce personas.

³² Seudónimo utilizado por seguridad en la investigación.

venía la policía a sacarnos, para ir a la escuela nos tocaba turnarnos ya que a los niños no los sacan a la fuerza de su casa, un día veníamos unos y otro día otros, nos quitaban el agua, la luz, pero mi tío, que sabe de eso, nos la conectaba cuando se iban.

Nadie podía dejar su casa sola porque si no venía la policía, venía una nueva familia a ocupar la casa, eso era súper chistoso, mis tíos que venían de Cali no conseguían trabajo, así que decidieron trabajar de forma independiente. Así, lentamente toda la familia llegó a Bogotá, pero muy aburridos porque en Cali nosotros bailábamos en navidad, decorábamos la cuadra, donde los vecinos comíamos, aquí nada hacen, y además hace mucho frío.

Mientras estábamos sentadas, con la señora Rosa nos comentó como se había efectuado el allanamiento en Santa Rosa la semana anterior:

“La policía empezó a llegar a las dos de la mañana mucho hombres vestidos de negro rodearon la ciudadela, por todos los lados hasta en el monte, de pronto se escuchó más ruido cuando llegó el Halcón de la policía³³, de un momento a otro había más policías en los techos, la gente gritaba porque se entraron a todas las casas buscando al negro que manda, los cogieron junto con otros delincuentes, pero otros sí se les volaron”³⁴

La violencia se amalgama con otras categorías como el empobrecimiento, la falta de oportunidades laborales, la segregación, la discriminación:

“Dichas acciones pueden interpretarse sociológicamente como una respuesta a los cambios económicos y sociales desplegados por la marginalidad avanzada. Con ello se produce una polarización de la estructura de las ciudades que destierra vastas masas de parias urbanos y los empuja a la redundancia económica y a la marginalidad social en espacios de relegación” (Wacquant, 2008 :6).

Santa Rosa se configura, así como un espacio de resistencia. La violencia estructural, institucional, económica se convierte en un dispositivo de señalamiento, exclusión y discriminación que aísla a la comunidad del barrio para justificar el desalojo como medida de seguridad, frente a los actos de violencia. En otras palabras, los entes de control pretenden demostrar la alta peligrosidad del lugar como método para la justificación de la toma del lugar.

Como ya no pudimos subir más, y el grupo ya se había adelantado, decidimos empezar a descender, mientras eso, nos alcanzaron un grupo de niños que vivían en Santa Rosa, mi compañera me propuso que nos fuéramos con los niños, en su compañía llegamos a Santa Rosa. En las visitas a la ciudadela fue evidente que muchos de los integrantes de las familias

³³ Es un helicóptero de última tecnología, usado por la policía nacional, en operaciones dentro de la ciudad.

³⁴ Sandra Santana Diario de campo 30 de abril 2017.

están en casa, sin empleo, las madres de familia manifiestan su imposibilidad de trabajar – sea por la falta de oportunidades, o por la pérdida de ayudas humanitarias, o bien por no dejar a sus hijos solos y la casa sola. Estas situaciones hacen que no solamente haya menos ingresos económicos sino menos posibilidad de habitar una vivienda digna.

Las grietas en las casas reflejan la presencia de humedad, razón por la cual hay problemas de salud no solo entre los niños sino en los adultos, quienes viven con el temor de un deslizamiento que ponga en riesgo sus vidas. Este abandono estatal pretende apaciguarse con atención humanitaria, ONG³⁵, comedores comunitarios, mercados y subsidios que no sustituyen los derechos humanos ni permiten unas garantías esenciales para vivir dentro de los límites del bienestar.

Ese bienestar negado también es evidente en la falta de servicios públicos óptimos, los habitantes de Santa Rosa, toman el agua y la luz de forma ilegal, exponiendo su vida. Muchas veces no cuentan con agua potable que les permita tener un saneamiento básico, preparar los alimentos o simplemente asearse para ir al colegio. Esto también acarrea problemas entre invasores y dueños, quienes deben aceptar esta problemática si quieren conservar su casa o apartamento.



Figura 11 Contadores de la luz en Santa Rosa

³⁵ Como la Fundación Proyectar sin Fronteras, que se dedica a la implementación de proyectos educativos de reinserción social para las víctimas del conflicto armado a través del centro Comparte. Allí laboraba Julie Huynh, la ciudadana francesa que falleció en el centro Andino, víctima de un acto terrorista.

IV

La escuela: un espacio de socialización, un espacio de construcción

En el barrio Moralba queda la escuela del mismo nombre y a pocas cuadras se encuentran varias urbanizaciones (entre ellas Santa Rosa). La escuela se fundó en 2002 a partir de la unificación de la sede del Consuelo y Quindío (barrios aledaños a Moralba) ordenada por la Secretaría de Educación:

“Llegué a la institución hace 27 años, cuando la escuela pertenecía al departamento de Cundinamarca y estaba clasificado como rural. La escuela tenía de primero a quinto de primaria y en la sede A y era una de las más importantes en el sector. Los padres eran agricultores y ganaderos, pocos trabajaban en la ciudad porque el transporte era escaso. Con el tiempo se ampliaron las carreteras, se pavimentó, y se empezaron a construir más casas, razón por la cual se adquirió el título de urbano y parte de Bogotá” [sic].³⁶



Figura 12 La escuela y su entorno. Foto: Sandra Santana

³⁶ Sandra Santana. Entrevista a docente. 9 de marzo del 2017.

La escuela Moralba Suroriental cuenta en la actualidad con dos jornadas y tres sedes, y cerca de 1.686 estudiantes en toda la institución. En la sede A jornada tarde hay 380 estudiantes, 184 de preescolar y primaria de los cuales el 42% son habitantes de la Ciudadela Santa Rosa. La institución se encuentra ubicada cerca de la quebrada de Chorro Colorado, que ha sido intervenida por un grupo de ambientalistas que pretenden recuperar los cuerpos de agua de la zona, así como la reserva forestal que rodea el barrio. Otro punto de referencia de la escuela es el parque Moralba, donde algunos jóvenes se reúnen con diversas pretensiones: hacer deporte, practicar educación física, consumir alucinógenos o simplemente charlar en un día de sol.

Hoy, hace casi ocho años que estoy allí como maestra de primaria, pero siempre he dicho que la escuela Moralba es un lugar de múltiples colores. Llegar allí lo transporta a uno a cualquier parte del país, niños y niñas de diferentes regiones, colores, sabores y saberes, muestran los procesos migratorios como la tónica de la época y adentrarse en la ciudad como única posibilidad de subsistir. La escuela, al igual que el barrio, se convierte en un lugar de encuentro, de configuraciones y de transformaciones de eventos propios de la situación del país y sus problemas coyunturales.

Este territorio compuesto por diversos escenarios no solo me invita a pensar que la configuración de las sociedades se da en diversos espacios, donde cada uno constituye una amalgama de condiciones. La escuela y el barrio se materializan en parte del territorio, las relaciones que se tejen allí son producto de las relaciones construidas no solo desde el sitio donde viven los estudiantes sino desde sus lugares de origen y las formas de interacción en la escuela. Por lo tanto, hablar de sociedad nos remite a entender cómo se configuran y cómo empezar a repensar su transformación.

La escuela es un lugar del territorio donde se materializan las representaciones e imaginarios, para algunos, un lugar que debe ser sistémico e inmóvil, para otros, un lugar invisible que guarda cosmovisiones simbólicas y expresivas. Esto es Moralba, un lugar que se halla entre lo sistémico y lo simbólico logrando conjugarse mientras se construyen nuevas formas de interacción a las cuales se debe adaptar.

SEGUNDO

A propósito de la metodología, consideraciones y herramientas

I

Lo desconocido nos somete, lo que conoces te transforma, sensibilidad y perspectiva de una maestra

En esta parte quisiera devolver el tiempo, jugar y recordar mi pasado. Evoco un día más en la ciudad de Bogotá – parecía soleado, sin embargo, dirijo la mirada a los cerros surorientales, donde parece que (como muchos dicen) el cielo estaba roto, sombrío y con mucho frío. Tomo mi chaqueta, sombrilla y la bufanda y me dirijo rápidamente hacia lo que considero mi más grande pasión, enseñar- aprender, conceptos que no quisiera ordenar jerárquicamente o contraponer, sino conservar en un orden horizontal bidireccional. Subo al servicio de transporte urbano y mientras me dirijo al colegio pienso: ¿Qué puede hacer una maestra de primaria para que los niños y niñas cuestionen y transformen su mundo? Mi pensamiento puede parecer utópico o tal vez salvacionista, pero creo que si no fuéramos indiferentes, las instituciones se replantarían y tendríamos una visión más crítica de la situación.

Sentirme frente a los abismos de la impotencia y la comodidad me deprime, siento que la escuela, pese a su carácter redentor es un lugar de coerción, de uso del poder, de dominación, un lugar que se disfraza de construcción y democracia, como amplió más adelante.

Llego a la escuela y percibo el afecto de los niños, quienes me saludan con un gran abrazo, con sus ojos brillantes, sus caras maltratadas por la inclemencia del frío que no solo habla de la altura sobre el nivel del mar en la que nos encontramos, sino que reflejan la poca adaptación de su piel a la temperatura de este nuevo lugar. Los observo con sus uniformes: su saco rojo, posiblemente comprado en el mismo lugar para tener la misma tonalidad, sus zapatos negros, sus medias iguales y las filas. La uniformidad es solo uno de los lugares donde la escuela esconde las particularidades y produce la homogenización de las poblaciones, es decir, los maestros deben impartir los mismos conocimientos a todos los niños, y asignarles la misma forma de evaluación independientemente de su cultura, de sus formas de vida, hábitos y cotidianidades.

A mis lectores/as una aclaración, no estoy pintando un panorama oscuro, solo pretendo dibujar una percepción que me indigna y que me ha llevado por caminos de profunda

desesperación tras años de trabajo. Mi travesía etnográfica no solo está atada a mi subjetividad, sino a mi deseo de dar a conocer que somos más que simples reproductores de un sistema educativo, de modelos y de métodos, somos sujetos políticos, y esto para mí, es tan personal como político. La escuela y sus sistemas implantados llevan a la sumisión y a la conservación del estatus quo. Pero, ¿por qué permanecer inertes ante la posibilidad de transformar el estado y las instituciones desde la construcción política de la escuela? Sí, este es mi dilema, por ello me propongo (y creo que nunca habría pasado por mi imaginación hacerlo), tener contacto con los niños, el barrio y con la ciudadela Santa Rosa, conocer su forma de vida de manera que logre comprender que lo único que tenemos igual es el uniforme que nos identifica como estudiantes, pertenecientes a.

Por ello parto de los registros consignados en mi diario de campo y aclaro que mis escritos guardan no solamente el sentir de una maestra atravesada por la pedagogía, sino que navega lentamente por el misterioso mundo de los estudios culturales, que me han permitido comprender de forma más analítica y contextual diversas problemáticas sociales.

10 de agosto del 2012

Es un día normal en la escuela Moralba, el frío penetra cada parte del cuerpo, la llovizna se hace presente como todos los días en los cerros surorientales. Se ha preparado una izada de bandera en honor a las fiestas patrias de nuestro país, muy cerca de allí, y con bastante visibilidad desde la escuela se encuentra el parque, donde un grupo de muchachos está mirando la actividad. De repente, varios saltan la barda que separa el colegio del parque y con arma blanca se enfrentan a los estudiantes del colegio, quienes no resultan tan indefensos y sacan sus armas también. En medio de esto están los maestros, quienes son los únicos sin protección y en procura de la conciliación, acción que resulta imposible dada la efervescencia del momento. Todos estamos asustados y creemos que fuimos atacados, pero lo sorprendente es que uno de los jóvenes de afuera termina con una gran herida en su ojo derecho. Rastros de sangre son visibles en los pasillos y en puerta del colegio. Los maestros intentan atender a los estudiantes heridos, mientras otros corren camino al monte espeso que rodea el colegio. La coordinadora llama afanosamente a la policía, que manifiesta no tener suficientes hombres para calmar la asonada, solo quedaba prender una alarma para alertar a los vecinos, quienes podían ejercer presión para que hiciera presencia la autoridad. Hace

*un mes estoy trabajando aquí y si esto continúa, lo más importante es conservar mi tranquilidad y mi salud emocional.*³⁷

Registro en mi diario cada evento y cada cosa que me impacte, temo llegar a naturalizar estos eventos al punto de volverme indiferente y acostumbrarme a vivir así: con el suceso anteriormente relatado viví atemorizada por varios días, pero pretendí encontrar la tranquilidad cuando hablaba con otros maestros que decían que era normal, que me fuera acostumbrando, que todo estaría bien desde que no volviera a ocurrir dentro de la escuela. Pero, ¿cómo vivir así? Es decir, desconociendo no solo las causas de la violencia, sino permaneciendo pasivos frente a los problemas con los que convive la comunidad. Vista de esta forma, la escuela se desterritorializa del barrio y se concibe como un mundo aparte, se convierte en una fortaleza de muros de concreto que separa y que se desliga del contexto, entendido éste no como un lugar o un trasfondo, sino como un escenario de posibilidades, cotidianidades y transformaciones. De esta forma, la escuela y el barrio no se consideran territorios adversarios, sino más bien espacios de socialización y de construcción de sociedades. Este parecería ser un planteamiento bastante idealista, pero creo que, si no empezamos por proponernos un cambio que nos permita entender el mundo, estaremos lejos de llegar a posicionarnos con una vocación y voluntad política.

Durante la investigación intento conectar el pasado con el presente, mis memorias se constituyen entonces en el puente de mis deseos, la relación escuela-barrio no es de correspondencia arbitraria. El desconocimiento de las dinámicas y formas de relación no solo produce rupturas sociales, sino que nos debilita en el poder. Luego de estar en la ciudadela, compartir con vecinos, estudiantes y padres de familia, decido continuar este trabajo de campo desde la escuela, un lugar que me brinda todas las facilidades para hacerlo, para esto empiezo trazar una ruta de trabajo: en la primera parte una encuesta sociodemográfica que me permitió saber en parte las condiciones sociales, económicas y habitacionales de los estudiantes; la segunda parte entrevistas semiestructuradas a estudiantes, maestros y padres de familia, y, por último, una cartografía social con la participación de estudiantes y padres de familia.

³⁷ Sandra Santana, Diario de Campo, 10 de agosto del 2012.

II

Cuestiones cuantitativas y geográficas de la investigación

La encuesta demográfica fue aplicada a 139 niños y niñas de primaria del Colegio Distrital Moralba, sede A, jornada tarde. Esta encuesta, como ya lo había comentado, fue realizada de dos formas: a los niños de los grados primero y segundo la encuesta tipo I y a los niños de tercero, cuarto y quinto la encuesta tipo II. Su intención cuantitativa no se reducía al mero hecho de obtener datos estadísticos, sino que este insumo me permitió saber cuántos niños y niñas vivían en Santa Rosa, bajo qué condiciones, con el fin de formar grupos de trabajo en los ejercicios posteriores.

En la primera parte de la encuesta aplicada a los más pequeños, se hizo la actividad del dibujo, propuesta metodológica con la cual tuve muchos tropiezos al principio por mi cercanía con la psicología y el conocimiento científico que me alejaba de las subjetividades y construcción social y humana de los sujetos. Para empezar la actividad, doblamos una hoja de papel en cuatro partes, y a cada niño se le pidió que dibujara según la indicación:

Primer cuadro: ¿Dónde vives?

Segundo cuadro: ¿con quién vives?

Tercer cuadro ¿Dónde vivías antes?

Cuarto cuadro: ¿Qué servicios públicos tienes en casa?

Así, iniciamos a construir una geografía de los niños y niñas a partir de un dibujo que hablara no solo de su corporalidad sino de está en relación al entorno que la o lo rodea. Este ejercicio exigía no sólo la construcción gráfica, sino una sustentación o argumentación por parte del niño, quien a medida que dibujaba, comentaba y explicaba sus dibujos junto con la gran cantidad de símbolos y detalles.

Las preguntas inicialmente formuladas fueron abasteciéndose de nueva información de relevancia para esta investigación: prácticas sociales y espaciales, diversidad de identidades, muestra de habilidades, memorias, heridas colectivas, miedos, narrativas de pérdida y dolor.

“Yo soy William Andrés, vengo del Charco, Nariño, aquí me dibujé solo porque recuerdo que allá no iba a la escuela, estaba muy fea porque no había luz, ni agua en la llave, estaba sin pintura ni juguetes, tenía un color feo, a veces salíamos a la playa del

río con mi papá pero solo no, porque me daba mucho miedo, porque dicen que allá se veía gente muerta por las laderas del río”³⁸

La construcción social de los niños y niñas es colectiva y la participación de los adultos juega un papel importante ya que ellos determinan gran parte de su identidad, con lo cual no quiero decir que la forma de concepción del mundo sea errada o manipulada, al contrario, los niños poseen una óptica menos marcada y más libre de sus diversas realidades.

La experiencia de los niños y de las niñas se configura también en una forma de representación³⁹ de su lugar en la ciudad o en esta nueva ciudad que habitan, hablan de los espacios públicos, de su uso, de cómo quisieran verlos, de sus juegos, de la ciudadela Santa Rosa, del barrio Moralba.

Debo aclarar en esta parte, que al planificar las actividades tuve en cuenta el ambiente de confianza con los niños y niñas, ya que había sido su maestra por más de tres años en el caso de los niños de segundo y de dos años con los niños de primero, ya que ellos vienen desde preescolar. Explico esto para no poner en duda o cuestionar las relaciones de poder existentes entre maestra- estudiante, sino que, al contrario, fue un ejercicio voluntario donde quien quería participar me invitaba a conocer sus dibujos o producciones artísticas.

Esta geografía no solo acercó a la significación, sino que conllevó el resquebrajamiento de preconcepciones psicológicas que atentaban contra el reconocimiento y la voz de los niños y niñas. Con el ejercicio no solo se establecieron formas de comunicación, sino que se hicieron demandas por la recuperación de los espacios públicos del barrio. Aquí quiero aclarar mis consideraciones éticas, enfatizando que a los estudiantes se les explicó la intención del ejercicio, se les recalcó que era voluntario, sin ejercer ninguna clase de presión, además de reconocer que éste no fue el único espacio compartido o actividad realizada, ya se habían construido lazos estrechos de afecto y respeto por los largos años de convivencia. Adicionalmente, muchos de los trabajos se sustentaron de forma individual con el fin de entablar un dialogo y reconocer particularidades: “Reconocer que las experiencias cotidianas de los niños no son homogéneas y que existe una multiplicidad de infancias significa reconocer también que es necesario acercarse a los niños desde distintos ángulos y a través de distintas técnicas” (Ortiz, 2007:203). El acercamiento de la educación y la pedagogía

³⁸ Sandra Santana, Diario de campo Agosto 22 2106.

³⁹ La representación, en su sentido más básico, es el resultado de un acto cognitivo por medio del cual se produce un signo o símbolo que se instaura como el “doble” de una presunta “realidad” o de un “original” (Victoriano,2009,pag 249)

parecerían tener un enorme compromiso, ya que algunos estudios sobre educación mencionan la importancia de la correlación escuela- sociedad y de la pertinencia de esta con las necesidades específicas de la comunidad. La escuela no se debe desligar de la comunidad y viceversa, ya que el apartamiento constituiría no solo la desarticulación de las instituciones, sino el debilitamiento de la sociedad.

A través de este ejercicio pude comprender y recordar otras dimensiones como el amor y unión familiar, los miedos, el silenciamiento desde la imposición de los adultos, la imaginación, la fantasía y los valores normativos. Elementos conjugables dentro del diálogo con los niños, situaciones que marcan y son relacionables con lugares: “Vivimos en Buenaventura, allí la pasábamos muy mal, no había nada de comer, la casa era fea, se escuchaban cosas peores que las que pasan aquí, allá ni mi hermanita ni yo podíamos ir a ningún lugar, allí solo hay unas calles prohibidas las otras no y mi mamá trabaja con muchas mujeres haciendo galletas [...]”⁴⁰



Figura 13 Casa de Santa Rosa dibujada por una niña

El ejercicio se realizó en la ludoteca del colegio, sentados libremente donde los niños y niñas desearan, esto permitió no solo crear un espacio de confianza sino de informalidad. En esa representación mental de donde viven, muchos dibujaron sus casas con muchos detalles, el color de la pintura, el techo, la cantidad de ventanas, la puerta, las experiencias que han tenido en esta casa (cumpleaños, fiestas, conflictos, juegos con los hermanos), cómo llegaron allí o cómo les cuentan sus padres que arribaron a esta ciudad, porque ellos eran muy pequeños para

⁴⁰ Sandra Santana. Entrevista niña de grado primero. Marzo 13 de 2017. .

recordar. La historia parece ser la misma o muy parecida, el proceso de invasión parece estar marcado por dos momentos: el primero, cuando las familias se veían obligadas a la posesión del inmueble, mediante la utilización de la fuerza y el rehuir de la policía y la segunda cuando se consigue la casa a través de un intermediario.

Hablan de sus lugares de origen, algunos porque son recién llegados y otros porque sus padres les han narrado historias, además que en algunas ocasiones muchas familias aún conservan parte de sus integrantes con quienes mantienen estrechas relaciones y se les manifiesta ser extrañados. Lugares que se debieron dejar por múltiples razones, motivos crueles, económicos o de sueños de una vida mejor.

La familia es una institución muy valiosa y significativa en la vida de cada niño y niña, se refieren a ella en términos de amor, admiración por su núcleo familiar, hablan de la unión y de cómo se sentirían si su familia los dejara. Comentan también cómo la muerte de un tío o un primo ha marcado la historia familiar. Una lectura del entorno que hace que se fortalezcan los lazos y tejidos sociales y a la vez se refuerce la imagen de esta institución.

Los niños y niñas del barrio tienen diversos relatos, pero son los niños y niñas de Santa Rosa, quienes a su corta edad han pasado por múltiples problemáticas, Así, los niños ven a Santa Rosa como un lugar de antagonismos donde llegaron luego de presenciar situaciones como el homicidio, la desaparición forzada, el secuestro, las lesiones personales, el reclutamiento, la tortura y delitos sexuales. La garantía de no repetición de la violencia consiste entonces en el alejamiento del epicentro de tal violencia, por ello es indispensable el “desplazamiento” como forma de resistencia y supervivencia. Pero esto no termina ahí, los niños niñas y sus familias se enfrentan posteriormente a otras formas de violencia como la segregación y discriminación anteriormente mencionadas y en este caso, a un sistema de apartamiento humano que lleva a las comunidades a vivir en situaciones de riesgo en términos de habitabilidad de las viviendas y sistemas de organización. Los actores dentro de la violencia también cambian y se hacen más visibles ante los ojos de los niños:

“En Buenaventura mi papá no tenía trabajo, una tía nos daba de comer, mi mamá dice que allá hay mucho dinero, pero que a nosotros no nos toca, porque somos pobres. Muchas veces salíamos al puerto a ver los grandes barcos con muchas cosas y nosotros sin nada. Mi papá se fue de raspachín, no sé qué es eso, pero a él lo amenazaron y mi mamá lloraba, así que un día dijeron que nos íbamos a viajar y llegamos aquí”⁴¹

⁴¹ Sandra Santana Diario de Campo. 22 de marzo del 2016.

Los niños ven desde su dimensión la violencia y muchas veces se acostumbran a vivir con ella. Creo que desde que nacieron, la violencia se ha naturalizado y ha estado tan cercana que no se conocen otras formas de vida. La lucha constante, las distintas formas de adaptación, sociabilidad y la inestabilidad convierte a los niños en actores de su propia historia, una historia marcada no solo por los señalamientos, sino por experiencias humanas de humillación, pérdida, dolor y crisis. Los niños y niñas no son ajenos al reconocimiento de situaciones de desigualdad y leen diversas simbologías, el llanto de su madre es perfectamente relacionable con alguna situación de peligro, razón por la cual entiende su cambio de lugar.

La violencia entonces no solo impide cierto grado de bienestar entre las comunidades sino dificulta formas de organización social, como lo diría Rossana Reguillo “Las violencias desbordan la capacidad de respuesta ciudadana. Se abren paso en una sociedad dispersa y contribuyen a aumentar la fragmentación, cancelan la esperanza y acrecientan murallas entre los sujetos” (1996 :25). Esto a su vez no permite el empoderamiento de las sociedades quienes se ven obligadas a formas diversas de subsistencia donde muchas veces la ilegalidad y el “rebusque” se vuelve un elemento de la cotidianidad.

El panorama aquí no cambia, el ejercicio de la ilegalidad se vuelve una forma de vida para muchas personas en la ciudad, allá de raspachín,⁴² aquí en ventas informales en las calles, invasión, no hay opciones. A veces pareciese que se estuviese condenando al pueblo a repetir sus historias y a andar en círculos que no permiten una transformación. Santa Rosa es fuerte, no será un territorio fácil de despojar, es claro que muchas veces los estigmas los configuran y protegen de todo un sistema que los quiere de nuevo mover bajo abanderamientos de seguridad ciudadana y protección civil. Santa Rosa se sostiene con sus niños, niñas y familias, pero hay una realidad, que es el suelo y su inestabilidad, factores determinantes en la vida de más de trescientas familias que ven en la ciudadela una oportunidad de amparo en esta gran ciudad.

Los niños dibujan sus casas tratando de explicar que éste es un lugar mejor. Sin embargo, se nota su melancolía cuando recuerdan a toda su familia, pero la cuestión no es de mejor y peor, sino de supervivencia, de lucha por la vida, de estar hoy acá y mañana en otro lugar en un nomadismo en pos de una mejor vida. Pareciese entonces que la indiferencia y el individualismo nos han convertido en sujetos insensibles frente a la dimensión de la guerra donde a unos nos ha tocado más duro que a otros. Por ello, esta investigación visualiza lo que

⁴² Personas dedicadas al oficio de cultivo y cuidado de la coca, ellos trabajan bajo la modalidad del jornal.

se esconde en la indiferencia: la muerte, la humillación, el desarraigo, la discriminación, el menosprecio, son cargas emocionales con las que muchas personas deben vivir y configurar nuevas formas de interacción.

En la segunda fase de esta encuesta sociodemográfica tipo II, se trabajó con 89 estudiantes de los grados tercero, cuarto y quinto, con edades comprendidas entre los 9 y 12 años y se utilizó la técnica de pregunta cerrada- escrita. Aquí se concluyó que la mayoría de estudiantes viven en la Ciudadela Santa Rosa y no superan los diez o doce años de estar en esta ciudad, es decir, llegaron hacia los años 2006-2008 cuando Santa Rosa empezó a ser desalojada por sus primeros dueños y fue declarada en riesgo geológico. Algunos nacieron aquí en Bogotá, pero sus familias son provenientes del Huila, Valle del Cauca, Cauca, Arauca, Chocó y Nariño, departamentos con mayor índice de violencia y que en los años 2000 se determinaron como algunos de los lugares con altas cadenas de masacres y desarraigo, lo que desató una crisis humanitaria que ha llevado a las familias a salvaguardar sus vidas en la ciudad capital. Los niños y niñas reconocen el territorio como propio, y lo consideran un espacio sobre el cual disponen por pagar unos derechos de posesión⁴³. En este tipo de instrumento hubo poco contacto con los estudiantes lo cual impidió establecer mayores canales de comunicación y argumentación. Al finalizar este estudio demográfico, no sólo se obtuvieron datos que sirvieron de insumo para la investigación, también sirvieron de referencia ante la Secretaría de Educación, donde se determinó que la Institución Educativa Moralba Suroriental es la segunda institución a nivel local con más población “víctima de conflicto” y con diversidad étnica.

III

De nuevos diálogos y formas de problematización

La segunda parte de este trabajo de campo se enfocó en el establecimiento de una forma de diálogo con padres, maestros y estudiantes. El diseño de entrevistas semiestructuradas no solo permitió un acercamiento con estos tres actores, sino que posibilitó la apertura de nuevos diálogos y formas de problematización. Aproveché diversos espacios de tranquilidad y juego para entablar diversos acercamientos, de tal manera que se generaran espacios de tranquilidad y apertura en las opiniones.⁴⁴ Este ejercicio me llevó varios días para su desarrollo ya que no

⁴³ El derecho de posesión hace referencia al dinero y permiso que se paga por el inmueble.

⁴⁴ Este tipo de ejercicios con los niños deben ocurrir en espacios de tranquilidad y confianza de tal manera que no se vea alterada la información por las relaciones de poder existentes.

se debía limitar al simple hecho de reunir a varios niños y niñas durante una o dos horas para hacerles preguntas, sino establecer mecanismos de comunicación cotidiana y sin ninguna clase de presión.

En un día de descanso vi a Julián, Carlos, Santiago y Andrés jugando pikis,⁴⁵ me acerco y les pido que si es posible que yo juegue, se miran entre sí y me preguntan si tengo bolas de pikis, respondo que no, e inmediatamente Carlos me dice: “Yo le presto dos, profe, pero si se las deja pelar⁴⁶ me las paga mañana.” Con los acuerdos ya pactados iniciamos a jugar, duré poco como participante, mi puntería no era lo suficientemente buena como para apoderarme de más bolas o para siquiera conservar las mías, así que terminé por perder las bolas de pikis prestadas. Al siguiente día compré una bolsa de pikis para devolver las prestadas y jugar con las mías, sabía que era una mala jugadora, pero me gustaba estar con ellos, paulatinamente les empecé a hacer preguntas y a contarles lo que estaba estudiando. Lentamente, me fui volviendo jugadora indispensable por mi facilidad para “pelarme” en el juego.

Mientras jugábamos con los niños, les hacía preguntas referentes a la apropiación del territorio: ¿cómo llegaste a Santa Rosa?, ¿Qué es lo que más recuerdas?, ¿Qué es lo que más extrañas de tu lugar de origen?, ¿Con qué sueños llegaste?, ¿Cómo imaginabas el lugar? Las repuestas parecían repetirse: todos, independientemente del lugar de donde vinieran, tenían procesos muy parecidos.

“Profe, nosotros llegamos del Cauca, nos vinimos porque a mi hermano Jose lo iban a reclutar para el frente seis de las Farc, le pegaron un tiro en la pierna, así que un día mi papá decidió hablar con un amigo quien le dijo que en Bogotá, había un lugar donde podíamos vivir, esa noche que nos vinimos de la casa dejando a mis abuelos solos en la finca, veíamos las ráfagas de los disparos en el cielo, yo no tenía miedo, ya estábamos acostumbrados, así llegamos aquí”.⁴⁷

De pronto, se acerca Sofía, una niña que quería participar de la conversación, pero se sentía cohibida por ser un juego masculino donde sentía no encajar, así que se sienta conmigo y decide comenzar a narrar su historia:

“Cuando llegamos, mi abuelita hizo un show, un escándalo, dijo que los policías estos de negro le habían pegado, llegamos de El Danubio porque mi abuelita eso llamaba cada rato a ver cuándo le tenían la casa, ese día nos vinimos todos y nos cayó la policía, tenía mucho miedo, no había puerta y nos entramos por donde pudimos, un

⁴⁵ Juego de pikis: es un juego tradicional con bolas de sol, inicialmente cada jugador pone una bola en el ruedo trazado con antelación, acuerdan turnos de lanzamiento y quien choca alguna bola, la vuelve de su propiedad.

⁴⁶ Pelar sinónimo de quitar o perder en el juego de pikis.

⁴⁷ Sandra Santana. Entrevista 28 de abril 2017.

hueco en la puerta. Estaba todo sucio, pero la lavamos por dentro y por fuera y ya vivimos allí.”⁴⁸

Las memorias de apropiación del territorio, así como las de los territorios abandonados representan las experiencias en torno a la violencia y cómo ésta se configura en los diferentes espacios, emplazando a los sujetos en categorías como “desplazados, víctimas de la guerra” que permiten una continua revictimización y una permanente vulnerabilidad respecto a las instituciones. Las memorias también permiten retroceder en el tiempo, constituyen un puente que comunica el presente con el pasado donde los niños no solo cuentan “la aventura” de salir ilesos de original territorio, sino que cuentan cómo sus vidas han sido marcadas por historias de horror, pérdida y dolor. La muerte parece ser aquí un eterno acompañante, la simbología de esta catástrofe representa en los niños un escenario de dolor y valor. Luego entonces la memoria, de acuerdo Pilar Riaño: “[...] nos conduce a sus usos sociales y a los modos en que, en la sociedad, la memoria se torna en un campo de conflictos y resistencias, en escenario de dolor y pérdida, en conjuro social frente a la irrupción generalizada de la violencia. (Riaño, 2003 : 7)

Esta investigación trascendió a todos los niños y niñas de la primaria al punto que me buscaban para relatar las memorias de todo lo acontecido en sus vidas. Las historias, reitero, parecen recurrentes: violentar, despojar, huir, gestionar e invadir, acciones muy comunes para los niños y sus familias. Las coincidencias no son ajenas a una problemática nacional donde las dinámicas responden a cuestiones de supervivencia y preservación de la vida.

Así, los niños hablan de las formas de apropiación del territorio y sus normas para permanecer allá, también hablan de esa especialidad social y física, marcada por la organización y las divisiones internas: “Allá en la ciudadela hay dueños de casas, apartamentos, también hay invasores, calles por las cuales no debemos pasar, el parque que no debemos utilizar, las casas verdes a donde no debemos ir, allá poco salimos, por eso aquí en las escuela nos gusta jugar mucho”⁴⁹.

Entonces, el juego se configura una forma de interacción con el territorio, una construcción colectiva que les permite no sólo compartir, sino construir relaciones y nuevas formas de socialización. Estos vínculos se hallan condicionados por una serie de factores como las prohibiciones que al interior de la ciudadela, los sitios catalogados como privados y señalados

⁴⁸Sandra Santana, Entrevista 28 de abril 2017.

⁴⁹ Sandra Santana, Entrevista 27 de abril 2017.

sociales a las cuales están expuestos los “tumaqueños” implican cambios en diversos factores: clima, formas de vida, comportamientos, relaciones y prácticas: “Mi papá salía de pesca al río Mira, pero a veces no pescaba nada y nos daba mucha hambre, muchas veces mi papá lloraba. Un día empacamos la ropa y nos vinimos en bus, llegamos aquí y esto aquí está feo, ahora no sabemos qué hacer”.⁵⁰

La situación del niño “tumaqueño” en el barrio, es similar a la de los niños indígenas (en el colegio hay una familia Nasa proveniente de Toribío, Cauca y una familia Emberà proveniente de Pizarro, Bajo Baudó, Chocó), pero mientras a la familia “tumaqueña” se le estigmatiza con estereotipos como el de “negros peligrosos, el indígena es objeto de burla por su lengua y sus costumbres”

Las formas de poder y control son reconocidas por los niños y las niñas quienes saben quién la ejerce en el barrio, conocen las normas que deben tener como niños, así como las horas en las cuales deben estar dentro de sus casas. Las formas de poder son materializadas en diferente forma en el territorio, dentro de la escuela hay grupos de estudiantes que dirigen, distribuyen y muchas veces mandan en los juegos, así como también hacen planes para agredir a otro. La organización juvenil es un referente de poder no solo dentro de la ciudadela sino para los niños y los demás grupos aledaños al barrio. Estos escenarios de poder y violencia se convierten en parte de la cotidianidad de los sujetos, quienes tienen que convivir con normas que atentan muchas veces contra sus derechos fundamentales.

Los niños no solo narran episodios familiares, sino elementos cotidianos en la ciudadela, un componente recurrente de la vida urbana, con matices y particularidades propias que obedecen a niveles económicos, sociales y culturales: “Estas violencias desde abajo tienen tres componentes principales: el desempleo masivo y la precarización laboral crónica, la relegación a barrios en decadencia donde los recursos (estatales y privados) son escasos y la estigmatización en la vida diaria y en el discurso público” (Ruiz, 2014: 61).

Desde esta perspectiva es evidente cómo la violencia a la que se ven expuestos los habitantes de Santa Rosa trae consigo una cadena de efectos visibles en la vida diaria, en acontecimientos que llevan a la alienación, frente al distanciamiento que toma la población y el gobierno frente a la problemática social así, como también los sujetos se conciben como “relegados” dentro de sistemas políticos. La forma de intervención pasa a ser una forma de

⁵⁰ Diario de campo Sandra Santana 11 de abril del 2017.

cosificación y atención humanitaria, podría decir entonces que el sujeto pasa únicamente a ser objeto de intervención por su condición de “desplazado”, afro, excombatiente o mujer cabeza de hogar.

La búsqueda de respeto, el uso de la violencia física como mecanismo de defensa y protección, la sensación de abatimiento respecto al futuro, son la configuración y reproducción de acciones en diversos espacios de interacción, que lleva no solamente a establecer mecanismos de protección en otros espacios como la escuela, sino que en la cotidianidad, es posible ver el establecimiento de códigos o normas internas como el silenciamiento frente a hechos delictivos, obediencia frente a estatutos impuestos, mecanismos de terror que reglamentan las agresiones como dispositivos de control y la autorrotulación como sujetos carentes de derecho.

En la escuela es evidente cómo estos mecanismos de poder se ven condicionados a unas normas internas dentro de la institución establecidas en el manual de convivencia; las agresiones físicas son muy pocas, sin embargo, en la calle el control se escapa. Estas situaciones de agresión y violencia se matizan muchas veces bajo parámetros y formas de discriminación: “Marta: A veces me sentí muy feliz, cuando llegué al colegio pensé que era un sitio muy bonito, pero con el tiempo, me di cuenta que hay niños que le tienen bronca a nosotros los morenitos, por ejemplo, lo que paso con Alex, que dijo que era una hija...y que mi mamá era una negra pone....usted sabe, profe”.⁵¹

La discriminación que se manifiesta en el racismo, se hace evidente en contra de la población negra que ya no es ya minoritaria en el territorio - a estos sujetos se les concibe como “peligrosos”, muchas veces son violentados con acciones contra su dignidad y sus formas de interacción. La escuela es un escenario más del territorio donde se dan formas de socialización que no son sólo ecos de un acontecer externo, sino que allí se viven otras construcciones sociales que dan respuesta a las experiencias de cada sujeto en su vida. La aceptación de lo étnico y lo racial entonces se configura solamente como una cuestión de clase y de encasillamiento social.

La etnicidad entonces, se convierte en una construcción social, expuesta al rechazo y al apartamiento. Lo que conlleva a que aspectos como la conservación de diversas costumbres se vean modificadas por la adaptación a *este nuevo lugar*. Las prácticas, el lenguaje y otros

⁵¹ Sandra Santana, Entrevista 26 de abril 2017.

valores se ven matizados por la presión de la aceptación, razón por la cual el sujeto pierde parte de su autodeterminación. Diciéndolo en otras palabras los sujetos se ven en la necesidad de encajar en un agranaje construido dentro de la formación barrial, que determina también la identificación de reglas de normativas de un grupo de personas.

Luego de esta experiencia de la entrevista con los niños y niñas de los grados superiores de la primaria, que más que una entrevista fue conversatorio donde durante varios días, en diversos espacios, discutimos sobre la adhesión al territorio, los conflictos, la construcción de territorialidades, poder, fronteras, formas de control, relaciones, experiencias y espacialidad social y física del territorio, se realizó un encuentro con los estudiantes de primero y segundo, niños y niñas entre los 6 y 9 años. Con ellos la dinámica fue diferente, no solo porque era la maestra directora de ese curso, sino también porque contaba con más espacios de interacción. Así, invité a seis niños de los grados antes mencionados a través de una nota dirigida a sus padres donde les pido que traigan un objeto que sea importante para los niños - puede ser un juguete, una prenda, o cualquier elemento que sea significativo. Al día siguiente, asistieron muy emocionados y mientras jugaban con su juguete, contaban cómo había llegado a sus vidas este elemento.

Esta parte constaba de dos fases, la primera era una fase de construcción social donde los niños y las niñas hicieron autorretratos mirándose en un espejo, donde no solo reconocieron su esquema corporal, sino que se reforzaron algunos aspectos de su identidad. Mientras lo dibujaban se entabló un diálogo en torno a algunas preguntas: ¿de dónde vienes? ¿Qué te gusta, que no te gusta, con quien te dibujaste?

En estos autorretratos abordamos temáticas como actitudes, sentimientos identidad, construcción de territorialidades, conflicto, dinámicas de interacción, historia personal y familiar, y éste fue un espacio para el diálogo y la comunicación. Reitero que este análisis se separó de la psicología y pretendió hacer un acercamiento a partir de las producciones artísticas de los niños y niñas, quienes mostraron a través de sus trazos sus condiciones sociales y sus dinámicas, que son coordinadas históricas que exponen parte de sus vidas.

Mientras los niños y niñas se dibujaban mostraban cómo se sentían frente al mundo, frente a su entorno. Podría decir entonces que la corporalidad de los niños y las niñas no es ajena a una construcción social y colectiva. Los niños y niñas son parte de lo que quisieron los adultos. Las corporalidades de los niños y niñas están ancladas no solamente a las instituciones o lugares (familia, colegio, barrio) sino que se configuran en formas de pensar y

actuar frente a diferentes efectos normativos. “Yo soy de Bogotá, me dibujé con un televisor porque quiero ser actriz como mi tía Marcela, me gusta lo bonita que se ve, como baila y como cuenta cómo fue guerrillera de por allá lejos con sus hermanas. Con ese dinero que ganó en televisión mi tía nos da regalos y les compra ropa a mis primos. Ellos estudiaban aquí, hasta que los amenazaron en el barrio”.⁵²

Los niños y las niñas recogen una variedad significativa de simbología mientras dibujan, los espacios constituyen un referente importante, evocando recuerdos que causaron algún impacto en sus vidas, dan calificativos a los espacios como formas determinantes de bienestar o desdicha. Aunque pequeños, denuncian la falta de inversión social, la desatención a la niñez o simplemente, manifiestan su inconformismo frente a la desintegración familiar y colectiva.

En la segunda fase de este ejercicio hicimos una entrevista- taller cuyo objetivo era reconocer formas de interacción en el territorio, considerando que los niños y las niñas tienen muchas veces parte de esta historia escrita en sus cuerpos y memorias.

Para empezar el taller, todos mostramos nuestro objeto, la intención era compartir a través de este objeto-juguete la memoria de cada niño frente a las diversas experiencias en su vida:

“Victoria: mi juguete es un bebé, camina y mueve las manos. Yo lo dejaba con los demás muñecos para que no se sintiera solita, siempre la metían en la mitad, tenía miedo de que si él bebe estaba solo alguien la cogiera y se lo llevara lejos de mí. Mi tía me lo regaló porque me quiere más que a mi hermana, yo comparto los juguetes con Ana, mi hermanita Nicol, ellas viven en Santa Rosa.

Camilo : yo no tengo juguetes, mi mamá parió ayer y no tenemos plata. Una vez tuve un carro y cuando cambiamos de casa se perdió. Mi papá dijo que traíamos solo lo que necesitamos, lo demás se quedó allá. No me acuerdo como se llamaba yo estaba también bebé.

Emmanuel: *Barney* es mi juguete, y cuando lo dejo solo siento que alguien lo puede dañar, porque hay otros chinos malos que le pueden hacer daño.

Michael: mi juguete es un Capitán América, juego en Santa Rosa a las carreras, a las peleas, a los cogidos y con los carros, mis amigos se llaman Quintero. Yo no dejaría mi juguete porque le rompería su corazón, me gusta estar en Cali porque allí era muy feliz, no hacía frío”⁵³.

⁵² Sandra Santana, Entrevista de mayo 2017.

⁵³ Sandra Santana, Entrevista 3 de mayo 2017.

Es reiterativo en los niños el miedo a dejar solo su juguete, temen a la soledad y el abandono. Estos objetos cotidianos se convierten en únicos e invaluableles al provenir de personas con quienes tienen estrecha relación y por quienes sienten afecto.

También es evidente cómo esa pérdida material del carro de Camilo fácilmente representa la manera como muchas personas a lo largo del país tienen que dejarlo todo de repente para llevar únicamente lo necesario. Objetos que se han perdido, pero que, si los evocamos, comprobamos que aún tienen una carga simbólica en nuestros recuerdos. Estos objetos-vehículos nos transportan no solamente al momento en que llegaron a nuestras vidas, sino que se convierten en acompañantes de diversas situaciones, por ejemplo, frente al miedo:

“En Santa Rosa me da miedo ir por la sexta cuadra porque por allí matan, yo sé porque cuando voy a dormir con mi bebé escucho tiros, y al parque tampoco puedo ir porque por allá fuman y me pegan ese olor, y me regañan. Un día ellos nos quitaron el parque, casi nos matan a todos los niños y dijeron que si seguíamos en esa cuadra, nos iban a matar, la otra niña tenía cinco años y yo seis, tocó que llamaran a la policía, pero nunca llegó”.⁵⁴

Los niños y las niñas narraron parte de su pasado a través de su objeto, cómo llegaron con él a Santa Rosa o tal vez cómo juegan con él mientras escuchan lo que pasa a su alrededor. En este ejercicio también hubo espacio para que se hicieran preguntas entre ellos e interactuaran en torno a su juguete, lo compartieran y comentaran sobre las relaciones sociales que se tejen en su familia y en su escuela.

Estas son historias muy marcadas por la intervención de los adultos, quienes advierten y protegen no solamente indicándoles los lugares donde no deben ir, sino prohibiendo salir a jugar con otros niños, argumentando que la calle es un lugar peligroso, de modo que el juego grupal con los vecinos parece no ser una alternativa. Por lo tanto, los juguetes y los hermanos se constituyen en un lazo donde se comparten cosas en común. “La ciudad aparece como un lugar para los adultos, sobre el cual el mundo adulto produce el conocimiento. El niño y la niña no tiene voz para hablar de la ciudad, primero porque no es su espacio y segundo su rol está subordinado en casi todos los aspectos a una figura de autoridad” (Vergara 2004 : 6)

Un lugar importante en el territorio es la escuela. Por ello quise estructurar un conversatorio a manera de entrevista con los docentes que permitiera entrever las dinámicas internas, además de reconocer si se conocen las dinámicas por fuera de ella. Este ejercicio se planteó

⁵⁴ Sandra Santana, Entrevista 3 de mayo 2017.

inicialmente como una entrevista, pero su metodología fue desarrollada dentro de los parámetros de la cotidianidad del maestro: un descanso donde se compartía un refrigerio y donde la interrupción de los niños y niñas daba un ambiente de informalidad y tranquilidad. Debo enfatizar que el grupo de maestros se destaca por su desmedida colaboración y amabilidad frente a los procesos investigativos.

Para empezar, les cuento a los maestros sobre parte de la investigación y particularmente, que quiero identificar y caracterizar la forma cómo los docentes y las docentes se auto-conceptualizan y determinan su entorno mediante un ejercicio reflexivo que llevará a evidenciar las dinámicas de interacción dentro y fuera del aula de los estudiantes. Con las y los docentes trabajé temáticas como su relación con la comunidad, cuestiones de juego y conflicto en la escuela y las políticas públicas como parte del engranaje del sistema educativo.

Los docentes manifestaron que las dinámicas que suceden en la ciudadela y el barrio se reproducen en la escuela y que es en ese entorno donde los y las estudiantes aprenden lo nocivo de la sociedad, argumento válido cuando se desconoce a la escuela como parte del territorio, luego, pensar en fracciones del territorio lleva a configurar espacios constructivos y espacios destructivos, aspectos que no solamente aportan a la segregación, sino que conllevan a la creación de estereotipos y estigmas frente a la comunidad.

El desconocimiento de la ciudadela y el barrio lleva a definir a los estudiantes como violentos a partir de señalamientos de raza, procedencia y clase, y la ciudadela como un espacio donde se viven episodios de asesinatos, robos, hurtos, agresiones físicas- verbales, como un espacio en el abandono, carente de derechos y lleno de violencia intrafamiliar y contra la niñez. Estos son ejemplos de que la violencia no es un fenómeno aislado natural de un grupo de personas, sino algo más complejo: es una forma de interacción frente a los cambios sociales, y el resquebrajamiento del tejido social y en este caso, incluye la lucha por el espacio, el roce dentro de reducidos lugares urbanísticos, el individualismo, discriminación y la desesperanza.

“En mi salón tengo de los dos tipos de familias: desplazados y dueños que desde siempre han tenido su vivienda allá, en un principio no había grandes problemas, los desplazados no representaban ningún peligro, pero hace un tiempo personas provenientes de Tumaco, y ellos son personas violentas, y ellos han iniciado las pandillas, asesinatos y robos en el sector y Santa Rosa se convirtió en un nido de ratas, tanto que a veces muchos se quieren ir, es terrible la situación que están viviendo”⁵⁵

⁵⁵ Sandra Santana, Entrevista 6 de mayo 2017.

Esta forma de discriminación no solo es evidente en la escuela, es construida socialmente y produce quiebres entre un “ellos” y un “nosotros” que erige cierta representación del habitante de Santa Rosa según su posición en la ciudadela. El habitante “tumaqueño” parece ser de nuevo visto desde la escuela como un sujeto abyecto, un estigma insostenible cuando en la escuela hay estudiantes provenientes de allí y que no significan un peligro. La generalización de los sujetos lleva a encasillarlos muchas veces dentro de categorías irrompibles e injustas.

Los mecanismos de control, la estigmatización y la alienación espacial han llevado a concebir a los habitantes de Santa Rosa como peligrosos, “desplazados”, afrodescendientes, a partir básicamente de los hechos delictivos de un grupo de personas que utilizan el crimen como medida de coerción en busca el respeto y reconocimiento barrial. Así, empieza no solamente a ejercerse la violencia, sino que se combina con formas de racismo, al concebir el sujeto negro como peligroso, lo que lo reduce a su esquema corporal en un proceso de discriminación: “La discriminación encuentra su origen en la prolongación y permanencia de ciertas representaciones sociales y culturales negativas sobre aquellos que como colectivo, se han percibido como “diferentes” y han estado excluidos del cabal ejercicio de su ciudadanía por razones históricas, sociales o culturales.”(Viveros, 2007 : 107)

El sujeto negro o afrocolombiano, como muchos los prefieren llamar para evitar el orden peyorativo y de imaginarios negativos al decir “negro”, se reconfigura en la ciudad y la escuela, como aquel proveniente de otro lugar, de costumbres diferente, alegre, con “tumbao”, bochinchero, muchas veces con dotes físicos, de modo que en la escuela es común escuchar: “Esa negra por lo menos sabe bailar, mire como se parte⁵⁶, si así fuera para estudiar y trabajar en clase⁵⁷”.

Para muchos en el territorio la denominación “negro” tiene una carga negativa que lo configura dentro de dispositivos coloniales de segregación social, razón por la cual la entonación juega un papel importante dentro de la comunicación, no es lo mismo decir “esta negra...” con un tono displicente o “esta negra...” dentro de parámetros de resignificación de lo negro. Este proceso de resignificación puede provenir de los demás sujetos, así como de los propios sujetos negros. Hay un ejemplo muy claro de esto en la escuela cuando las niñas utilizan gorros para tapar sus trenzas, o utilizan extensiones de colores rubios queriendo obtener este dispositivo de blancura que muchas veces se exige para no ser discriminadas. La

⁵⁶ Partir: hace referencia al movimiento sensual donde únicamente se mueve de la cintura hacia abajo.

⁵⁷ Sandra Santana, Diario de Campo , 31 de octubre de 2016.

aceptación entonces se vuelve una forma adaptación al medio, una forma de reconocimiento que va más allá de las exterioridades y de imaginarios sociales.

Por consiguiente, este fenómeno no solo se reproduce y configura en el barrio, sino también en la escuela en tanto espacio de socialización:

“Hace más o menos 15 años en esta urbanización vivía “gente buena” gente que trabajaba en la Contraloría, la Fiscalía, ministerios, pero debido a las fallas geológicas, las casas fueron selladas. Aquí empezó el problema, porque la población afro hizo asentamiento allí, y la alcaldía los dotó de los servicios básicos, agua, luz y están asentados ahí, y han venido trayendo toda la problemática al barrio, casi que la totalidad de esta inseguridad es por esta población, qué pesar decirlo, pero si todos estos problemas de inseguridad se debe a todos los desplazados que vienen con muchos conflictos familiares y sociales y vienen sin empleo obviamente ellos tienen que comer y alimentarse, y levantar la plata atracando, quitando y robando [sic]”⁵⁸

En esta estructura de pensamiento se califica al negro como malo, problemático, desplazado y violento, es por ello que la escuela no solo contribuye a crear mecanismos de “discriminación”, sino que refuerza complejos de inferioridad.

Enero 20 del 2015

Siento que por un momento de la vida me he trasladado a otra ciudad, entro al salón de clase y me encuentro con muchos niños afrodescendientes, es un aula de treinta estudiantes de los cuales un cincuenta por ciento son estudiantes negros. Entran mis compañeras y me dicen: “Este año le tocó duro maestra, esos niños negros no saben nada, los papás no vienen a entrega de notas, ni nunca preguntan por ellos, son sucios, problemáticos y hacen mucho bochinche”. Yo contesté con ironía (esta ironía reforzaba en el momento acciones racistas) que por lo menos este año sí iba a ser campeón mi curso en microfútbol y que los íbamos a humillar cuando saliéramos a bailar. [...]

⁵⁸ Sandra Santana, Entrevista 3 de mayo 2017.



Figura 15 Niños afro en la escuela, Foto Sandra Santana

En este momento de mi vida confieso que estoy atravesada por la incidencia de los estudios culturales y debo manifestar el desconocimiento de ciertas formas de discriminación muy evidentes en la escuela no solamente por parte de las docentes, sino de los niños, quienes reproducen paradigmas construidos en sus hogares. La discriminación implica el señalamiento del niño negro como incapaz y dotado de ciertas capacidades físicas (no intelectuales) que lo hacen diferente. Hacer evidente este tipo de convencionalismos fortalece conceptos que se manifiestan en las interacciones cotidianas en la escuela: “Profe, me tapo mi cabeza porque no tengo las extensiones, los niños me dicen que soy muy fea y que mi color no es de chocolate, sino de mierda”⁵⁹



Figura 16 Niños de la escuela Moralba Suroriental en un día de descanso. Foto: Sandra Santana

⁵⁹ Sandra Santana. Diario de campo, abril 25 2016.

Afirmaciones como estas llevan a comprender cómo se ejerce presión sobre los cuerpos, que responden al único mundo que se impone como posible, el blanco. Esa intercorporeidad construida alrededor del sujeto colonizado crea intersubjetividades donde se concibe al sujeto negro como dotado o carente de ciertas características. La articulación de las diversas variables encontradas no solo desencadena una red de relaciones, sino que ayuda a comprender que los cuerpos, lugares y subjetividades están amarradas a procesos tales como la resistencia y la lucha, elementos cotidianos en la comunidad. La resistencia a ese poder que busca no solo controlar la vida de la ciudadela, sino sus modos de existencia, así como también las tensiones alrededor de la imposición y las formas de supervivencia

La relación del maestro con la comunidad parte del desconocimiento, constituyéndose así en una gran problemática. La escuela pasa a ser vigilante y castigadora frente a diversas conductas de los estudiantes, argumentando que el cambio cultural derivado de su llegada perjudica las formas de socialización en la escuela, mientras los estudiantes son calificados por medidas estándares y descontextualizadas. Sin embargo, no hay una política pública que tenga en cuenta estas consideraciones. Esta cosificación de los estudiantes los lleva a ser medidos por índices de calidad estándar, pero se ignora o se quiere ocultar que los niños y sus familias carecen de niveles óptimos de vida que les permitan coexistir y aportar a la sociedad: “Bueno, yo pienso como profesor que el interés social prima sobre el particular, entonces si los chicos son problemáticos, pues sencillamente se les hace seguimiento y que se busquen otro colegio así tengamos problemas a la salida a veces, porque hemos vistos cómo estos chinos forman riñas a las seis cuando salimos para la casa”⁶⁰

Aquí se configuran otras prácticas en torno al espacio social – la escuela se desvirtúa y se convierte en un lugar de intereses individuales que conllevan pensar desde y para comodidad de unos. La escuela pasa entonces de un lugar idílico e inspirador a convertirse en un espacio de seres humanos sujetos a diversas transformaciones. Es importante advertir que mi intención no es criticar la escuela, sino crear un ambiente de reflexión sobre la forma como estamos participando.

El maestro y la escuela finalmente se hallan sometidos frente a otros mecanismos de control como: los puntajes dentro de pruebas nacionales, el prestigio frente a otras instituciones, la evaluación de su desempeño y la presión de mecanismos comparativos con otras

⁶⁰ Sandra Santana, Entrevista 4 de mayo 2017.

instituciones. Mientras esto no cambie la educación irá por un lado y la construcción social por otro, caminos antagónicos que no permitirán encuentros sino la desviación del verdadero propósito de la educación.

En el proceso de las entrevistas también se convocó a los padres, quienes por las circunstancias antes comentadas no participaron, y quien lo hizo, respondió de modo convencional y “correcto”, por lo que creo que la escuela representa un dispositivo de autoridad al cual se le debe demostrar la importancia tanto del bienestar de los niños y niñas, como la capacidad de sus padres para educarlos.

Tercero

Espacios de participación caminos de transformación

I

Cartografiando el territorio: un espacio construido, un espacio configurado

A veces los mapas muestran muchos elementos, pero son los relatos y narrativas ciudadanas las que nos desbordan de los límites impuestos y de aquellos paradigmas de representación. Por ello, para finalizar este proceso de campo, se realizó un taller de cartografía social con padres de familia denominado *Reconozcamos nuestro territorio*, que me permitió adentrarme en el contexto sociocultural del barrio, centrándonos un poco en la ciudadela Santa Rosa y los referentes que la caracterizan, tales como: la ocupación del territorio, las diferentes expresiones y dinámicas simbólicas y significativas con las que interactúan los sujetos, hábitos, costumbres, la forma como ven el territorio, como sueñan el territorio, las necesidades percibidas y las maneras como se configuran los espacios.

Para este taller convoqué a todos los padres y madres habitantes de Santa Rosa a través de una invitación donde asistieron ocho, cuestión que para mí fue muy satisfactoria sabiendo que no era de carácter obligatorio. Los asistentes: un abuelito que lleva mucho tiempo viviendo en Santa Rosa, la señora Susana con su bebé, quienes vienen de Cantagallo, sur de Bolívar, la señora Nelly Alvares quien llegó de Cali hace seis años, la señora Silvia Solano, quien llegó del Huila tras el secuestro de su esposo, la señora Carmen Oviedo, proveniente de Buenaventura, el señor Sánchez proveniente del Cauca y la señora Ortegón⁶¹, habitante de Santa Rosa desde hace muy poco ya que se quedó sin trabajo y no tenía cómo pagar arriendo en otro barrio.

Me había dirigido con anterioridad al Centro Administrativo Distrital en busca de un mapa del barrio, donde no se registraba la urbanización, solo el barrio, por lo que pregunté por qué no aparecía y me respondieron en planeación que podía ser que ya no contaba dentro del plan de ordenamiento territorial. Sin embargo, me pidieron una dirección para buscarla con mayor exactitud. Así, con la ayuda de una base de datos de todos los niños y niñas, conseguí varias direcciones y obtuve el plano de la ciudadela, la cual, según el encargado de dicha oficina, estaba catalogada en su mayoría como terreno baldío.

⁶¹ Se utilizaron seudónimos por seguridad en la investigación.

Nos instalamos con los padres en la ludoteca del colegio, donde se organizó una mesa redonda. Les saludé, les agradecí por estar allí y les expliqué tanto la intencionalidad del taller, como la metodología a trabajar, con el fin de que fuera un espacio de participación y discusión. El ejercicio pretendía conocer referentes territoriales para los padres a fin de detectar dinámicas propias de los adultos, aproximarse a la construcción de sentido y pertenencia con el territorio, reconocer interacciones internas en los territorios y descubrir las percepciones de los padres frente a las relaciones escuela-barrio.

Así, empezamos haciendo una observación de un mapa de Moralva (escrito así) de 1969, donde ellos constatan que Santa Rosa aún no existía, luego comentaron qué sabían del barrio, quienes vivían allí, y si conocían a personas que hubieran vivido siempre en este lugar. Los participantes argumentaron conocer la ciudadela, más no el barrio: “Sabemos que en Santa Rosa vivía gente que con mucho sacrificio compraba su casita y como a los pobres se les da lo peor, pues les dieron casas de vivienda de interés social en una zona de alto riesgo, allí indemnizaron a unos y otros no”⁶².

Los asistentes reconocen la ciudadela como un espacio independiente del barrio, conocen sus fallas estructurales, la antigüedad de las viviendas allí erigidas, la historia y la forma como fue poblada. Es evidente también que muchas de las personas asistentes al taller llegaron hace no más de diez años y desconocen parte del territorio, lo que permite entrever que consideran la ciudadela Santa Rosa como un espacio aparte y diferente de Moralba. Este tipo observaciones se derivan del proceso de apartamiento elaborado socialmente, donde los habitantes de la ciudadela son considerados diferentes de los demás habitantes del barrio.

Al observar un mapa actual, los participantes ubicaron con rapidez a Santa Rosa comentando:

“En Santa Rosa se vive en una lucha constante, sí profe- es que usted no sabe cómo vivimos, allí nos toca vivir con la violencia a nuestro alrededor, pero no hay otro lugar donde ir, toca aguantar, y peor cuando uno es de otro lugar y allá uno lo tenía todo y venir acá a luchar en una ciudad que no es la de uno, venir humillado y seguir arrimado, eso es terrible, yo no quiero recordar porque me pongo a llorar”.⁶³

En ese momento se hace evidente que la posición del maestro representa la imagen de la escuela, en particular cuando dicen “si profe, *es que usted no sabe*”, expresando el desconocimiento de la escuela de las problemáticas de la comunidad. Las personas de Santa

⁶² Sandra Santana. Taller de cartografía, 23 de mayo 2017

⁶³ Sandra Santana. Taller de cartografía, 23 de mayo de 2017.

Rosa no solo se enfrentan al pesimismo que genera el contexto, sino a las incertidumbres respecto a su futuro.

Este espacio de socialización permitió a su vez crear espacio para la denuncia, por ejemplo, una madre de familia expuso francamente la formación de pandillas, mientras otras preferían guardar un silencio temeroso al concluir el ejercicio. Una mamá tomó la iniciativa y señaló de forma clara dentro del mapa los sitios que consideraba peligrosos, sus rutas para ir al trabajo y hasta la casa donde vivían personas de la organización delincriminal de la ciudadela. Respondiendo a la valentía de esta madre de familia, los demás padres decidieron hacer contribuciones en torno a formas de violencia, relaciones entre vecinos, hábitos y cómo fueron cambiando estos en el proceso de adaptación a un nuevo hábitat.

Regresando al ejercicio cartográfico, luego de observar el plano se hizo un recorrido imaginario por la ciudadela, que pretendía desarrollar el sentido de proximidad, así como reconocer dinámicas, hábitos y espacialidades. Las preguntas articuladoras eran: ¿Cuáles son las rutas más frecuentes en la ciudadela?, ¿Qué sitios considera peligrosos?, ¿Quiénes son sus vecinos y cómo es la relación con ellos?, ¿Qué sitios comerciales se encuentran en la ciudadela?, ¿Qué le cambiaría al sitio donde vive?, ¿Qué haría para mejorar la ciudadela?

“Yo tampoco hablo con los vecinos, yo salgo temprano y llego tarde, cansada a hacer los oficios, poco contacto tengo con la gente, ya uno sabe que allá toca estar callado y no hablar nada de lo que ve. Siempre tomo la misma ruta: bajo por las amarillas, cojo la avenida y ya tomo el bus y al trabajo. Pero ¿cómo se le ocurre profesora que uno va a hacer comentarios si sabe lo que pasa?, es que el Cai móvil hasta lo van a quitar porque corrían peligro los policías.”⁶⁴

Señalaron en el mapa con algunas convenciones los sitios peligrosos, los sitios que podrían cambiarse, las rutas acostumbradas, las personas participantes señalaron su casa y señalaron la casa de las personas con las cuales se que provocan algunas problemáticas en el barrio.

La discusión permitió establecer vínculos de comunicación y participación en torno a temas como: la forma de adquisición de servicios públicos en la ciudadela, la violencia y las formas de control y poder, la demarcación de fronteras invisibles, las amenazas de grupos en constante rivalidad por el territorio, el silencio de los habitantes de la ciudadela como forma de permanecer allí, la “discriminación” de los habitantes de las casas verdes (Los Tumaqueños), las zonas prohibidas, las dinámicas de distribución de alucinógenos y armas, la generalización de la idea de los invasores como familias al margen de la ley, la delincuencia,

⁶⁴ Sandra Santana, Taller de cartografía, Sandra Santana 23 de mayo de 2017.

las dificultades económicas, la ausencia de ofertas laborales principalmente para los jóvenes, la poca intervención social, la consolidación de pandillas, la incertidumbre frente al futuro y resentimiento social.

También se pudieron establecer discusiones frente a los procesos de transculturación, como los niños y las niñas y sus familias enfrentan a una variedad de fenómenos como el desarraigo, el desempleo y la desigualdad urbana al llegar a la escuela y el barrio. Este proceso es evidente en la misma interacción en el territorio, donde los niños presentan dificultades en los procesos de socialización, se ven expuestos a burlas por sus gentilicios, entonación al hablar y hasta por su forma de vestir lo que produce el cambio de hábitos y costumbres. Los procesos de transculturación no implican la pérdida de la identidad, que es móvil, cambiante y permite más bien adaptarse al medio:

“Somos de Toribío, Cauca, indígenas paeces, hace algunos meses llegamos a Bogotá, muchos de nuestros familiares han muerto, por eso tuvimos que huir, llegamos aquí, a Santa Rosa, una tía ya nos tenía casita, somos víctimas de la violencia y el gobierno nos da una ayudita, nos toca muy duro, yo trabajo en un asadero, cuando la gente deja comida yo la tomo y esa es la comida para los niños, a veces uno se acuerda de cómo se caían los popochos en la finca y uno comía, aquí toca comprarlos y bien caros.”⁶⁵

La narración anterior me ayuda avanzar en la comprensión de cómo son vividos los procesos de segregación y desigualdad urbana por parte de quienes llegan a la ciudad, así como a comprender cómo se transforman los hábitos y cotidianidades, proceso que implica una adaptación a diferentes particularidades del medio, como, por ejemplo: el clima, las formas de interacción, las rutinas, los hábitos alimenticios y las medidas de seguridad. Las familias se ven igualmente atravesadas por diversos factores, algunos de los cuales tienen que ver directamente con su economía, como la carencia de recursos, lo que los lleva no solamente a la invasión, sino que los posiciona en una estructura de distribución dispar frente a las escasas oportunidades no solo de vivienda, sino de empleo en la urbe, por otro lado la "pérdida de sensibilidad frente al otro" (Bauman y Donskis, 2015) conlleva a la indiferencia total de las diversas instituciones así como también de la concepción de comunidad y sus implicaciones dentro del libre desarrollo de la sociedad.

La desigualdad urbana se materializa también en la escuela; los padres se ven condicionados a aceptar la informalidad laboral como forma de sustento, sin garantías de acceso a bienes y servicios propios: “Yo trabajo por horas, la casa en Santa Rosa no la podemos dejar sola, ni

⁶⁵ Sandra Santana, taller de cartografía 23 de mayo de 2015.

los niños, allí los vecinos son problemáticos y llaman a la policía por dejar los niños solos, eso allá todo es un problema, por eso a veces no hay como comprarle las cosas a los niños y eso da mucha tristeza”⁶⁶ luego entonces, este fenómeno se ve reflejado no solamente en la falta de oportunidades laborales sino en un acceso extremadamente dispar a servicios como salud, vivienda y educación.

Dentro de este análisis de lo urbano se hace necesario ahondar sobre procesos sociales de la exclusión del desarrollo urbano y las condiciones de inequidad social, aspectos que se retoman no solo desde lo económico sino que se remitieron a procesos de desigualdad y rupturas entre los grupos sociales. “El análisis de la desigualdad no debe desligarse del conjunto de las particularidades y significados que se construyen en la sociedad donde intervienen factores económicos, culturales, políticos, de ciudadanía social, globalización, mercados, poder del Estado y la democracia.” (Herrera 2010 :101)

Luego entonces, la desigualdad se podría relacionar someramente con la llamada “pobreza” pero dada su complejidad se podría comparar con las diversas inequidades sociales visibles en la comunidad, entre ellas: niños/as y adultos, entre hombres y mujeres, dueños e invasores, ya que hay cierta diferenciación entre ellos y su concepción como sujetos de derechos. En los ejercicios cartográficos fue evidente como los padres de familia exigían que se les diera un acceso equitativo a los recursos, donde se les reconociera no solo como víctimas y victimarios de la guerra sino que tuvieran derecho a un hogar digno donde la violencia, la humedad y la inestabilidad del suelo no los amenazaran. Exigían también igualdad de oportunidades no solamente para sus hijos sino laborales y de capacitación académica, así como también mecanismos de protección y atención a la niñez, todo esto enfocado a la búsqueda del bienestar colectivo.

Hablar de las problemáticas anteriores lleva a reflexionar en torno a cómo son catalogadas las personas de Santa Rosa, dentro, fuera del barrio y en otros espacios de socialización, como la escuela. Los habitantes de Santa Rosa no solo están en peligro estructural, sino que sus problemáticas internas parecen invisibles por el solo hecho de estar en un lugar que no les pertenece legalmente. La inversión pública a la población en esta administración local y distrital es inexistente. “Es que la alcaldía actual tanto local como distrital no quiere que nosotros vivamos allí, necesitan ese predio, se ha escuchado que van a construir una estación

⁶⁶ Sandra Santana Taller de cartografía, 23 de mayo del 2017.

del transmi cable, con el tiempo nos van a desalojar, pero vamos a luchar si no nos reubicar [...]”⁶⁷.

Los habitantes de Santa Rosa se representan como personas luchadoras dispuestas a defender un territorio, que luchan contra el estigma social, que buscan diariamente estrategias para acceder a los servicios públicos y que ven en el trabajo informal una posibilidad laboral, pero son considerados en el barrio como personas en extrema “pobreza”, delincuentes, ex paramilitares, peligrosos, negros, invasores, concepción que no se modifica en la escuela, sino que se transforma a partir de diversas interacciones. Así, el racismo y las diversas formas de discriminación se materializan en humillación y agresión física y psicológica, lo que establece jerarquías barriales: no es lo mismo vivir cerca de la avenida Villavicencio que tocando la cima del cerro suroriental, estratificación que ordena la sociedad de acuerdo a diversas condiciones demográficas, socio- económico y étnico: “Las casas verdes que están en la zona alta de Santa Rosa no solo presentan grietas, sino que hay algunas que ya se les han caído paredes, el suelo es inestable, ha cedido, hay mucha humedad, pero nos toca vivir así, porque ¿para dónde nos vamos a ir todos? [...]”⁶⁸

Aquí surge otra característica de Santa Rosa, donde hay dueños legítimos indemnizados según una sentencia constitucional, mientras otros están asentados ilegalmente, lo que es motivo de disputa en la ciudadela, ya que quienes tienen posesión legal de la propiedad le exigen al estado sus derechos como poseedores de finca raíz, es decir, manifiestan su inconformismo por la inseguridad, la desigualdad en el pago de los servicios públicos y la invasión del territorio. La llegada de nuevos habitantes a la ciudadela genera no solo descontento por parte de los antiguos residentes, sino que rompe un estado de confianza mínimamente construida. El agrietamiento de las estructuras no es solo visible en escaleras y paredes, sino que simboliza las relaciones entre vecinos: “Yo no me hablo con nadie de Santa Rosa, eso es para problemas, después le están quitando el marido a uno, inventando chismes y robándole las cositas, eso es mejor de la casa al trabajo a recoger los chinos y nada más. Los niños también se les prohíbe ir a la casa de los vecinos, después los chinos salen agarrados y uno también de las mechas con las vecinas, eso no”⁶⁹

Estas disputas entre dueños e invasores impiden la comunicación y la constitución de formas de organización barrial:

⁶⁷ Sandra Santana. Taller de cartografía con padres. 23 de mayo del 2017.

⁶⁸ Sandra Santana. Taller de cartografía, 23 de mayo del 2017

⁶⁹ Sandra Santana Taller de cartografía con padres 23 de mayo del 2017.

“Nadie hizo nada para que esta situación dejara de salirse de control. Se agravó la división entre los propietarios e invasores. “Son dos culturas viviendo en un mismo espacio. Uno ve hombres negros con niñas de 13. No se trata de discriminación, es que en la mayoría de los problemas está metida esta población. Es la realidad. Hubo un abuso sexual de un ocupante que se pasó a la casa de una propietaria”, dijo una de las residentes afectadas”. (El Tiempo, 25 de junio de 2015).⁷⁰

En el marco de estos discursos de “ellos” y “nosotros”,⁷¹ los niños de la ciudadela son afectados por los conflictos de los adultos, quienes les prohíben el contacto entre grupos, por lo cual la escuela pasa a ser un espacio donde se puede interactuar, produciéndose incluso relaciones de amistad. Pero este espacio también puede ser imaginado por quienes se desenvuelven en él, como evidenció la cartografía, ejercicio que propuso otros discursos espaciales: “Me gustaría que en la ciudadela hubiera más espacios para los niños, como la reconstrucción del parque, un sitio donde se pudieran llevar a los niños sin ningún problema. Me gustaría que los niños no jugaran en las escaleras, sino que tuvieran más espacio, además nos gustaría caminar por todas las calles sin tener que dar vueltas para evitar el peligro [...]”⁷²

Estos discursos espaciales les permiten múltiples significados a los padres, los niños, los abuelos, los vecinos de la ciudadela y la escuela, muchos de ellos atravesados por nociones de pertenencia y lucha por el espacio. Santa Rosa revela la urgencia de preservación de la vida, peligros inminentes, el abandono de cientos de familias bajo el pretexto de estar donde no les corresponde y la necesidad de tomar los servicios básicos de manera clandestina, con los peligros que implica:

“... al comienzo nos sacaban los cucarrones [policía antimotines] y tocaba estar atento para entrar el trasteo. Yo también vivo en las [casas] azules y esta es mi casa, en la loma, yo la dibujé muy bonita. Aquí vivo con mis hijas y mi esposo y luchamos todos los días para tener donde vivir, soy desplazada, mi marido estuvo secuestrado y lucho todos los días para que me dejen la casita. [...]”⁷³

⁷⁰ Tomo estos fragmentos del periódico o noticias para establecer el modo como algunos medios han visualizado la situación.

⁷¹ Quisiera en este punto hallar la relación entre los términos “ellos y nosotros” desde la idea de violencia epistémica, donde la forma de narración constituye un borramiento y señalización del otro y sus concepciones del mundo, mientras el “nosotros” significa sujetos dados de valor y dotados para ejercer un juicio.

⁷² Sandra Santana. Taller de cartografía con padres 23 de mayo del 2017.

⁷³ Sandra Santana. Taller de cartografía con padres. 23 de mayo del 2017.

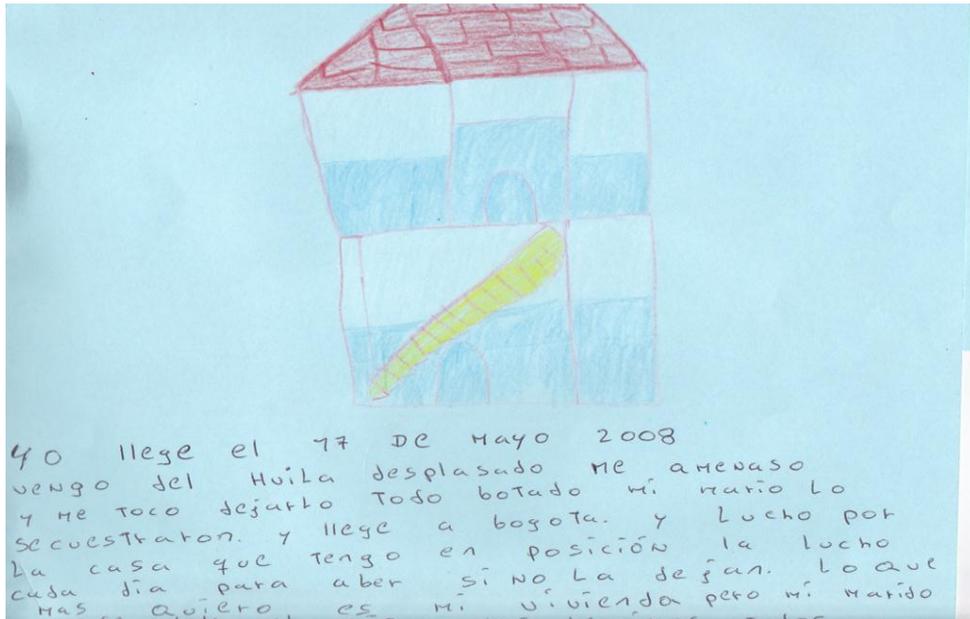


Figura 17 Casa elaborada por padres de familia en el Taller de Cartografía. Foto: Sandra Santana

La madre de familia manifiesta no sólo su condición de habitante de la periferia, sino de sujeto “desplazado” palabra que nombra en repetidas ocasiones tal vez con el fin de que se le reconozca y se halle ese efecto de poder necesario dentro de las formas de interacción escuela- barrio.

“Al llamar la atención acerca de las verdades que sobre los desplazados se elaboran en diferentes ámbitos, y los efectos de poder que tienen en los miles de mujeres y hombres de diferentes generaciones que llegan huyendo de la violencia a las ciudades del país, propongo un marco teórico para vislumbrar una dimensión en la que sea posible pensar cómo estas personas siguen construyendo sus proyectos de vida individuales y colectivos, aun dentro de los discursos elaborados por las operaciones de poder que construyen a este sujeto-objeto desplazado (Aparicio, 2005: 4)

Al representarse un sujeto como “desplazado” no solo se consiguen beneficios económicos, sino una ubicación en instancias de atención. Así, el sujeto desplazado pasa a ser no sólo objeto de intervención, sino de discriminación. Con esto no quiero decir que los sujetos determinados de esta forma no tengan propósitos, al contrario, las familias víctimas de la violencia y del llamado desplazamiento forzado guardan muchas perspectivas frente al futuro, al cambio de formas de vida, a un mejor lugar donde vivir, muchos piensan en el regreso, otros recuerdan sus lugares de origen como territorios violentos y desagradables, donde nunca retornarían:

La categoría “desplazado” consolida como diferentes a ciertas personas e implica que la ciudad sea una opción hostil para los nuevos habitantes, pero ciudad y reconocimiento se

vuelven la única opción, mientras que en sus lugares de origen el llamado “desplazado” requiere que se le reconozca, se le clasifique, y posteriormente se indemnice su dolor para vivir en otro lugar. Estas formas de reparación integral son una forma de resarcimiento económico que en momento sirve para su desplazamiento y su ubicación en otro lugar, si bien ese *otro lugar* no brinda las opciones necesarias para emprender nuevos proyectos de vida, lo que muchas veces lleva a que los sujetos vuelvan a sus lugares de origen cuando los recursos escasean.

Para finalizar el ejercicio cartográfico con padres, cada uno dibujó su casa mientras proponían conclusiones frente al ejercicio reflexivo:

“Profe, necesitamos que los niños tengan recreación, un lugar para ellos, el parque está destinado para otras cosas, como los negocios ilícitos, que nos envíen más ayuda, que miren cómo vivimos, que conozcan nuestras necesidades, que nos conozcan, que la escuela no se aleje de nosotros, que tengo más contacto con el barrio, que haya más seguridad, que nos vean como personas ya que a este alcalde no le importamos, que nos den oportunidades de trabajo, para que todos tengamos comida para nuestros hijos, que haya presencia del estado, que haya ley, que nos dejen vivir en paz, que nos visiten con proyectos que nos hagan la vida agradable porque ahora todos le temen a Santa Rosa, que ni los vendedores entran porque roban los carros de Bimbo y surtidores de mercado, ellos entran escoltados, que se preocupen por los niños, ellos viven encerrados y el único lugar para compartir es el colegio, que nos dejen las casas que nosotros vivimos allí.”⁷⁴

El ejercicio cartográfico fue reflexivo y de acercamiento comunitario, allí son evidentes las problemáticas, pero también son notables las acciones requeridas para apaciguar el impacto negativo. La actividad pareció inusual ya que nunca habían asistido a una actividad que preguntara sobre cómo se vivía o cómo se sentían, se generaron espacios de confianza y construcción lo que permitió que se proyectaran y participaran frente al horizonte de su territorio. Se propuso también que se invitara a los padres a todos los eventos de la escuela y que se realizaran más actividades que los involucraran.

Viendo los grandes resultados obtenidos con los padres, decidí extender el ejercicio a los estudiantes, llamándolo “Los niños y niñas reconocemos nuestro territorio”. Allí se pretendía identificar referentes de impacto para las niñas y los niños (lugares agradables, desagradables, peligrosos, en mal estado), así como la presencia y uso del territorio por parte de los adultos, aproximarse a la construcción de sentido y pertenencia al territorio y descubrir las percepciones de los niños y niñas frente a la relación escuela- barrio.

⁷⁴ Sandra Santana Taller de cartografía con padres, 23 de mayo de 2017.

Para este ejercicio se contó con la ayuda de cada una de las maestras de los diferentes grupos quienes cedieron parte de su tiempo académico para dejar salir de clase a los estudiantes habitantes de Santa Rosa que quisieran asistir al taller de cartografía social. Nos reunimos en el aula de grado primero, allí además de agradecer la participación se explicó la intencionalidad del ejercicio.

Iniciamos observando el plano del barrio tapando los nombres, lo que resultó un poco difícil de entender ya que para los niños, este dibujo no representaba el barrio, incluso los niños de los grados superiores sabían que era un mapa, pero no sabían de qué lugar. Destapamos paulatinamente los nombres de algunos lugares importantes del barrio, como el parque Moralba, la Iglesia, la Avenida Villavicencio, y el Colegio Moralba, con lo que afirmaron que era su barrio en un mapa, luego ubicaron sus respectivas casas y las marcaron.

“Aquí dice Moralba, es un dibujo del barrio, por aquí queda mi casa, la de Luis, en estas escaleras jugamos...En esta cuadra vive una persona del barrio, creo que los niños no le caen bien porque nos asusta y se ríe y dice que nos va a matar. Hay muchos muertos, pero allí no es importante, creo que para nadie son importantes, solo para su familia, no llega la policía porque ellos también son malos.”⁷⁵

La cartografía, entonces, permite acceder a los múltiples significados del territorio, así como a la representación de los sujetos y de las instituciones, de modo que este mapeo contribuirían como afirma Julia Risier, a “[...] a generar instancias de intercambio colectivo, para la elaboración de narraciones y representaciones que disputen e impugnen aquellas instaladas desde diversas instancias hegemónicas” (Risier, 2013: 7).

Para este ejercicio nos organizamos en grupos, procurando que los niños fueran vecinos de cuadra para establecer acuerdos frente a su producción cartográfica. Al inicio, el ejercicio parecía una manualidad, ya que involucraba elementos como pinturas, reglas, marcadores, lápices recortes y simbología, pero a medida que se elaboraba, afloraban diálogos que debían ser plasmados en una construcción colectiva. Los niños discutían temas como la desesperanza, argumentaban en torno a la pérdida de confianza al juzgar a la policía como una institución mala que les quiere hacer daño, el peligro en el que vivían y vuelven a vivir, el “mejor no diga nada”, el temor.

La cartografía arrojó una serie de elementos ubicables dentro del plano: policías, niños jugando, niños asustados, tiendas, parques, carros, símbolos de peligro, caritas felices, caritas tristes, villanos de películas, lo que les permitió explicar cómo se sienten frente a cada evento

⁷⁵ Sandra Santana. Taller de cartografía con estudiantes. 30 de mayo del 2017.

del barrio. Muchas veces los problemas parecen ser reiterativos, pero estos son abordados desde diferentes ópticas: los niños y niñas, los padres de familia, los docentes incluso los medios de comunicación. Con la cartografía, los niños y las niñas se acercaron a una construcción colectiva del conocimiento del territorio, hubo muchos desacuerdos, discusiones frente a la estructura, pero decidieron que debían observar antes de plantear una posible forma de representación. La cartografía produjo una aproximación social, niños y niñas con cosas en común hablando de su territorio sus dinámicas y sus problemáticas.

Había sueños y esperanzas de un lugar mejor, no de otro lugar, un lugar donde los adultos permitieran a los niños y niñas ser felices, compartir en navidades, realizar fiestas juntos, donde no escucharan ruidos violentos, donde hubiera momentos para jugar sin prohibiciones, disfrutar de espacios públicos y caminar sin temer.



Figura 18 Cartografía final con niños, Santa Rosa. Foto: Sandra Santana

II

El territorio como una construcción colectiva

Este tipo de ejercicios no solo toca las subjetividades de los niños y niñas, sino que se transforma en construcción de tejido social y fortalecimiento de relaciones, en esta parte

quisiera hablar un poco de los efectos que ha causado de este tipo de ejercicios en mi vida, donde debo aclarar que han causado una verdadera transformación.

El deber ser como maestra se había incrustado en mis discursos, que no iban más allá de una simple utopía, de modo que cuando decidí hacer estudios culturales, no pensé que mi forma de pensar y actuar se transformara tan radicalmente y creo que este ha sido el impacto más grande de mi investigación. Por ello, en este apartado reseño cómo las prácticas de un grupo de personas y la relación con entorno, atravesado por tensiones, se hicieron visibles ante los ojos de una maestra de primaria, mediante su percepción, observación, sensibilidad y escucha.

Ver el mundo de otra manera y no con la simple mirada superficial de quien ve pasar el mundo desde el sillón cómodo de la sumisión y el conformismo, me han puesto a reflexionar y cambiar desde mi profesión, la forma como veo y configuro el mundo. Es descubrir que mi supuesto heroísmo es una forma de mantenerme dentro de mecanismos de poder, porque siempre se ha dicho que el maestro debe ser quien transforma y construye conocimiento. Pero esto va más allá de un simple posicionamiento de salvadora, pensar en la educación involucra más actores y más sujetos con diversas condiciones dignas para lograr un desarrollo óptimo y verdadero, no es solamente necesidades básicas: comedores comunitarios, mercados, subsidios, libros y sisben, son oportunidades, respeto, igualdad valores efímeros y muchas veces inalcanzables para una sociedad violentada y “segregada”, mantenida dentro de conceptos de consideración y abandono.

Quisiera retomar parte de mis memorias recordando una conversación con Sergio que data de la primera vez que fui a la ciudadela con él:

“Sergio: profe, ¿Por qué hace esto, para qué venimos a la ciudadela?”

Profesora: porque quiero conocer cómo viven en la ciudadela y que el colegio reconozca sus problemáticas.

Sergio: ¿y no le da miedo venir aquí?

Profesora: ¿por qué?

Sergio: profe, todo el mundo dice que nosotros los negros somos malos, que los que vivimos aquí somos matones y que picamos a la gente porque venimos de Buenaventura.

Profesora: por eso precisamente, quiero que los conozcan y que en lugar de señalarlos los apoyen y sepan lo importantes que son.

Sergio: conmigo no se meten, pero a otros niños sí les toca duro por ser negros o vivir en Santa Rosa.

Profe: ¿Por qué no se meten contigo?

Sergio: Ellos saben que yo les doy duro y que además tengo amigos que los pueden joder”⁷⁶

Los procesos de reconocimiento del territorio así como de su interacción con éste lleva a los integrantes de la comunidad a valorar su entorno, así como a configurarse dentro de otros paradigmas, es decir, y valiéndome de relato anterior, los discursos son utilizados como mecanismos de protección y de restricción y a la vez como método de mantener un estigma, no sé si es arbitrario decirlo, pero en la investigación constaté cómo el sujeto negro sufre la desvalorización de su ser: ”El negro es un hombre negro; es decir que, gracias a una serie de aberraciones afectivas, se ha instalado en el seno de un universo del que habrá que sacarlo. El problema es importante. Pretendemos nada menos que liberar al hombre de color de sí mismo. Iremos muy lentamente, porque hay dos campos: el blanco y el negro.” (Fanon, 1952 :42)

El racismo entonces se convierte en una práctica no solo de unos contra otros sino de uno a sí mismo, esto es evidente frente a la negación del color, el desprecio hacia su tipología corporal, que opera no solamente dentro de la escuela cuando las niñas tapan su cabello o cuando son sujetos de burlas y discriminación, sino cuando los sistemas binarios de clasificación posicionan definiciones de belleza productos de la industria y el mercado.

En los niños y niñas esta práctica o formas de representación del otro se convierten en una construcción social transmitida no solo desde el seno de la familia sino desde la propia comunidad, para quienes se les mira desde la diferencia.

Willy es un niño de seis años que llegó a la escuela Moralba Suroriental proveniente del municipio de El Charco, Nariño; era común verlo aislado, temeroso y con problemas para comunicarse, no hablaba con nadie y lloraba con facilidad. Dentro del aula le era difícil participar, fallaba a clase sin justificación. Un buen día se dialogó con la madre, quien manifestó que el niño no venía al colegio porque se sentía enfermo. Con el pasar del tiempo y tras muchos intentos de establecer un mecanismo de confianza, William decide hablar y expresar su inconformismo frente a estar en este lugar (Colegio Moralba).

"Profesora: Willy ¿cómo te sientes, porqué estas triste?

⁷⁶ Sandra Santana. Diario de campo, Mayo de 2017.

Willy: no quiero estar aquí, no me gusta este lugar, aquí soy diferente, se burlan de mi cabello y porque soy negro, soy muy feo.

Profesora: Pero... ¿Quién hace esto?

Willy: todos y no quiero venir más, además nunca había estudiado, no sé nada. Vivíamos en El Charco, mi papá nos trajo para Tumaco, allá aguantábamos hambre, luego nos vinimos para Cali, y ahora estamos aquí, con frío, hambre y lejos de mi papá, porque él no debe estar con nosotros. Aquí los vecinos llaman a la policía porque mi mamá hace fiestas con mis tíos, y yo tengo mucho sueño.

Profesora: Ya, te entiendo, hablaré con tus compañeros para saber qué está pasando, pero quiero que sepas que aquí te queremos mucho y quiero que juegues y compartas con nosotros”⁷⁷

Siento aquí impotencia no solo como maestra, sino como alguien que comprende los problemas sociales, así como la deshumanización de la educación. El Proyecto Educativo Institucional del colegio pretende recoger estas dos necesidades: crecimiento personal y desarrollo social productivo, sin embargo, pareciese que todos los planes de estudio, currículo y estándares de calidad apuntaran únicamente al reconocimiento de competencias y unidades didácticas, que se apartaran de la concepción de integridad de los sujetos. Quisiera en esta parte aclarar que esto no es una crítica al Colegio donde he laborado y he compartido con personas a las cuales les brindo lo mejor de mí, es una crítica a todo un sistema anacrónico y codicioso que no avanza en el tiempo, que se quedó detenido en métodos y metodologías incapaces de dar respuesta a esta sociedad. El desconocimiento de nuestras propias formas de vida conlleva estancarnos en políticas del deber ser, en la idealización de la escuela como espacio sagrado y único lugar de adquisición de conocimiento. Cuando me refiero a este desconocimiento no quiero establecer polaridades entre “ellos” y “nosotros”, por el contrario, hago un llamado a modos más orgánicos y menos coloniales de ver, entender y construir la sociedad.

Así, la escuela se mide por la cantidad de estudiantes aprobados de forma independiente de sus dificultades que enfrenta, el aprendizaje académico es un requisito indispensable en el contexto capitalista neoliberal. En el diálogo con Willy es evidente su sentir frente a la escuela que no solo obedece a sus dificultades para adaptarse, sino una historia de desarraigo y destierro como forma de supervivencia.

Pero, ¿cómo entender el desarraigo como únicamente una pérdida brusca de raíces, de costumbres y de prácticas? En realidad es más que eso: “Yo quería ser policía, pero ellos son

⁷⁷ Sandra Santana. Diario de Campo. Agosto 15 del 2017.

malos mataron a un tío, que yo quería mucho, lo golpearon y luego lo dejaron botado, él estaba trabajando en Tumaco también”⁷⁸ Parecerían cuentos de terror incomprensibles para quienes ven de lejos la guerra, para quienes creen que este no es su problema. Aquí hay una carga emocional y social que afecta la integridad humana y lleva por posibles caminos de resentimiento social, silenciamiento, terror y desesperanza. Así, el desarraigo y el destierro conllevan desterritorialización, un movimiento frecuentemente obligado que lleva a las familias a un cambio súbito de vida como única opción de supervivencia, implicando incertidumbre, procesos de adaptación y una carga de recuerdos.

Dándole continuidad al relato de William y preocupada por su estado emocional, llamé a la mamá o papá para que me expliquen la situación y me ayudaran desde casa a que él se sintiera mejor en este nuevo lugar.

“Profesora, hace seis meses nos vinimos a vivir aquí, en el Pacífico la vida está muy complicada, El Charco, Nariño, es uno de los municipios más abandonados por parte del gobierno, la pobreza hace que no haya ni para comer, las escuelas no son la excepción. Willy estudió allí pero a veces la profesora no venía porque no le pagaban y el transporte era muy complicado, luego nos fuimos para Tumaco, allá vive mi familia y pensé que conseguía trabajo en la minería informal, pero la gente es muy celosa y ya digamos que tienen sus puestos asignados y no hay cama para tanta gente, tomamos nuestras pertenencias y llegamos a Cali allí vivimos un tiempo y yo empecé a trabajar con un señor en un camión, traemos productos para Bogotá, entonces decidimos venirnos para aquí y buscar la economía. Santa Rosa es un lugar que nos espera en Bogotá, claro- si hay plata para pagar el lugar. Nos contactamos con un primo que tenía amigos en la ciudadela y él nos pidió tres millones, con unos ahorros que teníamos y unos préstamos que hicimos completamos dos y medio y negociamos por un año de prueba y después se miraba que se hace, en Cali se escuchaba que hay gente que ya tiene casa así, solo debe portarse bien y nadie lo molesta. Pero nosotros somos gente alegre y nos gusta hacer muchas fiestas y por allí la gente se amarga y empiezan a llamar a la policía y nos insultan y este chino pendejo se asusta cuando eso pasa, entonces no duerme de noche y amanece con sueño y no viene a estudiar. Yo viajo y mi esposa se queda, pero hemos tenido problemas, depende lo que nos digan, pero yo creo que solo vamos a vivir aquí este año, los niños no les gusta el frío, el encierro y la gente, él no quiere estar aquí.”⁷⁹

Las relaciones dentro de la comunidad son un factor importante en los procesos de estabilidad de los sujetos, Santa Rosa entonces se configura como parte de un territorio donde se encuentran múltiples costumbres y medios de adaptabilidad, así como aceptación y tolerancia, que son elementos muy complejos ya que la comunidad no solamente está predispuesta frente al vecino que simboliza lo desconocido, sino que se constituye un sujeto inestable, que va y

⁷⁸ Sandra Santana. Diario de campo. 3 de noviembre del 2017

⁷⁹ Diario de campo, Sandra Santana, abril 18 2017

vuelve buscando bienestar, siendo muchas veces señalado por su forma de vida nómada. En la escuela es común recibir estudiantes en los diferentes grados que posteriormente se retiran y luego retornan. Este proceso no solo involucra al sujeto nómada, sino que se refleja en la colectividad, la cual no consolida relaciones sólidas que le permitan la organización barrial y la articulación como comunidad.

La intervención con William no solo lo involucró a él, sino que impactó a sus compañeros, ya que el reconocimiento de sus potencialidades llevó al niño al fortalecimiento de su autoestima y a sus compañeros les permitió conocerlo y reconocerlo en el marco de buenas relaciones.

“Continuamente en el colegio se realizaban charlas de reflexión frente a los colores de nuestra piel, así como también los niños de quinto mostraron de dónde venían nuestras múltiples formaciones étnicas, también se resaltó la importancia de la diversidad étnica dentro de la historia no solo de nuestro país sino de la humanidad. Dentro de la cotidianidad era común distinguir los aportes de William en clase, mostrando a sus compañeros sus habilidades y estimulándolo frente a sus dificultades, William lentamente fue muy querido por sus compañeros quienes con su afecto, aceptación y respeto ayudaron a sobrellevar la difícil tarea de ser nuevo en un lugar. Hoy William volvió al Valle del Cauca, sus padres tuvieron que irse de la ciudadela Santa Rosa, su casa será habitada por una familia venezolana que dio más dinero por ella.”⁸⁰

Al principio de esta investigación hablaba de que Santa Rosa era habitada por personas provenientes de diferentes partes del país, hoy y tras la notable crisis humanitaria y económica en Venezuela, Santa Rosa vuelve a ser un refugio para aquellos para los cuales pareciese no hubiese derechos. Es imposible no llenarme de malestar por esa representación de Santa Rosa como un territorio ambiguo e indeterminado, recordado por quienes quieren un lugar en esta gran ciudad y olvidado por quienes ven allí no más que las ruinas de un proyecto de vivienda.

Miro el territorio y siento que mi investigación es un proceso que aún no termina, cada vez que llega un niño nuevo busco en sus dibujos respuestas sobre su vida y es que el territorio aún tiene más por hablar, razón por la cual no quiero que sea invisibilizado y que se sepa que sus habitantes no son peligrosos, sino más bien que se encuentran en peligro.

Hoy llega a mi mente el dibujo de una niña que plasmó su barrio con elementos de una carga de significación que me ayudó a reiterarme en la idea que Santa Rosa, Moralba, y la escuela no son territorios diferentes, sino que corresponden a una suma de sentido con una significación inherente o constitutiva.

⁸⁰ Sandra Santana. Diario de campo. 22 de enero de 2018.



Figura 19 Mi barrio, Foto: Sandra Santana

Victoria dibuja su barrio y mientras lo plasma, cuenta cómo sale el arco iris después de llover, toma sus colores y uno a uno raya con cuidado para mostrar cómo se materializa este fenómeno óptico y meteorológico que aparece en el cielo, mientras explica que le gustan los dibujos con muchos colores porque la hacen sentir feliz y pareciese entonces que las diferencias le dieran no sólo belleza a sus creaciones artísticas sino que permitieran explicar que más abajo, en la tierra, el arcoíris continua no solo con los colores sino con quienes llegan al barrio con matices diferentes, negros, blancos, “tumaqueños”, caleños, venezolanos..., creo que finalmente no importa de dónde somos si no aprendemos a combinar, a unir y formar una comunidad, que renazca después de una tempestad.

Debo aclarar que, fue difícil escapar de este grillete que a veces ponen las ciencias, mi investigación buscaba al principio respuestas desde la pedagogía a preguntas tales como ¿cómo los factores sociales afectan el aprendizaje en la escuela? o tal vez ¿cómo mejorar la convivencia en la escuela a través de una metodología aplicada? o ¿cómo la maestra de primaria sale victoriosa y cambia una problemática social? Hoy recuerdo cómo un docente de la universidad nos invitó a formular nuestro trabajo de grado desde nuestro “empute” y no quiero cambiar la palabra porque en realidad esto significó mucho para mí, ya que me llevó a formular algo que transformó mi vida en ese proceso de reconocimiento del territorio, reconocimiento que me llevó no solo a entender, cuestionar y criticar sino a posicionarme políticamente hasta llegar al punto de cambiar mi forma de enseñar y tratar a mis estudiantes.

En este proceso de dar a conocer la investigación se ha socializado inicialmente con las docentes parte de este ejercicio, sé que no es fácil romper esquemas, pero el proceso empezó para intentar transformar. Esta investigación ha querido mostrar que la cuestión no es de colores, nivel académico, ni procedencia, esto va más allá de señalamientos superficiales de la condición humana, los diálogos con las docentes han permitido realizar debates en torno a estas afirmaciones, ejercicios reflexivos que ubican al maestro en una problemática social que no debe ser ajena a la escuela.

Así, esta investigación es mi tema de conversación con docentes, padres y estudiantes. El contacto y la formación de relaciones escuela-barrio fueron factores muy significativos en este proceso investigativo, y en vista de que mantenía un diálogo constante con los vecinos y dueños de las casas de la comunidad, pude obtener un pequeño archivo fotográfico de la escuela que data de hace más de veinte años. Este ejercicio reconstructivo permitió reconocer un poco de la historia del barrio y para quienes no conocíamos el territorio, fue una práctica interesante ya que permitió establecer un antes y un después, las imágenes de cambio, que muchos la relacionarían con progreso, se convirtieron más bien en un ejercicio de evocación de recuerdos e historias que componen un tejido social y el reconocimiento del territorio y su valor social en el tiempo.



Figura 27 Niños estudiantes Escuela Rural Moralba 1989 Foto: Elizabeth Morales.



Figura 20 Niños y niñas estudiantes del Colegio Distrital Moralba Suroriental 2018. Foto: Sandra Santana.

Las dos anteriores fotografías, tomadas en el mismo lugar, muestran no solo el crecimiento urbanístico del barrio y la escuela, sino cambios en la procedencia de los estudiantes, que antes eran oriundos de la zona y vivían en barrios aledaños a la escuela, mientras que hoy vienen de muchos lugares del país en respuesta a dinámicas migratorias producidas por la violencia sistemática y generalizada contra la sociedad civil. Paralelamente, y observando con detenimiento la primera foto, se observan los zapatos rotos que portan los estudiantes, que revelan no sólo carencia económica sino de falta de inversión vial en los sectores rurales de Bogotá.

“Profesora, mi hija es la disfrazada de la Chilindrina, la escuela en ese entonces era de un solo piso, y tenía más terreno, no había casas luego de la escuela. La gente sembraba también papa, aquí siempre ha hecho mucho frío, y esos niños eran hijos de campesinos que vivíamos aquí porque no teníamos cómo vivir en la ciudad, aquí sembrábamos y comíamos, pero siempre con la ilusión de vivir como los de Teusaquillo o los del Veinte [de Julio], por lo menos.”⁸¹

Para el reconocimiento del territorio se hace necesario el conocimiento de la historia y encontrar el pasado se hace una tarea necesaria en esa memoria colectiva que nos acerca y nos invita a la discusión frente a el papel de las sociedades. Son ejercicios reflexivos públicos que se llenan de sentido cuando se tejen en pro de encontrarse consigo mismo y con la comunidad. Este proceso de reconocimiento me llevó a escuchar historias de vida que fueron

⁸¹ Sandra Santana Diario de campo.13 de febrero del 2018.

también socializadas con los maestros, quienes se sorprendieron por su desconocimiento, además de cuestionarse por las formas de castigo y represión que aplicaban.

Pareciese entonces que el desconocimiento del territorio conlleva no solo a procesos clasificatorios de los sujetos sino a fuertes encasillamientos, lo que resulta evidente en las entrevistas y conversatorios, donde se culpa al entorno de los comportamientos escolares, sin embargo, también es notable la disposición de los maestros y las maestras al querer conocer las dinámicas socio espaciales del territorio.

La escuela desconoce estas particularidades o más bien las camufla bajo los afanes de la búsqueda de la calidad. El estado avala a las instituciones que implementen modelos educativos flexibles, se evalúan sobre medidas estándar que posicionan a las instituciones dentro del Índice Sintético de Calidad Educativa (Isce), razón por la cual la prioridad se centra en alcanzar metas en las áreas específicas de matemáticas, ciencias, español, mientras las demás áreas parecen estar por fuera de la “calidad”. Entonces, desde esta perspectiva, un niño que llega a la ciudad marcado por episodios de violencia, que no ha ido a la escuela, cuyos procesos de aprendizaje han ocurrido en el marco de otras dinámicas, no contribuye a mejorar los índices de estandarización, porque no tiene las condiciones óptimas para su desarrollo. Parecería entonces que el sujeto se cosifica, se torna mercancía y la escuela fabrica el producto final. Una producción en línea que debe formar sujetos óptimos para el trabajo, sin importar las condiciones.

A través de la investigación, se quiere visualizar a la comunidad, es por ello que se han buscado espacios de participación local, donde los niños y las niñas expresen, se den a conocer y se empoderen. Estamos aquí y aquí nos quedamos, existimos y hacemos parte de esta gran ciudad.



Figura 21 Niños participando en el foro zonal de educación. Foto: Sandra Santana

Finalmente, en los espacios escolares se han buscado romper las barreras que configuran a la escuela y el barrio como territorios en disputa o separados, concebir la escuela como esfera integral del territorio llevará al reconocimiento, a entender y problematizar las prácticas que tienen lugar en los diferentes espacios que conforman el territorio. Este tipo de participación no solo permite la consolidación de las relaciones, sino la construcción de acuerdos frente a las diversas problemáticas sociales. Romper los muros de la escuela no será un trabajo fácil, implica continuar los ejercicios reflexivos con maestros, padres, estudiantes y la comunidad en general. Ya se dio un gran paso en este proceso de transformación, que fue inicialmente personal, continuando con la de los maestros que están en la sede; allí los padres se encuentran con la sorpresa que se les involucra en diversas actividades: elección de personero estudiantil, juegos inter cursos, disfrutar de los espacios del barrio compartiendo con la comunidad y fracturando imaginarios sociales que conciben el barrio como espacio peligroso y ajeno a las prácticas educativas.



Figura 22 Padres jugando en la escuela un día de descanso. Foto Sandra Santana

Muchas veces el desconocimiento lleva a al resquebrajamiento del tejido social, al arraigo de diversas formas de “discriminación”, de formas clasificatorias de los sujetos y de la segregación de los diversos espacios que componen el territorio.

El fortalecimiento del tejido social, en cambio, constituye una salida frente al sistema de apartamiento del territorio, lo que ha contribuido a apaciguar las formas de violencia existentes en la comunicación escuela- familia. Este proceso ha producido espacios de confianza, solidaridad, nos ha llevado a realizar actividades colectivas que no solamente permitan avanzar en los procesos académicos, sino que pueden potencializar y activar las dinámicas sociales de participación.

Consideraciones finales

Y aquí estoy de nuevo tratando de hacer un ejercicio reflexivo que me lleve no solamente a evocar y repensar parte de lo hecho, y sí, siento miedo. No falta ser habitante de Santa Rosa o vivir en el barrio para sentir el escalofrío de la injusticia y la desigualdad, esto no es solo de allí, nos ha tocado a todos, solo que negamos el hecho de sentirnos violentados y acibillados por el poder, un poder mezquino y corrupto que hace vivir a unos pocos muy bien mientras otros luchamos por cosas tan elementales como la vida. Pero lástima por ellos, dirían algunos, cuando en realidad la situación es de todos, sabemos que hay barreras de clase, de etnia, de ubicación en esta gran ciudad que dividen entre estrato 1 y estrato 4, divisiones que configuran una especie de violencia, un “ellos” y un “nosotros”, una indiferencia que nos lleva por caminos de sometimiento y desesperanza, la vez que nos debilita y nos hace más vulnerables.

Ahora pienso que ser maestra es más que enseñar matemáticas, español o cómo sentarse o tal vez cómo comer lo poco que tenemos. Es enseñar a pensar, a no quedarse callado, a sentir, a llorar a reír a narrar. Sé que en este documento hay voces, hay palabras y relatos de un mundo silenciado e ignorado, un mundo inimaginable para quienes vivimos en Bogotá. Esta no es la historia de unos afros en el Pacífico, o de unos indígenas en la selva chocoana, o de unos niños del interior, es la vida de unos colombianos sobreviviendo en su país. Por momentos parece que esto no sucede aquí, que esto no nos pasa a nosotros, pero en realidad está cerca y es a la vez tan desconocida que no nos preocupamos por mirar y entender, sino por señalar, clasificar e ignorar.

Este es el motivo para consignar en esta investigación las voces e impresiones de quienes han guardado silencio, de quienes hemos callado, de quienes hemos sido ciegos respecto a nuestro territorio y sus configuraciones. Así, esta investigación puede ser leída de varias formas. Por un lado, están los relatos de los actores, el álbum fotográfico que no sólo contiene elementos propios del territorio, sino material de archivo, y, por otro lado, se encuentra el análisis de las configuraciones escuela-barrio, desde la mirada de una maestra- estudiante de estudios culturales.

Quiero hacer aquí un ejercicio que no solamente me permita concluir, sino manifestar que esto no se detiene aquí, ya que el reconocimiento del territorio es una parte esencial de los procesos académicos que debe incluir la participación en las decisiones escolares.



Figura 23 Moralba desde la mirada de un niño. Foto: Sandra Santana.

Moralba es un territorio en constante movimiento, en continua configuración de identidad, un barrio que no solo es el producto de procesos de modernización, sino de problemas sociales que afectan a Colombia y Latinoamérica. Es un barrio que ha sufrido las consecuencias de los procesos de urbanización de la ciudad, los asentamientos clandestinos y la concepción de legalidad derivadas del afán desmesurado de la industria de la construcción, terminando con la ubicación de los llamados más “pobres” en las periferias de la ciudad sin importar sus garantías de habitabilidad. Estos “pobres” son muchas veces también llamados “marginados” por la forma como se adhieren al territorio y son ubicados dentro de la espacialidad de ciudad.

El “desplazamiento” se vuelve entonces no solamente una cuestión de ir allá para acá, sino que se convierte en una situación cotidiana del barrio que es invisibilizada como la crisis humanitaria que es.

Marzo 1 2018.

“Moralba es un territorio activo, con leyes propias, allí el poder se configura en el uso de la violencia como forma de control. Matías es un niño bogotano, hijo de una familia de escasos recursos económicos, hermano de tres niños, su padre los abandonó hace cinco años y su madre no tuvo otra opción que invadir una casa en Santa Rosa como única forma de sobrevivir.

“Los Monos”, como eran llamados en el colegio por su tez blanca, ojos claros y cabello rubio, solían muchas veces tener problemas con los afros por su fisionomía: “bolsa de leche, bandera de Japón” se les decía. Andrés, quien sabía quiénes eran en el barrio, decidió no involucrarse mucho con los niños afro para evitar problemas, él se veía muy solo y a veces un poco aburrido.

“Profe, es que en el salón algunos niños me dice que soy un burro, que no pienso, que bolsa de leche, que yo no sé ni bailar, me pegan y me molestan mucho, dicen que me dejo de todo el mundo. Por eso hago mis tareas, todo bien y vengo y me estoy con usted”

- 1. Pero, un día Matías, “El Mono”, le dio una bofetada a un niño pequeño afro en el descanso. Las docentes, quienes supieron la situación, hablaron con los niños, quienes manifestaron que estaban jugando y que no había sido tan duro. Los niños hicieron un ejercicio de reconciliación dándose un fuerte abrazo y pidiendo una disculpa al niño más pequeño por su condición de menor edad. Hasta aquí pareciese que se hubiese firmado un proceso de paz entre los dos, pero en la ciudadela Santa Rosa, donde ambos vivían las cosas no se arreglan así. Al llegar a casa, el niño afro cuenta lo sucedido en la escuela, su madre, enfurecida, va donde un familiar, y narra lo dicho por el niño, enfurecidos, golpean la casa de los “monos” y con armas dan el ultimátum: “Deben irse donde no los encuentren, solo pueden llevar una maleta de mano y les dan hasta la mañana para que salgan y si no los matan”. Asustada, la señora trata de conciliar explicando que está sola, que son cosas de niños, pero ellos le responden que no dan oportunidades, que nadie le pega a un negro y que menos un blanco. Llena de temor, la señora llama a sus familiares y les cuenta la situación. Ellos deciden que no debe vivir con ellos aquí en Bogotá, porque antes de poseer la casa, la organización del barrio pide direcciones y teléfonos de los familiares.*

Por lo tanto, llama a un familiar en Medellín y decide irse huyendo hacia allí. Al siguiente día, una niña afro lloraba en el descanso y la profe preocupada le pregunta cuál era el motivo de su llanto, ella respondió que el día de ayer y tras el problema de Junior, el niño de preescolar con El “Mono”, la familia del “mono” había tenido que irse con una sola maleta y a la madrugada, nadie los pudo ayudar, solamente vio como a las 8 am llegaron algunas personas y se llevaron lo de valor y lo demás lo dejaron para que los vecinos lo repartieran. Nancy, la niña afro, narraba cómo todos los vecinos entusiasmados cogían cobijas, colchones, ropa. Muy afectada por la situación, dice que a ella no quiere nunca que le pase

*esto, por lo que no quiere pelear con nadie y que su mamá se lo advirtió. La profesora, preocupada, llamó a la mamá, quien ratificó lo sucedido: “Si, profesora, tuve que irme, nadie me ayudó. Los niños lloraban, no querían irse y dejar sus cosas, fue terrible. Yo pensé que esa noche me mataban delante de los niños, mi cuerpo temblaba, había muchas personas, las vecinas miraban escondidas detrás de las ventanas mientras gritaban que nadie se metía con ellos, que allí ellos mandaban.”*⁸²

Las formas de socialización van más allá de relaciones armoniosas y estables, hay tensiones mediadas por normas internas que construyen formas de control y poder, un poder basado en la sumisión y el terror como estrategia de conservación del status quo al ejercer fuerza sobre el más débil. El anterior relato de mi diario de campo evidencia una forma de interacción en la cotidianidad del barrio, que revela modos de resolución de conflicto en el territorio escuela-ciudadela, así como racismo, discriminación, uso del poder, la posición de las mujeres en la ciudadela, el desconocimiento de la escuela de hechos de violencia, la segregación, la marginalización y otros aspectos que configuran las relaciones entre los sujetos.

Estas relaciones socio-espaciales se vieron reiterativamente en el proceso de investigación, son elementos propios de la interacción de los sujetos que articulan una cierta identidad produciendo desequilibrios en la comunidad. Estos “desequilibrios” producen no solo la construcción de sujetos creciendo en el silenciamiento, la oscuridad y el miedo, sino también la reproducción de formas de venganza, modelos de poder y uso de la violencia, status y respeto. Desde esta perspectiva, tanto la escuela como el barrio y la comunidad son espacios educadores donde se rompe con la concepción “sacra” de la escuela como único espacio para aprender.

Las dinámicas socio espaciales de este territorio se tejen alrededor de mundos móviles, cambiantes, que configuran nuevas formas de socialización. Estos lugares van más allá de la simple posición dentro del territorio sino que dan cuenta de variadas formas de socialización: el uso de *lenguaje*, expresado en códigos internos, señalización de los espacios, los grafitis y el silenciamiento, *los habitus y las cotidianidades*, expresadas en las formas de vida de los habitantes del territorio, *el poder, orden jerárquico, formas de control* manifestadas en la organización interna, en la existencia de un dominado y dominador, del uso de la violencia, *los marcamientos simbólicos*, evidenciados en las fronteras invisibles, caminos y pasos prohibidos, consecuencias de desacato.

⁸² Sandra Santana, Diario de Campo, 1 de marzo del 2018.

El uso de códigos internos permite la creación de formas privadas de comunicación, lo que implica formas seguras de interacción, evita modos de espionaje que desmontarían no solo formas de organización, sino que pondrían en evidencia los actos delictivos llevados a cabo en el territorio. *La caza*, por ejemplo, es una redada policial, que conlleva exterminio social legalmente legitimado: “Profe, ayer a la salida del colegio se desató una balacera muy cerca de aquí, todos corríamos para nuestras casas mientras dos hombres en moto mataron a un muchacho que estudiaba aquí en la tarde, de pronto todo se llenó de policías y empezaron a requisar a los padres que esperaban sus hijos a la entrada, según el periódico, era un ajuste de cuentas pero todos sabemos que lo querían matar por ser expendedor, muchos otros corrieron a Santa Rosa, para que allá los protegieran”⁸³

El uso del lenguaje se configura también como una forma de silenciamiento en torno a estas prácticas, (aniquilación social, venta de drogas, violencia) que solo son posibles fuera de la ciudadela Santa Rosa, porque se dice que es impenetrable. Santa Rosa habla, manifiesta su poder no solo a través de quienes la manejan, sino de quienes han construido parte de su historia, es un lugar poderoso y no es fácil de desarticular. La jerga de sus habitantes ha ayudado a construir no solo imaginarios, sino a fortalecer estigmas que a la vez protegen y consolidan.

En el territorio también se configuran formas de delimitación que distinguen los lugares, sus funciones y cuidados. El territorio contiene múltiples adjetivos que determinan parte de sus formas de interacción. Este lenguaje no sólo empodera frente a los intereses sociales, sino que define y consolida. El discurso contenido en los relatos construye formas cotidianas de comunicación indescifrables para los observadores externos, mientras que para los conocedores se convierten en códigos de relaciones y construcción comunitaria.

El lenguaje corporal también juega un papel importante en las prácticas del territorio, “el privado” es un tipo de reunión realizada por los jóvenes menores de edad donde expresan parte de su ser, se liberan de las prohibiciones y retan sus cuerpos frente al baile (twerking o twerk, salsa choque, reguetón). Estas prácticas se realizan también en la escuela, donde son las niñas quienes imponen su poder al mover sus caderas al ritmo de la música, se retan unas a otras consiguiendo parte de respeto y reconocimiento que trascenderán en el fortalecimiento de relaciones internas. Otra forma del lenguaje del territorio hace referencia al sonido urbano-rural, el lugar suena y estos sonidos se configuran en un turbulento *mix* de vida

⁸³ Sandra Santana, Diario de campo, 1 mayo de 2018.

ciudadina contemplada en el mirador, donde se proyecta toda la ciudad de Bogotá y los sonidos de la naturaleza - la quebrada, el silbido de los pájaros y los juegos de los niños en las calles y callejones.

Cada espacio del territorio emplea diferentes objetos para expresar no solo el peligro sino el debilitamiento de las instituciones. Las grietas de las paredes, las casas selladas, las ruinas, el parque abandonado, la presencia de moho, revelan las condiciones en las que viven muchas personas que, pese a su carácter luchador y resistente, se ven enfrentadas a la desigualdad urbana. Al reconocer estos objetos dentro del territorio se pueden interrelacionar la escasez de recursos y las condiciones materiales con las que se convive y que determina la “calidad de vida” de sus pobladores.

Pienso que a través de este ejercicio investigativo llegué a entender y conocer formas habituales de relacionarse y actuar dentro del territorio (las rutinas, el ir y volver, la relación con los vecinos y amigos, los conflictos, las formas de apaciguamiento, las prevenciones, el trabajo formal e informal), así como correlacionar ciertas prácticas y situaciones en la interacción escolar, dinámicas que no son ajenas a nuevas construcciones sociales, permitiendo penetrar en la naturaleza del lugar - un lugar que adquiere diversas formas, cada una con una forma particular de actuar: la escuela, la ciudadela, el barrio son espacios y lugares de significación donde pueden emerger diferentes relaciones de poder y construcción.

Dentro de estas formas de relación aparece también el conflicto, de modo que entender estas tensiones no solamente conlleva abordar mecanismos de solución, sino ser testigo de las consecuencias cuando no se llega al consenso: muerte, pérdida, desalojo, humillación, prohibición, manipulación, amenaza, agresión física. De igual manera, los mecanismos de defensa personal son parte esencial de la ecuación y conllevan al uso de armas, la pertenencia a grupos y búsqueda de diversas formas de protección, así como las prácticas - el enfrentamiento entre pandillas, persecución de la policía o simplemente divulgación de tener elementos de defensa y protección.

Los jóvenes constituyen un actor importante en el territorio, ya que muchas veces se les señala como responsables de muchos conflictos en el territorio, cuya actitud desafiante se materializa en amenazas entre grupos rivales. De esta forma, los jóvenes no solo resultan estigmatizados, sino que constituyen lugares dentro del territorio, lugares que piden a gritos una revolución que les tenga en cuenta y no les señale, sino que, por el contrario, les llene de oportunidades y razones para emprender una transformación.

La violencia juvenil en el territorio puede leerse como una expresión de resistencia frente a lo que se considera injusto: la falta de oportunidades laborales, la discriminación de las instituciones, el resentimiento frente a las heridas sociales causadas por la guerra que azota gran parte del país. Con esto no quiero justificar sus actos sino bien afirmar que la lucha se debe dirigir a proyectos sociales que permitan empoderar a toda la comunidad y no solo a una parte de esta, una resistencia coherente que le permita a la mayoría ejercer una verdadera transformación.

Esta compleja situación pretende ser manejada a partir de políticas públicas de atención a la juventud, que atienden a jóvenes vulnerables y en condición de fragilidad⁸⁴, sin embargo, algunos jóvenes acogidos en estos programas desertan ya que sienten que las instituciones no suplen sus necesidades: “Mi hermano Juan estaba en Idipron, allí le enseñaban panadería, pero con eso no ayudaba mucho en la casa, así que entró a trabajar con un muchacho y trae más plata, mi mamá lo regaña mucho, pero él trae de comer y se le pasa, él siempre ha trabajado. En el Cauca vendía limones hasta que la guerrilla le pegó un tiro cuando tenía 12 años, por eso nos venimos de allá también”.⁸⁵

Este enfoque diferencial posiblemente funcionaría si las condiciones sociales y comunitarias fueran equitativas y suficientes. La ciudadanía de los jóvenes se convierte entonces en la concientización del cumplimiento de unos deberes y derechos dentro de la comunidad, lo que resulta controversial cuando las estructuras sociales que no garantizan siquiera la vida: “Esto ha resultado en un discurso esquizofrénico, en el que se exige de los jóvenes, cuando hacen su entrada en el universo de los derechos y deberes ciudadanos, ciertos comportamientos sociales, culturales y políticos, pero no hay alternativas reales de inserción económica. (Reguillo, 2006: 105).

Para finalizar, quiero citar al antropólogo Clifford Geertz “[...] si uno desea comprender lo que es una ciencia, en primer lugar debería prestar atención, no a sus teorías o sus descubrimientos y ciertamente no a lo que los abogados de esta ciencia dicen sobre ella: uno debe atender a lo que hacen los que la practican” (1973:31). Con esta frase quiero evidenciar un trabajo investigativo que pretendió explicar cómo la escuela se separa de la vida de quienes

⁸⁴ Estas formas de atención distrital atienden a jóvenes hasta los 28 años dentro de etapas pedagógicas que responden a procesos de auto regulación, protección y enseñanza de un oficio, algunos jóvenes en el barrio son recogidos en el parque y transportados a centros de capacitación. Pero esta medida no cubre a la totalidad de jóvenes, quienes muchas veces no están considerados en riesgo psicosocial o simplemente no se acogen a este tipo de programas por no ser una medida suficiente para suplir sus necesidades económicas.

⁸⁵ Diario de campo, Sandra Santana, 12 de mayo del 2015.

la hacen posible y se limita a teorías, métodos y estrategias que muchas veces no obtiene verdaderos logros. Es necesario empoderar el territorio y eso solo se logra con un conocimiento propio que tenga alcance. Mi investigación mostró y problematizó diferentes prácticas de los sujetos habitantes de Santa Rosa, estudiantes y maestros de la escuela Moralba Suroriental, así como de los demás habitantes del barrio. El proceso produjo acercamientos y una idea unificada del territorio, lo que ha llevado a la escuela a salir de su fortaleza y disfrutar de las calles, naturaleza y lugares públicos. El permitirse gozar de estos espacios genera no solamente confianza, sino que transmite mensajes colectivos que les dan voz a los niños y niñas, quienes a través del arte y el deporte quieren fortalecer las diversas instituciones. Salir de la escuela al barrio se ha convertido en una forma de quitarle el miedo que la calle produce a los niños y niñas, así como a las maestras, quienes veían el territorio como hostil y peligroso.



Figura 24 Disfrutando del territorio. Foto: Sandra Santana

El reconocimiento del territorio es un proceso complejo que no solo involucra formas de acercamiento, sino mecanismos de participación donde todos debemos aportar, romper el silencio se constituye en un arma, y las voces aquí plasmadas exponen no solo a una sociedad abatida por episodios de violencia sino una comunidad que quiere empoderar sus instituciones (familia, escuela, barrio). Sé también que las diversas problemáticas no se distancian del engranaje nacional, que implica sistemas políticos, sociales y económicos.

Y es que entender el contexto va más allá de la idealización y conmisericordia de los sujetos, va más allá de crear estrategias de desarrollo de “competencias sociales”, entender el contexto exige navegar en el entendimiento y problematizar las cotidianidades, los hábitos, y las formas de vida. Entender el contexto permite comunicarnos bajo el mismo lenguaje, bajo las mismas causas, lo que no significa que nos encontremos siempre de acuerdo, sino que se establezcan mecanismos y consensos frente a los diversos conflictos. Por ello, este reconocimiento debe ser omnidireccional, lo que quiere decir que se constituyan espacios donde todas y todos podamos decir cuáles son nuestras necesidades, metas, sueños y transformaciones.

En este punto, avanzamos en lo que podría ser un primer paso frente al establecimiento crítico del auto reconocimiento, ejercicio que nos llevará por caminos de autonomía. Así, este proceso aún no acaba, quedan memorias e historias por contar porque el territorio se está responsabilizando y aunque a veces estemos incurriendo en una conducta disonante con los propósitos de estado, que aunque pretendamos señalarlo como nuestro verdugo, la corresponsabilidad nos involucra a todos como comunidad.

Bibliografía

- Agudelo Hernández, Olga Cristina; Riaño Alcalá, Pilar y Lacy, Suzanne (2003). Arte, memoria y violencia: Reflexiones sobre la ciudad. Medellín. Recuperado de: <http://www.region.org.co/index.php/desde-la-region/item/72-arte-memoria-y-violencia-reflexiones-sobre-la-ciudad-2003>
- Agudelo Hernández, Olga Cristina. (Enero 2000, febrero 2001) La muerte y sus tramas de significación: una mirada antropológica de la violencia.
- Aparicio, Juan Ricardo. (2005). Intervenciones etnográficas a propósito del sujeto desplazado: estrategias para (des)movilizar una política de la representación. Revista Colombiana de Antropología. (41): 135-169.
- Arce Cortés Tania. (2008). Subcultura, contracultura, tribus urbanas y cultura juveniles: ¿homogenización o diferenciación? Universidad Iberoamericana, México. Revista Argentina de Sociología. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/pdf/269/26911765013.pdf>
- Belén Spera Rocío (2014). “Reflexiones en torno al concepto de identidad en Hall, Derrida, Foucault y Laclau”. (tesis de grado).Universidad Nacional de Rosario, Facultad de Ciencias Políticas. Recuperado de: <http://rephip.unr.edu.ar/bitstream/handle/2133/5297/Tesina%20de%20grado%20-%20Roc%20C3%ADo%20Spera.pdf?sequence=3>
- Caracol Radio. (2017). Hallan primeros restos de víctimas de la banda "Los Profetas" en Bogotá. Recuperado de : http://caracol.com.co/emisora/2017/03/01/bogota/1488387673_146042.html
- Carrión, Fernando. (1994). De la violencia urbana a la convivencia ciudadana. Recuperado de: <http://www.flacso.org.ec/docs/sfsegcarrion.pdf>
- Castells Manuel. (1974) La cuestión urbana, siglo XXI editores. Recuperado de: <https://leerlaciudadblog.files.wordpress.com/2016/05/castells-la-cuestion-urbana.pdf>
- Castillejo Cuéllar, Alejandro. (2015). Utopía y desarraigo. Universidad de los Andes. Recuperado de <http://www.redalyc.org/pdf/765/76538724009.pdf>
- Castro-Gómez, Santiago. (2005). La poscolonialidad explicada a los niños. Popayán: Editorial Universidad del Cauca. Recuperado de: <https://ia802609.us.archive.org/18/items/pdfy--JSwtaOiKD5itnlh/poscolonialidad-explicada-a-los-ninos.pdf>

- Clifford Geertz. (1983)“Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura”. La interpretación de las culturas. Barcelona: Gedisa.
- Con Decreto adoptan medidas administrativas y policivas en San Cristóbal. (2015).Recuperado de:
<http://www.bogota.gov.co/article/localidades/san-cristobal/con-decreto-adoptan-medidas-administrativas-y-policivas-en-san-cristobal>
- El Tiempo.(2015). El conjunto residencial que soporta robos, violaciones y asesinatos, La Ciudadela Santa Rosa está invadida por personas que dicen ser desplazadas. Recuperado de :
<http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-16001082>
- Fanon, Frantz. (1963). Los condenados de la tierra. México: Fondo de Cultura Económica.
- Fanon, Frantz .(1952) Piel negra, máscaras blancas Madrid, Editorial Seuil
- Feixa, Carles .(1998). De jóvenes, bandas y tribus: Antropología de la juventud. Barcelona. Recuperado de :
<http://www.lazoblanco.org/wp-content/uploads/2013/08manual/adolescentes/0012.pdf>
- Fernández Manuel, La construcción social de la pobreza en la sociología de Simmel, Cuadernos de Trabajo Social 2003.
- Forero Gómez, Ivón Liliana, De la Ossa Archila, Rafael Francisco.(2011). Del grupo armado a una comunidad urbana: integración, acción y participación en la ciudadela Santa Rosa. Bogotá. Universidad del Rosario.
- García Sánchez, Bárbara Yadira Familia, escuela y barrio: un contexto para la comprensión de la violencia escolar Revista Colombiana de Educación, núm. 55, julio-diciembre, 2008, pp. 108-124 Universidad Pedagógica Nacional Bogotá, Colombia.
- González Vergara Paula (2004) Imágenes de ciudad: percepción y cognición en niños de Bogotá. Alcaldía Mayor de Bogotá.
- Grossberg, Lawrence (2006). Stuart Hall sobre raza y racismo: estudios culturales y la práctica del contextualismo. Revista Tabula Rasa. Recuperado de:
<http://revistatabularasa.org/numero-5/grossberg.pdf>
- Hall Stuart, Du Gay Paul (2003). “Introducción: ¿quién necesita `identidad`?”. En Hall, Stuart et. al. Cuestiones de identidad cultural. Buenos Aires, Amorrortu editores.
<https://antroporecursos.files.wordpress.com/2009/03/hall-s-du-gay-p-1996-cuestiones-de-identidad-cultural.pdf>
- Hall, Stuart. (2010). El espectáculo del Otro”. Recuperado de:

<http://www.ram-wan.net/restrepo/hall/el%20espectaculo%20del%20otro.pdf>

- Herrera Juan, Cartografía social.(2008).Recuperado de :
<https://juanherrera.files.wordpress.com/2008/01/cartografia-social.pdf>
- Iulia Mancila, Escuela y barrio, espacios compartidos de convivencia y aprendizaje para todas y todos. , Universidad de Málaga 2010. Recuperado de
<http://www.cite2011.com/Comunicaciones/Escuela/172.pdf>
- Jimeno, Miriam. (1998). Corrección y respeto, amor y miedo en las experiencias de violencia. En: Las violencias: inclusión creciente. Arocha, Jaime, Fernando Cubides y Miriam Jimeno. Comp. Bogotá: Centro de Estudios Sociales, págs. 311-331.
- Lefebvre, H La producción de espacio. (2013). Capitán Swing. Madrid.
- Marrero León, Erelis (2013). Transculturación y estudios culturales. Breve aproximación al pensamiento de Fernando Ortiz. Universidad de La Habana, Cuba. Recuperado de:
<http://www.scielo.org.co/pdf/tara/n19/n19a05.pdf>
- Ortiz, Carlos. (1991). El sicariato en Medellín: entre la violencia política y el crimen organizado. Análisis Político 14:60-73.
- Ortiz, Fernando, Del fenómeno social de la «transculturación» y de su importancia en Cuba, Tomado de Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1983.
- Ortiz, Guitart Anna. (2011). Métodos visuales y geografías de la infancia: dibujando el entorno cotidiano. Universidad Autónoma de Barcelona. Recuperado de:
<http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-400.htm>
- Ramírez Espitia, Fabio Enrique, crónica de una comunidad que se resiste la estigmatización. Las 2 orillas 2015. Recuperado de:
<http://www.las2orillas.co/cronica-de-una-comunidad-se-resiste-la-estigmatizacion>
- Reguillo, Rossana. (2003) Las culturas juveniles: un campo de estudio; breve agenda para la discusión. Red Revista Brasileira de Educación. Recuperado de:
<http://www.scielo.br/pdf/%0D/rbedu/n23/n23a07.pdf>
- Reguillo Rossana.(1996).Ensayo(s)sobre la(s) violencia(s):breve agenda para la discusión. Bogotá. Universidad Javeriana. Recuperado de:
<http://revistas.javeriana.edu.co/index.php/signoypensamiento/article/view/3068>

- Reguillo Rossana (2000). Identidades culturales y espacio público: Un mapa de los silencios. Diálogos de la comunicación. Recuperado de:
<http://dialogosfelafacs.net/wp-content/uploads/2012/01/59-60-revista-dialogos-identidades-cultural.pdf>
- Restrepo Eduardo. (2016). Etnografía: alcances, técnicas y éticas. Universidad Javeriana. Recuperado de:
www.ram-wan.net/restrepo/documentos/libro-etnografia.pdf
- Restrepo Eduardo. (1999). Aletosos: identidades generacionales de Tumaco. Recuperado de:
<http://www.ram-wan.net/restrepo/documentos/aletosos.pdf>
- Riaño, Pilar. (2000). Dwellers of Memory: An Ethnography of Place, Memory and Violence in Medellín, Colombia. (Tesis de doctorado). University of British Columbia.
- Risier, Julia y Ares, Pablo, (2013) Manual de mapeo colectivo: recursos cartográficos críticos para procesos territoriales de construcción colaborativa. Editorial Tinta limón Buenos Aires.
- Rodríguez Iván. (2017). Una mirada etnográfica a la ciudadela Santa Rosa: reflexiones sobre un caso de re-integración social de excombatientes en Bogotá. Universidad Nacional Autónoma de México. Recuperado de:
<https://revistas.unal.edu.co/index.php/maguare/article/view/71538>
- Rodríguez, Iván. (2013). Espacios de reintegración: prácticas de participación comunitaria y transformación del espacio social en la Ciudadela Santa Rosa. Bogotá. Universidad Nacional de Colombia. Recuperado de :
<http://bdigital.unal.edu.co/42903/1/478375.2013.pdf>
- Santamaría, Ángela, Oliveros Pedro. (2015). Diferentes maneras de conocer. Universidad del Rosario.
- Secretaria de Cultura, Recreación y Deportes, Bogotá y sus localidades.(2015). Recuperado de:
<http://www.culturarecreacionydeporte.gov.co/es/bogotanitos/bogodatos/bogota-y-sus-localidades>
- Soldano Daniela, Ruiz Juan y otros.(2014). Ciudades Latinoamericanas, Desigualdad segregación y Tolerancia. CLACSO. Recuperado de:
<http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20140505032950/CiudadesLatinoamericanas.pdf>

- Vergara Figueroa, Abilio. (2013). Etnografía de los lugares, una guía antropológica para estudiar su concreta complejidad. México.
- Victoriano Felipe, (2009). Diccionario de estudios culturales latinoamericanos. México. Siglo xxi editores.
- Villamizar Herrera Darío. (2010) Reintegración de excombatientes y construcción de paz, barrio Santa Rosa en Bogotá. Un estudio de caso. Bogotá. Universidad Nacional de Colombia
- Villa Víctor. (1991). Pre-ocupaciones. Medellín: Ediciones autores antioqueños.
- Viveros Vigoya Mara, Discriminación racial, intervención social y subjetividad. Revista de Estudios Sociales No. 27, agosto de 2007. Bogotá, Pàg.106-121
- Wacquant Loic. (2007). Los condenados de la ciudad. Gueto, periferia y estado. Buenos Aires. Argentina. Siglo XXI